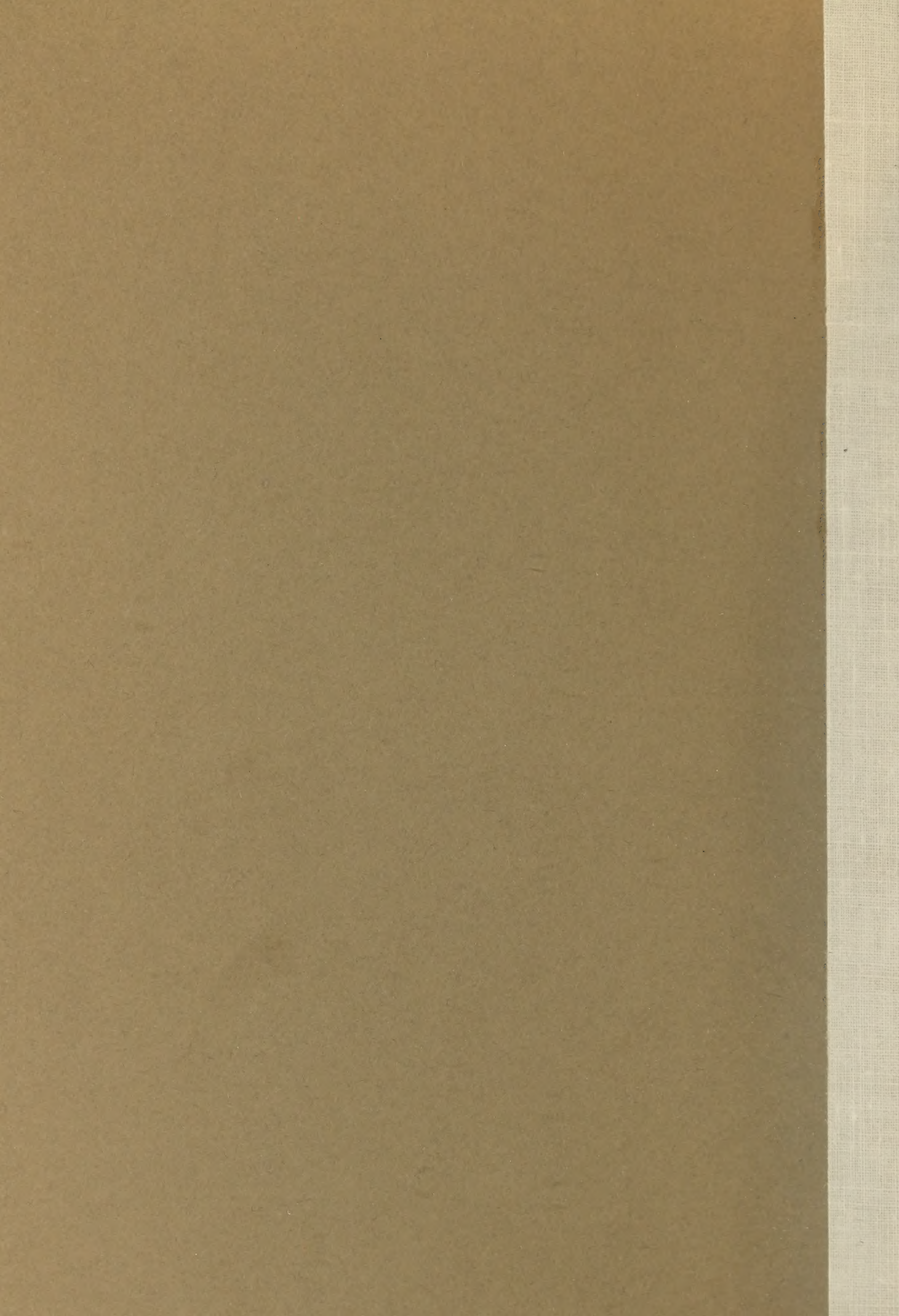
Decamilli, José Leopoldo
Latinoamérica entre hoy y mañana



DECAMILLI
MOLT
HAYA DE LA TORRE

LATINOAMÉRICA

entre hoy y mañana

DECAMILLI

HAYA DE LA TORRE

Maestro y Conductor de Latinoamérica

CÍRCULO CULTURAL GERMANO-IBEROAMERICANO
BERLÍN

Cuaderno de Estudios de Problemas de Latinoamérica

Decamilli
Molt
Haya de la Torre

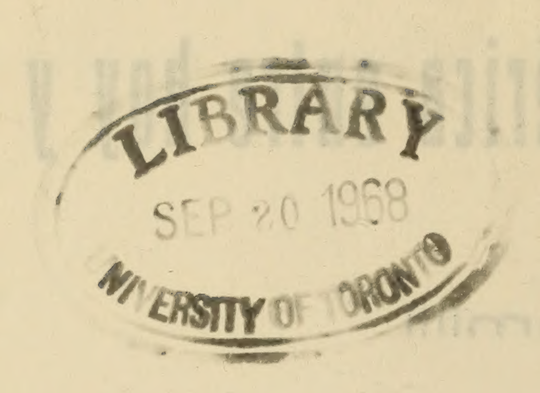
Latinoamérica entre hoy y mañana

Decamilli

Haya de la Torre, maestro y conductor de Latinoamérica

I

CIRCULO CULTURAL GERMANO-IBEROAMERICANO
BERLIN



MESA REDONDA ORGANIZADA POR EL

Círculo Cultural Germano-Iberoamericano y el World University Service de Berlín

Las discusiones fueron dirigidas por HANS HAGEMANN.

Dirección de la Redacción:

JOSÉ L. DECAMILLI. 1 Berlín 46. Siemensstrasse 46 a.

Cooperaron en esta edición:

ERIK VON GRÖHLING, DORA LIBUDA, ANGELA SQWAR, CHRISTA WACHTEL, HARMUT FACKLER Y FRANK BECKMANN.

Palabras iniciales

El Círculo Cultural Germano-Iberoamericano de Berlín, integrado por académicos latinoamericanos y alemanes, es una sociedad que se propone como fin fundamental el estudio sereno y con fundamento de causa de la realidad y problemas de Latinoamérica. El prejuicio y la pasión política muchas veces han desorbitado los términos de la cuestión, obstruyendo inconsciente o deliberadamente a avanzar por el camino de los planteamientos reales de los problemas. Por ello creemos que es útil, más aún, indispensable, esforzarse por conocer la verdadera situación en que se hallan nuestros pueblos y cuáles son, realmente, los males que la asolan. Ahora bien, como es imposible abarcar la suma de aspectos de la complicada situación de la vida social y política de Latinoamérica, hemos considerado más razonable concentrar nuestros esfuerzos en una serie de temas centrales y candentes. Por otra parte, como los latinoamericanos vemos los problemas desde la perspectiva inmediata de la vivencia, privándosenos de la lejanía que muchas veces es menester para apreciar mejor todos los aspectos de la cuestión, hemos decidido invitar a participar en todos estos actos a personalidades de la vida cultural alemana. De esta manera, en cordial diálogo, pueden corregirse numerosos errores de perspectiva y contribuirse a una más profunda comprensión de los problemas de estos pueblos nuestros.

Con esta serie de publicaciones que ahora iniciamos, damos un paso decisivo en el cumplimiento de la responsabilidad que hemos asumido, para que el futuro de Latinoamérica se haga más humano, más libre, más justo.

Ponencia de Decamilli

Latinoamérica entre hoy y mañana

A fin de no prolongar mucho mi exposición y de expresar con la mayor claridad posible mis puntos de vista, para facilitar la posterior discusión, concretaré mis ideas en tesis:

1. Me parece que todos estamos de acuerdo en considerar que la situación de este subcontinente, azotado por tan terribles problemas, es mala, en ciertos casos incluso insoportable, y debe ser radicalmente transformada. ¿Significa esto que Latinoamérica reposa en la quietud o duerme en el bostezo de una vida sin esfuerzo? Ciertamente hay zonas de su vida en que pareciera que el tiempo y el pulso de su existencia se han detenido. Así, muchas de las instituciones económicas y sociales se hallan como estratificadas y denotan un arcaísmo y una inmovilidad verdaderamente anacrónicos. Precisamente debido a eso tenemos que seguir considerando a Latinoamérica como un continente atrasado, poco desarrollado. Pero, en todo lo demás, Latinoamérica es un continente en ebullición y continuo cambio, y ha dado y sigue dando gigantescos pasos hacia el enriquecimiento y la clarificación de su conciencia, hacia la madurez de su experiencia política, hacia el afianzamiento de su dominación y adecuación a la realidad natural sobre la que se asienta, hacia la definición de su «ser» histórico. Nótese bien que —contrariamente a como lo querrían presentar los defensores de una interpretación puramente económica de la historia— el choque dialéctico que define nuestra vida social actual no se produce solamente entre unas nuevas fuerzas productoras y las relaciones de producción vigentes, sino entre el conjunto de factores anímicos, sociales e históricos y algunas de las instituciones sociales y económicas, que son residuos de épocas pretéritas y corresponden a otros períodos del desarrollo de Latinoamérica.

Cuando decimos, por consiguiente, que esta Latinoamérica no nos gusta que queremos modificarla, nos referimos a aquellas zonas

en que la muerte ha puesto su nido, porque en la vida de los pueblos, la quietud o la excesiva lentitud de movimiento equivalen a la muerte.

Latinoamérica debe ser transformada hoy, no mañana y desde luego, de ser posible, pacíficamente, de ser necesaria, violentamente. Esto es lo que debe entenderse por revolución. Lo esencial en la revolución es el ritmo del movimiento y la profundidad de su transformación; la violencia es un factor puramente accidental que debe ser desechado si es posible. La revolución, por otra parte, no es ruptura completa con el pasado. El afán de romper y la creencia de poder hacerlo son uno de los tantos mitos a que el racionalismo ochocentista nos ha acostumbrado.

Ahora bien, si queremos efectuar un cambio radical para redimirla de los males que la flagelan, tenemos que plantearnos previamente dos graves problemas: *a*) cuáles son las raíces de nuestros males, y *b*) cuál ha de ser la meta de nuestras transformaciones, el fin de ellas. Porque, y esto debe ser subrayado con todo énfasis, la mera transformación, el cambio, y mucho menos la violencia, no son fines en sí, sino medios para el cumplimiento del fin de la realidad que se desea cambiar.

2. Creo que se equivocan muy profundamenta quienes consideran que los problemas que afronta Latinoamérica pueden explicarse recurriendo a factores parciales, internos, de la vida de nuestras naciones. Unos, en efecto, opinan que el problema de Latinoamérica debe ser explicado mediante la geografía; para otros, lo fundamental es la economía; para otros, la raíz de los males reside en factores psicológicos; para otros, en factores de orden político formal. Por otra parte, son muchos los que desean explicar la situación de Latinoamérica mediante factores de orden puramente externo: así se nos asegura que es la acción nefasta del imperialismo la responsable del atraso económico-social de Latinoamérica.

Yo creo que estas consideraciones han aportado valiosos elementos de juicio para la comprensión del problema, pero, por la misma desmedida acentuación de estos factores individuales parciales —internos o externos— han perdido de vista el conjunto, la unidad social total de la que forman parte y en la que deben encontrar su integración, condicionamiento mutuo y adecuada explicación.

Hemos dicho hace un instante que este nuestro pueblo —este «pueblo de América», según Arciniegas; este «pueblo continente», según Antenor Orrego— ha quemado ya muchas etapas de su curva vital. Y yo estoy convencido de que no me engaño al afirmar que Latinoamérica ha entrado ya en esa etapa de la vida que —con terminología prestada al metabolismo biológico— se llama madurez. Pero madurez no significa beatitud o bienaventuranza. Ya hemos mencionado

que los problemas que tiene que afrontar son inmensos. Pues bien, a mi juicio, el problema de América no es exclusivamente económico, ni exclusivamente social, ni exclusivamente psicológico, etc., sino al contrario, las crisis y desequilibrios que podemos constatar en estas esferas parciales de la vida social, y que son verdaderas e innegables, son trasuntos de un desequilibrio que afecta a todo el conjunto del organismo social. Yo creo que el mal de Latinoamérica es un mal que brota del proceso esencial de conformación y asentamiento de nuestra cultura. El mal fundamental de Latinoamérica reside en que la madurez de su alma, de su conciencia, de su experiencia histórica no ha logrado encontrar hasta la fecha la fórmula de equilibrio social que le permita hacer florecer más intensamente las potencias encerradas en su genio y en su ser histórico. Lo cual quiere decir que el mal fundamental de Latinoamérica nos arroja ante un problema político: encontrar las instituciones políticas adecuadas para lograr una convivencia justa en una sociedad libre y de hombres felices. Porque la fórmula de equilibrio social sólo puede ser planteada y resuelta por la política. Utilizamos la palabra política como lo había hecho Aristóteles, como orden social total en el que, orgánicamente, viven y se desarrollan los organismos sociales imperfectos.

Afectando este problema la existencia de Latinoamérica en la totalidad unitaria de su ser, claro está que es imposible entrar en el examen de cuáles deberían ser las instituciones políticas concretas que permitirán asegurar su vida futura. Pero sí podemos determinar lo que, en general, puede y debe ser, a toda costa, garantizado.

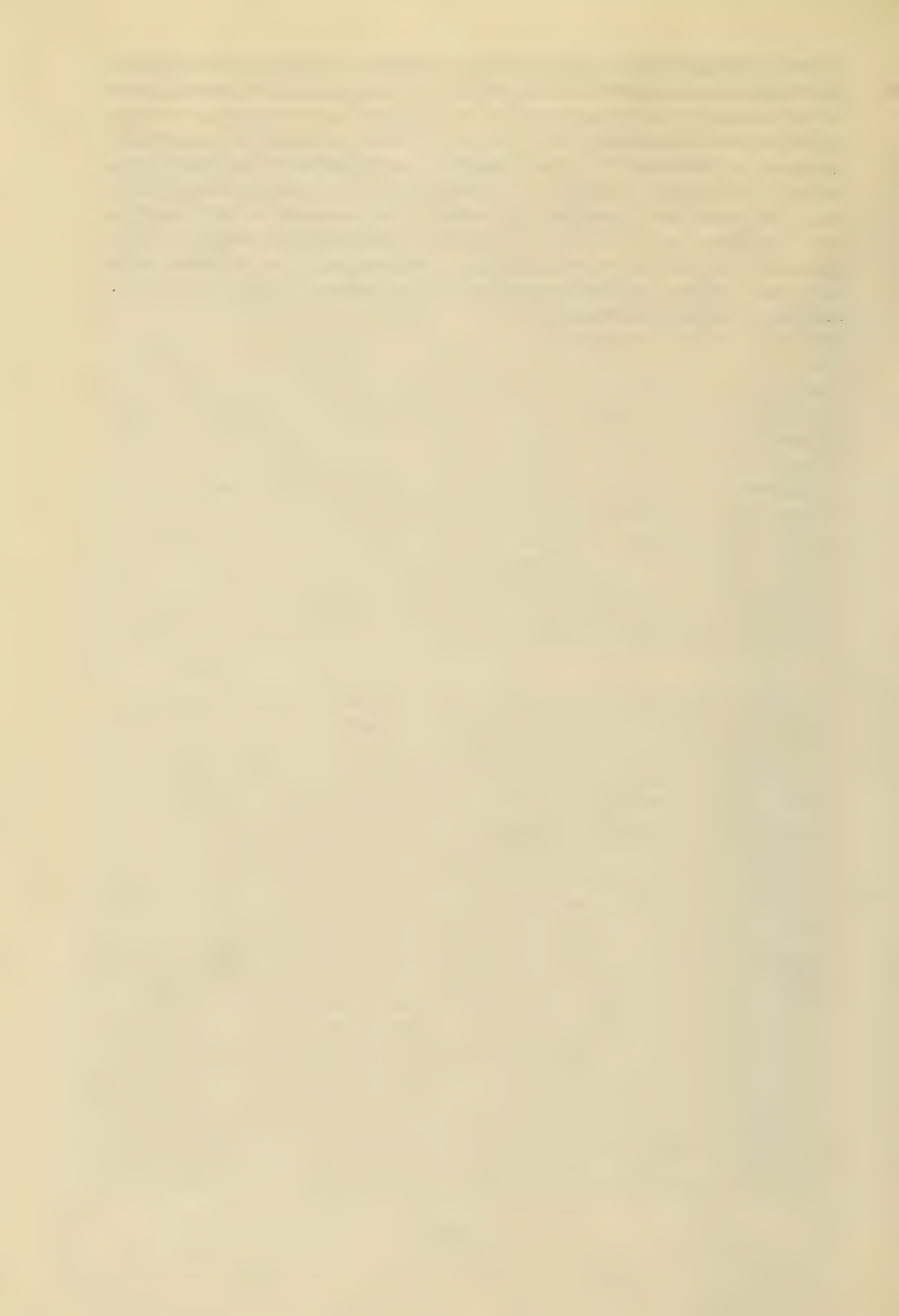
Considerado el problema en su máxima generalidad, el futuro abre a Latinoamérica, como a todos los pueblos de la tierra, dos vías para la solución de su problema político: la solución totalitaria y la solución democrática. Esto es indudablemente una simplificación, pero una simplificación basada, como se verá en seguida, en algo muy esencial, y que, por lo mismo, subordina todos los otros criterios secundarios, en los que se baja por las ramas del género hacia la definición más concreta de las especies y de las formas individuales de organización política.

Si partimos de lo más esencial en la vida social, esto es, del hombre (no del hombre universal y abstracto, sino del hombre concreto, del hombre consciente y libre, con conciencia de su libertad, y con libertad para exigir sus derechos, su derecho a vivir, trabajar, asociarse, crear obras de arte, pensar y creer, en la realidad de nuestra geografía y de nuestra historia) y de las sociedades en que espontáneamente despliega su existencia, no cabe duda que toda sociedad política que quiera ser tal, ha de buscar una fórmula de convivencia en la que la persona humana y el bien común humano sean el fundamento y el fin de toda su organización.

Según este criterio esencial, el totalitarismo debe ser rechazado como forma de vida para nuestros pueblos. Es menester esclarecer un poco esto, porque el decir de la gente ha confundido la claridad de los conceptos. El totalitarismo no debe ser identificado con los regímenes de fuerza o con las dictaduras; en la historia han existido y siguen existiendo muchos regímenes de fuerza que arbitrariamente monopolizan el poder público, pero jamás han intentado avasallar todas las esferas de la vida humana. Totalitarismo es aquella forma de convivencia política en la que ciertos valores infra o suprahumanos son impuestos como un todo absoluto al cual deben subordinarse y sacrificarse las personas y su bien común. El «bien» político buscado por el totalitarismo no es un bien humano, sino el de una realidad extraña al hombre, totalmente indiferente ante la integridad de su existencia y ante su dicha. Así lo fue el fascismo, con su concepción romántica del Estado como un todo orgánico con vida específicamente diferente al vivir humano y con un fin propio diferente al de los seres humanos. Así lo fue también la concepción nacional-socialista, con la elevación de la sangre aria a categoría metafísica definidora de todo valor humano. Así lo es también la concepción totalitaria soviética, en la que la clase adquiere una categoría ónnica y se convierte en el «ser» de la vida social y de la historia, siendo definida la verdad de esta clase, dogmáticamente, por el que en cada caso ocupa la cúspide del partido y afirma encarnar la conciencia del proletariado, e impone su definición por medio del terror y de la violencia.

Nos queda, pues, sólo la democracia como fórmula necesaria de nuestra futura vida política. Pero aquí, de nuevo, es menester una aclaración. La democracia de que hablamos no debe desde luego ser confundida con las pseudo-democracias de muchos de nuestros países de América, revestidas con las túnicas sagradas de las grandes palabras, para mejor encubrir el régimen de ignominia que constituye su sustancia. Tampoco significa democracia para nosotros una determinada forma de gobierno, y por lo tanto estamos muy lejos de identificarla con las democracias liberales y parlamentarias existentes en algunos países, de Europa Occidental, por ejemplo. Esta democracia parlamentaria es una de las tantas formas de concresión de la democracia tal como nosotros la entendemos. Nosotros utilizamos la palabra democracia en un sentido mucho más amplio y mucho más esencial. Democracia significa para nosotros una forma de asociación orientada a la satisfacción del bien común temporal humano, asentada en la soberanía fundamental de las criaturas racionales y libres que la conforman y con una organización jurídica que permite el control, directo o indirecto, de todos los actos del titular del poder público. Según esto, lo que llamamos democracia salva lo esencial (lo humano), y por ende, la libertad y la justicia, porque donde no

hay ni libertad, ni justicia, no hay sociedad humana. Los «estados» donde reina el hambre, donde la ley es la garantía de la esclavitud social, donde el sistema es la consagración de la injusticia, donde impera la arbitrariedad y la opresión, no son propiamente sociedades humanas y deben ser despiadadamente combatidas y negadas. Pero, salvado lo esencial, permite esta democracia una multiplicidad de formas concretas de organización política, de acuerdo a las condiciones naturales del territorio, según las peculiaridades étnicas de la población, según las características psicológicas, los hábitos mentales, los usos y la idiosincrasia de los habitantes, según el grado de desarrollo social y cultural.



Ponencia de Molt



Me esforzaré por aportar a nuestro tema, brevemente, algunos pensamientos desde el punto de vista alemán y europeo.

Ya al comenzar creo que debe registrarse que la significación de los problemas latinoamericanos, para Alemania y también para Europa, no ha sido visto con la suficiente claridad, ni en el pasado, ni tampoco en el presente.

Latinoamérica es para muchos de nosotros un subcontinente lejano y que, además, parecía llevar una vida propia tranquila y segura, de la que apenas valía la pena de ocuparse. Sólo la revolución cubana obligó a dirigir el interés europeo hacia este gigantesco subcontinente con sus múltiples problemas políticos, sociales y económicos. Y esto a pesar de que en Latinoamérica se está decidiendo no solamente el destino de un continente con más de 200.000.000 de habitantes, sino también, tal vez, el destino de todo el mundo occidental. En efecto, si es así como el señor Decamilli acaba de manifestar—y en lo cual estoy completamente de acuerdo con él—que Latinoamérica se encuentra en la bifurcación entre el totalitarismo y la democracia, quisiera añadir que de esta decisión depende la suerte de todas las democracias libres del mundo. Yo estoy completamente convencido de que si no es posible detener el proceso hacia el «fidelismo» o comunismo en Latinoamérica, mucho menos podremos hacerlo en Africa o en Asia, porque si hay un continente que tenga mayor unidad con la cultura y tradición europeas y tenga la capacidad de adoptar como norma general determinante de su futuro político las formas de vida libre, ese es indudablemente Latinoamérica. Justamente por esta razón el marxismo se presenta en Latinoamérica en forma pura, en tanto que en Africa o en Asia aparece de una manera algo diferente, mezclado con otros factores. Como primer punto diría, pues, que los europeos tendríamos que prestar mucha atención al futuro desarrollo de Latinoamérica.

Por otra parte tenemos que ver claramente que en Latinoamérica tienen que distinguirse dos esferas culturales principales: la de habla portuguesa y la de habla española, conteniendo a su vez esta última importantes diferenciaciones. Aunque se sigue repitiendo,

aún en nuestros días, que Latinoamérica y sus problemas tienen que ser considerados como una unidad, yo creo que las tareas que en los distintos países existen y las soluciones requeridas son bastante diferentes. También el señor Haya de la Torre en la exposición de sus ideas y pensamientos filosóficos habla constantemente de la realidad indoamericana, como la que existe en Perú, Bolivia, Ecuador, Méjico, etc., no obstante es menester destacar que en algunos otros países latinoamericanos existen condiciones étnicas y sociales bien diferentes, que no pueden ser reducidas a una unidad general.

Como punto tercero quiero expresar que cuando se habla de «países en desarrollo», se piensa sobre todo en problemas de carácter económico. Todos los que se hayan ocupado un poco más intensamente de los problemas de este subcontinente tendrán que concluir que sus problemas económicos son inmensamente grandes, pero que ellos no constituyen el elemento decisivo. Cualquier centroeuropeo común que visite una ciudad como Sao Paulo, por ejemplo, no puede menos que sentir la impresión de ser él quien procede de un continente subdesarrollado, y eso con cierta razón, porque en estas ciudades se está efectuando un proceso de industrialización y modernización a una velocidad impresionante, que no puede encontrar paralelo en Europa. Pero el hecho de que estas energías extraordinarias no son aprovechadas por completo, a mi entender, muestra bien claramente que los problemas económicos se hallan condicionados por factores de orden social y político. Si no es posible la integración de la mayoría de la población, que vive en una etapa «pre-industrial y pre-democrática», y si no es posible incorporarla en el proceso de transformación político, social y económico, todo esfuerzo que se realice solamente en el plano económico será vano. Es menester, por consiguiente, como manifestó ya anteriormente el señor Decamilli, efectuar también un cambio radical de las condiciones sociales y políticas. En todo esto, los problemas referentes a la educación forman un centro de gravedad. Que hoy haya en Latinoamérica países en los cuales el analfabetismo aumenta en vez de disminuir, por ejemplo, es un signo de aterradoras consecuencias. Digo esto aunque estoy lejos de ver la solución únicamente en que la gente sepa leer y escribir; mucho más urgente es sin duda enseñar, por ejemplo, a los campesinos brasileños cómo trabajar de manera más racional la tierra, para acrecentar la producción agrícola. Con todo estamos frente a un inmenso problema de educación que todavía se agrava más porque estas masas de población política, social y económicamente desintegradas pasan al mismo tiempo por un gigantesco proceso de explosión demográfica.

Punto cuarto. En Latinoamérica no ha de tratarse, creo yo, de encontrar aquí una determinada solución o de enfrentar allí un solo

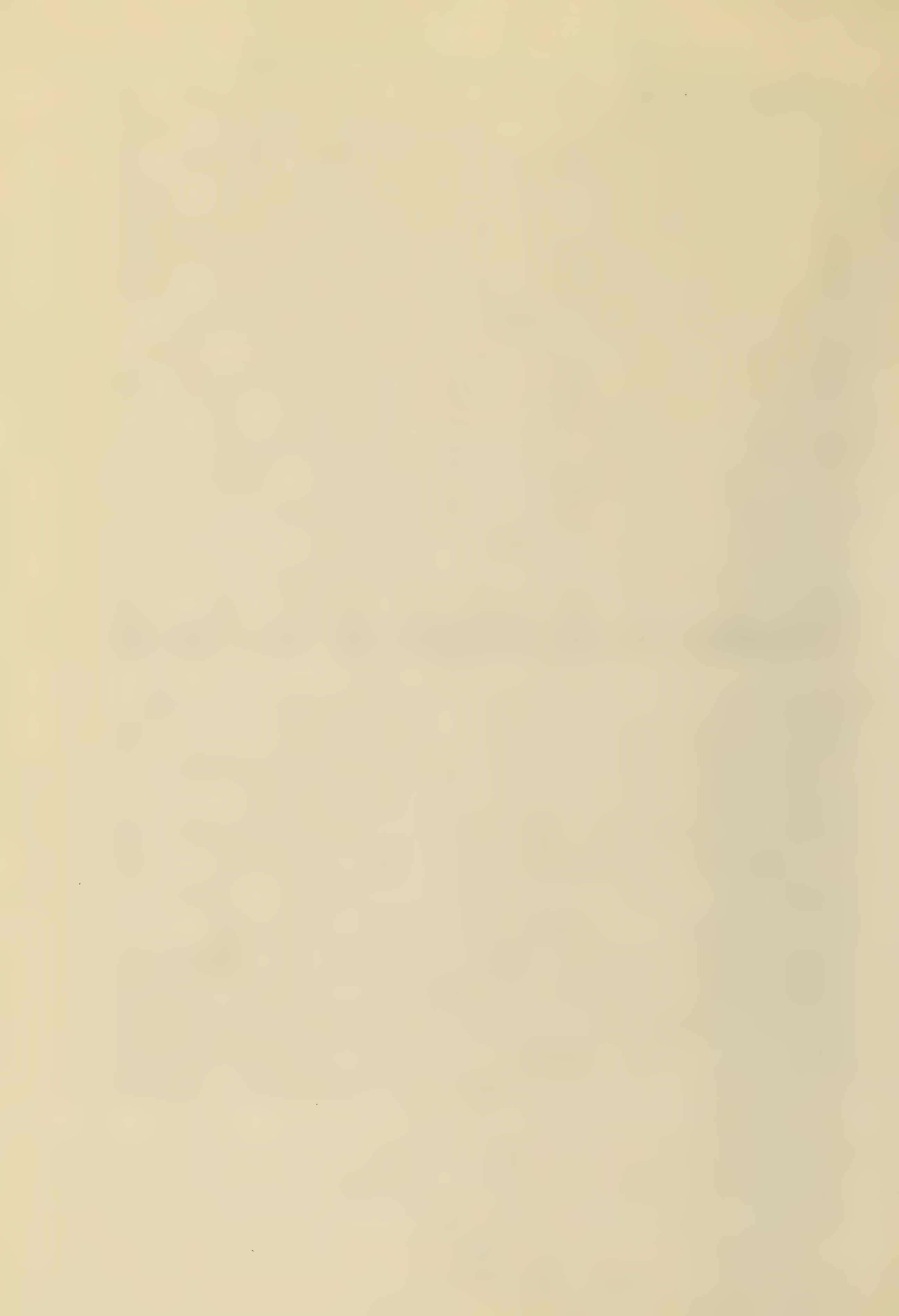
problema, sino de encontrar una solución general para todos los problemas que se están presentando. Estas soluciones generales y de valor uniforme tienen que corresponder a las causas reales y adecuarse en todo a la situación social. Harán falta todavía enormes esfuerzos para poder considerar como dominadas las cuestiones económicas, sociales y políticas. Pero precisamente tomando en cuenta esto uno tiene que preguntarse si uno de los problemas principales de Latinoamérica no consiste en que muchos políticos latinoamericanos continúan hallándose interesados solamente en el mantenimiento del poder, sin preocuparse en lo más mínimo por trabajar seriamente en la estructuración de un estado y de una sociedad verdaderamente libre y justa.

Como quinto punto quiero mencionar que tanto en Latinoamérica, como también en Europa, se utilizan conceptos muy teóricos para afrontar los problemas. Pero yo pienso que ni la política mejor pensada, ni las mejores teorías pueden servir de algo si no es posible incorporar al pueblo entero en el proceso de desarrollo, es decir, si no se llega a producir un movimiento nacional de paulatina transformación. Es por eso que en nuestros días tienen extraordinaria importancia las grandes organizaciones populares, como las ligas de labradores y de campesinos, y las agremiaciones de empleados y obreros; en una palabra, todas las organizaciones sindicales. Según mi juicio, los problemas latinoamericanos no pueden ser solucionados por lo general desde arriba, desde el Gobierno, sino que requiere el esfuerzo de toda la sociedad. Por esta razón la creación de movimientos políticos en Hispanoamérica, a los cuales se puede considerar como democráticos en nuestro sentido, constituye uno de los fenómenos más alentadores para el futuro, con tal que lleguen a echar profundas raíces en las capas populares.

Como sexto y último punto quiero enunciar que es menester tener bien presente que, a pesar de la unión cultural de Latinoamérica con el mundo europeo, las soluciones a sus problemas tendrán que tener un carácter propio. La unión cultural con Europa es indudable, sobre todo por parte de la clase alta o de la clase media elevada, mas es indudable que la situación variará en un sentido de individualización de los elementos culturales, diferenciados de la cultura y de la tradición europeas, en la medida en que otras capas sociales vayan, incorporándose al proceso de transformación social y política. Este hecho tiene que ser percibido tanto por los latinoamericanos como por los europeos. Si uno examina, por ejemplo, la cuestión de la seguridad social en Latinoamérica, se podrá dar cuenta que muchos Estados presentan sistemas de seguridad social extraordinariamente desarrollados desde el punto de vista jurídico-formal —aunque a veces sólo tienen aplicación para determinados grupos de trabajado-

res—, pero examinados con más detenimiento comprobamos que éstas legislaciones fueron copiadas irreflexivamente de determinados modelos europeos o norteamericanos, y aplicados luego a una realidad completamente diferente. Si años atrás un país como la Argentina trató de imponer la política económica neoliberal para la solución de sus problemas, indudablemente este experimento estuvo desde un principio destinado al fracaso, porque esta forma de economía supone la existencia de un comercio libre y la existencia de trabajadores cualificados. Las teorías económicas liberales, aplicadas a una situación social completamente distinta, no podía funcionar, por faltarle las condiciones más elementales. Esto mismo tiene que ser visto por los europeos y no incurrir en el error de querer trasplantar soluciones europeas a Latinoamérica o de pretender imponer determinadas fórmulas, sino buscar conjuntamente con los latinoamericanos, como aliados de una misma empresa, la solución que mejor se adecue a las características propias de este subcontinente. Por eso creo yo que la participación europea no puede consistir en la exportación de cualquier concepto o en la elaboración europea de determinadas fórmulas para la denominada «asistencia para el desarrollo». Estos pensamientos se refuerzan aún más si consideramos que lo que la República Federal de Alemania sería capaz de brindar como asistencia para el desarrollo financiero y técnico de Latinoamérica es sólo una gota de agua en la piedra ardiente, a pesar de toda nuestra mejor buena voluntad. Recuérdese como ejemplo todavía que el capital existente en Latinoamérica, más el que anualmente se transfiere a cuentas extranjeras, especialmente a Suiza, es mucho mayor que la suma que nosotros podríamos brindar como asistencia para el desarrollo. La ayuda técnica concedida a un país africano como Malí, Tschad o Volta tiene un efecto de desarrollo colosal, justamente porque se trata de Estados con un desarrollo relativamente insignificante, y, sobre todo, con una densidad de población relativamente pequeña, mientras que en Latinoamérica nos enfrentamos con Estados que, en un sector por lo menos, tienen un desarrollo extraordinariamente elevado y que, además de esto, tiene una población muy grande. Por eso, aun teniendo en cuenta la necesidad de las viejas formas de ayuda para el desarrollo, es mucho más importante buscar con los mismos latinoamericanos soluciones nuevas, originadas de reflexiones conjuntas y dirigir también conjuntamente todas las fuerzas hacia la solución de las dificultades actuales. Por desgracia estamos en el principio, pero yo diría que todavía hay tiempo, aunque no debemos esperar demasiado.

Ponencia de Haya de la Torre



HAYA DE LA TORRE:

Yo, en realidad, lo que deseo hacer ahora es contestar algunas de las observaciones que he escuchado aquí, desde mi punto de vista. Quiero referirme primeramente al enunciado fundamental de la tesis de nuestro muy distinguido amigo Decamilli, sobre la situación de América Latina.

Yo soy sumamente criticado por padecer de un optimismo crónico respecto a los problemas de la América Latina. Creo que el pesimismo nos ha envuelto melancólicamente en América Latina, y que precisamente es una especie de desafío del destino y de la historia el que nosotros estamos confrontando. Creo que América Latina es el continente de las paradojas y por serlo es fácil mal interpretarlo. Existen paradojas visibles, como aquella que nos dice que hay un crecimiento explosivo de la población latinoamericana, la cual puede ser desmentida con dos cifras. La América Latina tiene veinte millones de kilómetros cuadrados y 200 millones de habitantes, diez habitantes por kilómetro cuadrado. A esto se debe responder que eso es aritmética, y Platón aconsejó usar en la ciencia del estado, más que de la aritmética, de la geometría. Los matemáticos modernos dirían de la topología, que es aquella parte de la matemática que se ocupa de las calidades. Es cierto que tenemos en América Latina veinte millones de kilómetros cuadrados, pero gran parte de esos millones de kilómetros cuadrados son tierra vacía, inconquistada, que está desafiando a los latinoamericanos para que la conquisten y la pongan al servicio del hombre. Pero aquí está la primera paradoja. Todos estos problemas que plantea el desafío geográfico de la América Latina son problemas que imponen la unidad de la América Latina, porque ninguno es problema nacional. Los grandes problema de la América Latina son problemas internacionales. Pero quiero antes referirme a ciertos datos numéricos sobre la geografía y la población latinoamericana. El territorio de la India, que contiene 400 millones de habitantes, es igual, exactamente igual a una tercera parte del Brasil, que en total tiene 70 millones. El territorio de Colombia es igual al de Gran Bretaña, Francia y las dos Alemanias juntas. Las poblaciones son, creo, que de unos ciento y tantos millones y de 14 millones, respectivamente. El Perú, que es más grande que Italia, tiene sólo 11 millones de habitantes, e Italia, 52. En la costa del Perú, de la cual sólo

secultiva un 4,5 por 100 de su área, podría vivir, y vivir bien, porque las áreas son semejantes, toda la población del Japón (cien millones), si fuera irrigada. La Isla de Cuba es un poco menos grande que la Isla de Java; la Isla de Java tiene 52 millones, la Isla de Cuba, 6,5. Estas son las primeras paradojas. La segunda: ¿Qué hacen ustedes con la olla amazónica, que es un continente dentro de otro continente? El problema amazónico no es un problema nacional del Brasil, ni de Bolivia, ni del Perú, ni de Colombia, ni del Ecuador; es un problema integralmente continental, como lo son los problemas de penetrar las zonas tropicales y conquistarlas, de hacer las grandes irrigaciones desde Chihuahua, en Méjico, hasta la Patagonia, en el Sur, pasando por el desierto de Atacana, la cual constituiría un área de población para millones y millones de habitantes, si se utilizaran las aguas del Lago Titicaca, y no se tropezara con el mayor obstáculo con que tropieza la solución de nuestros grandes problemas, que es el nacionalismo chico, y la falsa concepción que se tiene desde Europa, de que hay realidades diferentes en América Latina. Por ejemplo, el doctor Molt está equivocado en su opinión cuando dice que el Brasil es diferente al resto de América Latina. Brasil es una denominación geográfico-política que se puede usar en la exposición internacional industrial de Kaiserdamm, pero no es una denominación justa. Hay varios brasiles. Hay un Brasil amazónico, hay un Brasil paulista y civilizado, hay un Brasil noroeste, hay un Brasil español, digamos, que forma parte de la zona del Río Grande do Sul. Cada país en la América Latina es un conjunto de países. En todo el continente y en la mayor parte de los países latinoamericanos están vivas y permanentes todas las etapas de la evolución humana. En esto nos diferenciamos de Europa. Las interpretaciones de la historia europea no nos acomodan. Por ejemplo, los que quieren traducir el marxismo a la realidad histórica latinoamericana se encontrarían que Marx explica dialécticamente, con mucha brillantez, el proceso de las negaciones de un régimen social tras del otro, en el decurso histórico europeo: a la esclavocracia romana siguió la servidumbre medieval; a la servidumbre medieval siguió la artesanía, y el advenimiento de la burguesía, el industrialismo y el capitalismo, pero no quedó nada de lo anterior. En Alemania no nos encontramos con un siervo de la Edad Media en ninguna población. Nosotros no nos encontramos con un esclavo romano en ningún lugar de Europa, y ya ni siquiera nos encontramos con los hombres del siglo XVIII. En América Latina tenemos la prehistoria, desde los caníbales, las tribus anteriores a la civilización, que viven como vivieron hace diez mil años allí. Tenemos este fenómeno en el Chaco argentino, en el Brasil amazónico, en el Perú amazónico, en el México taraumara, en la Colombia de los motiolones, en toda la América Latina. Después de esta presencia prehistórica, tenemos el comienzo de la historia, la aurora de la historia, las

comunidades incaicas están ahí presentes, las comunidades o el calculi mexicano o azteca, están presentes. Siguen trabajando, siguen pensando, como trabajaban y pensaban antes del advenimiento de los españoles. Después viene la presencia hispano-portuguesa, el latifundio, el hacendado, el fazendeiro, el señor de orza y cuchillo, está presente. Después viene el propietario moderno, el técnico, el hombre contemporáneo, el joven o el señor que se viste en América Latina y se viene a estudiar en Europa, y regresa, o viene a Berlín a dar conferencias. Todos somos conciudadanos, unos de los otros.

La coexistencia de esta sucesión de grados sociales y psicológicos determina un problema vital para nuestra interpretación de la historia. Por eso a nosotros no nos acomodó el determinismo histórico, ninguna forma de determinismo histórico, que es una manera de traducir las filosofías newtonianas a nuestra realidad. Nos acomodó más el relativismo histórico, y si se quiere que seamos un poco audaces diremos que, más que Newton, nos acomoda Heisenberg, con su teoría de lo indeterminado y de lo sorpresivo La sorpresa quizá ha de ser la ley de la historia de la América Latina.

Yo no tengo una filosofía indoamericana por el indio. El nombre de Indoamérica resulta de que los españoles nunca nos llamaron América, sino Indias, el nombre es español. América fue una denominación más norteamericana. En el Quijote de la Mancha, América aparece una sola vez, en tanto que el de Indias muchas veces. El título de Carlos V es el de Emperador de Alemania, rey de España y de las Indias. Los reyes de España se llamaron reyes de Indias. El Consejo de las Indias, la Ley de Indias, el Arzobispo de Atocha todavía se llama en España Patriarca de las Indias. Se sigue publicando en España la Revista de Las Indias. Entonces yo diré como dijo, haciendo un juego de palabras, un simpático intelectual español, que yo no puse el nombre de Indoamérica a Indoamérica por los indios, sino por las Indias. Pero en sentido más general, yo he creído siempre que la influencia indígena en la América Latina es una evidente influencia de tipo étnico. Aún en las zonas que se llamarían más blancas yo entré, comencé a descubrir la América Latina viajando de Bolivia a la Argentina cuando había que viajar a caballo y era aún un muchacho, entonces descubrí que en todo el noroeste de la Argentina, el Imperio de los Incas había dejado no solamente la raza, sino la lengua. Y me fue muy agradable decirles a los campesino de Salta, en el propio idioma con que yo lo diría en Quito o en el Cuzco, ¿de dónde eres?, y me contestaron en la lengua de los incas, de Salta o de Jujui o de la Rioja. De manera que hay una Argentina Quechua, como hay también un Chile, el más mestizo de todos los países de la América Latina, pero con su profundo trastro de mestizaje consumado. Yo creo que el mestizaje es un elemento sociológico, un protagonista en el drama de América, que no se presenta en ningún otro país sub-

desarrollado del mundo. El mestizaje no se da en Asia, no se da en Africa. En las Indias me encontré que, en 400 millones de habitantes, había casi un millón de mestizos indo-ingleses, pero nada más. El mestizaje es una característica única y típica latinoamericana, en la que se presenta esta nueva raza, que es la confluencia de todas las corrientes sanguíneas del mundo. Nosotros, no olvidar, hemos tenido primero la influencia hispano-portuguesa, su mezcla con los indios, pero después la presencia dramática del negro, que aniquilado el indio en el Caribe, no quedó uno de los habitantes autóctonos de la Isla de Cuba o de Santo Domingo —fue reemplazado por el negro, y sólo no sucedió así en las zonas donde la altitud— Perú, Potosí, Alto Perú, Chile, Quito, no permitían al negro respirar a cuatro mil o cinco mil metros de altitud. Los grandes yacimientos mineros influyeron también mucho el desarrollo del hombre europeo. Las famosas minas de plata de Potosí, según el inca Garcilaso de la Vega, nop ermitieron la reproducción del hombre por treinta años, como efecto de la altura. El mismo Garcilaso cuenta también que a los tres mil metros de altura del Cuzco. las gallinas no se reprodujeron durante diez años. El impacto de la altitud fue tan profundo que allí, entonces como ahora, sólo puede vivir el indio o el hombre con fuerte dosis de raza india y de adaptación a este nivel. Pero el mestizaje va conformando una nueva característica social, y eso es lo que une a la América Latina en su soldadura con el Brasil.

Al Brasil se le ha llamado, en terminología norteamericana, el «boiling pot» de la raza nueva. El maestro José Vasconcelos, mexicano, le dio una denominación más bella, dijo «aquí se está forjando la raza cósmica», porque es esa la prefiguración de la raza latinoamericana. La prefiguración de lo que viene, y esto, en mi opinión, es muy importante, porque significa que la presencia de este mestizaje va a dar una nueva aportación de tipo sociológico y psicológico a la América Latina.

Las ventajas de Africa sobre nosotros en este aspecto son grandes. Yo sigo con mucho cuidado ese proceso inteligente de los africanos, que tienen sobre nosotros, salvo en el caso del Congo y de Arlegia, la ventaja de haber obtenido su emancipación política no por obra de generales, sino por obra de gentes civiles. Por consiguiente, no han creado eso que fue en nosotros la estirpe militar. Los precursores de la Independencia vieron claramente la necesidad de la unidad continental. El más grande precursor de la Independencia fue Miranda. Francisco Miranda, un personaje que quizá es muy importante que lo estudien los europeos, porque antes de la Independencia, cuando todavía era colonia América, se vino e hizo un viaje muy interesante por Europa. Dejó escritos veinticuatro volúmenes de memorias, y en esos veinticuatro volúmenes hay una historia de su viaje por todos estos países. Llegó a ser amigo de la Emperatriz Catalina II de

Rusia, que simpatizó mucho con él y le protegió. Luego Miranda pasó a Suecia, donde el Rey Gustavo III, sobrino de Federico el Grande, fue también otro de sus grandes amigos. Después se marchó a Inglaterra, a verse con Mr. Pick, y le propuso la creación de la gran federación latinoamericana bajo el nombre de Incanato; con un rey incaico, de estirpe incaica, y una cámara de los lores y una cámara de los comunes. Miranda es un personaje sumamente importante. Fue general de Francia, mariscal por ocho días. Ganó con Dumorier la batalla de Valmy. Solo, dirigiendo como general francés, tomó Amberes. Napoleón lo hizo llamar, pero como estaba procesado por los jacobinos, se escapó a Inglaterra. El nombre de Miranda está entre todos los grandes nombres de los mariscales de Francia en el Arco de Triunfo de París. Este es el primer gestor o precursor. Después viene Belgrano, un argentino de ascendencia genovesa que, en el Congreso de Tucumán de 1816, propone la formación de las provincias unidas de Sudamérica, bajo un rey incaico también, con su capital en Cuzco. El proyecto de Belgrano fue derrotado. Después viene, cuando el cura Hidalgo se llama en México Generalísimo de las Américas, y dice «Viva por siempre en nuestra América y bajo los malos gobiernos», y después, cuando Bolívar hace la síntesis de todas estas tendencias y convoca el Congreso de Panamá en el año 1826. La tendencia unionista, pues, fue la que predomina en todos ellos. Después vinieron las divisiones nacionalistas. Los sucesores de estos grandes creadores de la Independencia fueron militares que mantuvieron la tradición del nacionalismo imitado de Europa. Por ejemplo, un gran peruano-boliviano consiguió la confederación peruano-boliviana, Santa Cruz, para mí una de las figuras más ilustres de América y un visionario también de la unidad continental. Bueno, pues, los generales peruanos le combatieron, y Santa Cruz, que fue el mejor de todos los peruanos, resultó un proscrito. La unión centroamericana fue destruida después de haber tenido cierto éxito y resultado y se formaron estas cinco repúblicas centroamericanas, algunas de las cuales no alcanzan ni un millón de habitantes. Todo esto fue efecto de este nacionalismo y militarismo.

De los Estados Unidos pudimos haber imitado lo mejor que ellos han tenido, la Federación. Nos equivocamos. Imitamos el nacionalismo de Europa. Quisimos ser, como los niños que juegan a lo que hacen los grandes, una representación o una reproducción de lo que eran los países europeos. Chile se convirtió en una Alemania del Sur con cascos puntiagudos, que hasta ahora usan; el Perú es la Francia del Sur. Alemania y Francia tuvieron una guerra en el año 70; Chile y el Perú tuvieron otra en el año 79. Alemania ganó a Francia, y le tomó las provincias de Alsacia y Lorena; Chile ganó al Perú y le tomó las provincias de Tacna y de Arica. La reproducción era un poco trágico-cómico, pero era y es una reproducción casi de imitación sinies-

tra, a la cual hemos combatido nosotros enérgicamente, buscando una solución propia, algo que sea nuestra propia interpretación. Primero fuimos los imitadores de las tendencias que llamarían de derechas, con el lenguaje europeo, y después vinimos al trasplante de las tendencias del otro lado, sin buscar la propia en nuestra auténtica realidad.

Las soluciones conjuntas necesarias serían despertar y vamos a darle a la palabra su sentido helénico, el entusiasmo nacional continental latinoamericano para enfrentarse a la naturaleza, vencerla y ponerla al servicio del hombre. Sería descubrir esta verdad, que nosotros en realidad no deberíamos tener problemas, si se hubiese acometido la obra de transformar la naturaleza en un instrumento dócil al servicio del hombre.

Si hubiéramos volcado nuestra atención hacia el pasado, en esto el historiador Toynbee nos da muchac ategoría, nos habríamos dado cuenta de que en la América Latina hubo dos civilizaciones paternas, como las llama Toynbee, la andina y la maya, y dos civilizaciones subsidiarias o filiales, la yucateca y la mexique. ¿Qué es lo que caracteriza a estas civilizaciones? La derrota de la naturaleza, el triunfo sobre la geografía por la obra del hombre. La civilización maya es la conquista del trópico. Es la transformación de una zona agresivamente tropical e inhóspita en una magnífica área de cultivo maicero, sobre el cual se erige una civilización prodigiosa. La civilización andina es la lucha con la altitud. Es el escalamiento de las más altas cimas de los Andes, para erigir una de las más avanzadas proezas tecnológicas de la época. La civilización andina descubre la utilización de un animal de transporte, la llama, el único animal de transporte fuera de los animales afroasiáticos conocidos, el caballo, el camello, el burro, el elefante. La civilización andiana descubre muchas cosas, realiza la proeza de convertir montañas reacias en campos labrantíos. Descubre la utilización del guano de la isla como fertilizante. El guano que redescubrió Humboldt, porque los españoles, durante trescientos años de dominación del Perú, no se dieron cuenta que existía el guano. Humboldt lo redescubrió, lo trajo a Europa. Entonces los españoles, al darse cuenta de lo que teníamos, nos declararon una guerra, que se llamó la Guerra del Guano, en la mitad del siglo pasado. Como era guerra tardía, la perdieron. Los incas tuvieron otros hechos extraordinarios. Realizaron, por ejemplo, las irrigaciones de la costa, construyeron diques y represas. El profesor sueco Nordenskjold dice que la civilización incaica que culmina con los incas, la civilización andina, logró la soldadura del platino; posiblemente la utilización de la coca como anestésico; muy avanzada cirujía en la trepanación, de la cual hay testimonios muy importantes. ¿Pero qué ha ocurrido con la América Latina? Nosotros hemos sido hasta hace poco un continente sin conciencia del pasado. Nuestro pasado correspondía

al pasado euroasiático. Nosotros aprendíamos en los colegios que América fue descubierto el 12 de octubre de 1492. Pero después hemos llegado a descubrir un pasado anterior al descubrimiento de América, y entonces hoy surge la pregunta: ¿quién descubrió a quién? América descubrió a Europa el 12 de octubre de 1492, tanto como Europa descubrió a América, porque se encontraron dos civilizaciones que tenían dos pasados. Y esto es lo que nos ha llevado a tener una conciencia retrasada de nuestra historia. Sólo ahora, a través de los museos europeos, a los museos etnográficos, y a los estudios prodigiosos, especialmente de arqueólogos o antropólogos alemanes, suecos e ingleses, etc., hemos adquirido nosotros conciencia de un pasado propio, que ya no viene, como dicel Hegel, siguiendo la ruta del sol, que nace en Oriente y tramonta en Occidente, sino que es un pasado que tiene su propia ruta solar, que tiene su propio tiempo y su propio espacio y su propia velocidad. Y de ahí es que nosotros, no encontrando posibilidad de interpretar la historia con las leyes dialécticas de Hegel o de Marx, nos hemos propuesto hallarlas en el campo del relativismo, y nos hemos propuesto descubrir que la conquista y el mestizaje, y la realidad de la América Latina de hoy no es sino un cruce de dos pasados, de dos corrientes, una que es la dominante y la gallarda europea, de la cual debemos apartarnos, pero otra que viene profunda, subyacente y todavía desconocida, desde el lado de nuestras civilizaciones viejas. ¿Quién sabe lo que fue la civilización andina mientras no se descubran los quipus? Egipto, antes de Champollion, fue un misterio; nosotros, antes del descubrimiento de los quipus, somos un misterio. Hay gentes que dicen que esta escritura, o este proceso de la cuerda y del nudo no puede ser escritura. Pero tampoco se han descubiertos los manuscritos ideográficos de Yucatán; hasta ahora no se ha revelado qué dice la civilización maya, o qué fue, o de dónde vino, o cómo nació. Todo esto está en los pergaminos, en los manuscritos, en los lirbos primosos y llenos de colores, porque fueron libros que tuvo la civilización maya. ¿Y los quipus? ¿Qué son? Alguien ha dicho: nudo y línea no pueden ser letras. Yo me he atrevido a contestar: nudo y línea, punto y línea, es el alfabeto morse. ¿Por qué no pueden ser los quipus una forma del alfabeto morse? Todo esto es un misterio. En el secreto profundo de los orígenes de nuestra historia está quizá una mejor interpretación del proceso social americano.

¿Cómo puede contribuir Europa? Yo diría que Europa tiene que ayudarnos a realizar los milagros tecnológicos que la América Latina exige para vencer a nuestra geografía. Puede decírseme que esto es muy ambicioso. Yo voy a contestar que ya tengo un ejemplo. Un ejemplo alemán. Europa y Alemania nos están ayudando con su técnica a realizar un milagro digno de Julio Verne: trasladar un río que es uno de los padres del Amazonas y que va hacia el Atlántico,

trasladarlo hacia el Pacífico por encima de los Andes; milagro de la hidráulica alemana combinada con la electricidad inglesa. El proyecto del Mantaro, que está realizando la casa Siemens, va a ser uno de los grandes hechos tecnológicos, una verdadera proeza de conquistar de la geografía, cambiando el curso de sus ríos. El río Rimac es mucho más pobre que el Spree, pero el río Rimac podrá convertirse en un río respetable cuando se vuelquen en él las aguas del Mantaro, que van a abaratar la electricidad peruana en un 67 por 100. El proyecto está en marcha. Pero hay otros proyectos. Cuando las aguas del Titicaca bajan desde sus cuatro mil metros de altitud hasta los desiertos de Atacama millones de gentes podrán vivir allí; quedan los caminos de penetración, los túneles a través de los Andes para perforar las cordilleras y llegar a las grandes zonas y hacerlas habitables. Quedan un proyecto argentino aprobado ya en primera discusión por la Cámara de Diputados de Buenos Aires. Este proyecto es el del ingeniero Gabriel del Mazo, Ministro de Defensa del ex Presidente Frondizi. El proyecto consiste en un canal que parte del estuario del río de la Plata, cruza el Brasil, llega al Amazonas y pasa al Orinoco. Este es un proyecto ya estudiado, muy costoso. Hoy día no hay problemas para la técnica. Los problemas son económicos. Por eso, yo siempre repito que ya no nos asombramos cuando de aquí a Nueva York nos vamos en siete horas, o cuando de aquí a los países de la América Latina nos vamos en dieciocho horas. Porque el problema ya no es decir estamos a siete horas de Nueva York, o estamos a diecisiete de la América Latina. El problema es decir a cuántos dólares estamos de Nueva York, a cuántos dólares estamos de la América Latina. Es un problema económico. El problema de hoy es decir a cuántos dólares estamos de la transformación de la América Latina en un continente habitable, de irrigarlo y hacerlo digno del servicio del hombre.

En este sentido se han inventado muchas soluciones. Una de ellas es la Alianza para el Progreso. Esta Alianza para el Progreso, que fue esgrimida por el Presidente Kennedy, es uno de los proyectos más ambiciosos para intentar la liberación de la América Latina de su subdesarrollo. A ese proyecto, nuestro movimiento, el Aprismo, ha opuesto una objeción: no puede hacerse de la solución de los problemas de la América Latina, en el campo del subdesarrollo, una cuestión puramente bilateral, hemisférica, americana. No queremos un monroísmo en la Alianza para el Progreso. Tiene que ser un problema de solución tri-dimensional: Estados Unidos, América Latina y Europa. Esta es nuestra posición, y es quizá el más lógico punto de vista que se puede tener respecto a esta gran problemática de la Alianza para el Progreso. Porque, nosotros lo hemos dicho, la vastedad del problema, la ingencia de su coste económico no permite a

un solo país ni aún a los Estados Unidos, lograr una solución por ellos mismos. Necesitamos de la ayuda de Europa.

Haciendo más habitable la América Latina, dándole más calidad de campo de trabajo para el mundo, no tenemos por qué temer nada que no sea libertad, porque, psicológicamente, históricamente, tradicionalmente, nosotros somos devotos de la libertad. Yo creo que una de las causas por las cuales las doctrinas totalitarias y las doctrinas extremistas no han tenido eco ni arraigo en la América Latina, salvo episódicamente, ha sido porque en el fondo de nuestra psicología, medio india, medio española, medio negra, medio cósmica, hay un ansia de libertad. Una tradición de libertad. La pelea política, la violencia latinoamericana, ha sido siempre una lucha entre el opresor y el hombre que pelea por su libertad. Quizá no ha sabido pelear el latinoamericano, lo ha hecho un poco a la española, porque de ellos hemos heredado, y de los portugueses, ese anarquismo ibérico que está contra todo y contra todos. De otro lado, tenemos en nuestra geografía la simbólica expresión de nuestra posibilidad de ser libres. Sabemos que hay tierra que ganar, arenal de irrigar, que hay bosque que conquistar y que nadie nos va a oprimir si tenemos el coraje de afrontar a la naturaleza y de hacer para cada hombre un campo de trabajo y para la humanidad un hogar posible.

MOLT:

Desearía primeramente tocar un punto, ya que el doctor Haya de la Torre se ha referido directamente a mí cuando hablaba de la necesidad de efectuar diferenciaciones en Latinoamérica. Intencionalmente evité hablar de naciones, sino solamente de diferenciaciones. Lo que el doctor Haya de la Torre ha expuesto, considerado desde la altura de una gran visión histórica, es con toda seguridad justo. Pero a lo que yo me refería era a las tareas más inmediatas y monetáneas. Es tal vez un error en que fácilmente incurre el europeo el comprobar cuando va a Latinoamérica primeramente esta gran diosa unidad real y esta comunidad de existencia, y luego, cuando se ocupa más del asunto, dejarse llevar por la fuerza de las diferencias y diferenciaciones. Yo creo que, por lo menos en un próximo futuro, hay que tomar muy en cuenta estas diferentes formas de ser. Ciertamente que en el Brasil hay diferencias enormes, como por ejemplo en el Sur de Chile y en el Norte de México; no obstante, lo que cada uno de los países aportan son consecuencias de supuestos completamente diferentes. Dejando de lado las dificultades de lengua, nos es más fácil en Europa establecer una relación entre Milán, Berlín y París, que establecer un denominador común entre Recife y Sao Paulo, y Lima y Caracas.

Mas, por otro lado, estoy completamente de acuerdo con el doctor Haya de la Torre, porque también yo creo que la tarea no debe consistir en intensificar estas diferenciaciones y, digámoslo así, en proseguir el curso de la atomización de Latinoamérica, sino que, realmente, todas las soluciones han de tender —como nos esforzamos en hacerlo también en Europa, suprimiendo las diferencias que nos separan— a lograr la unidad de Latinoamérica. Las dificultades son todavía gigantescas, y los esfuerzos a realizar, enormes. Sólo hay que hacer votos para que el optimismo del doctor Haya de la Torre, en relación a la superación del nacionalismo y del particularismo en Latinoamérica, se conviertan en auténtica realidad.

JOSE L. DECAMILLI:

En relación a las diversas ponencias que se han expuesto aquí, creo comprobar que existe, en lo fundamental, una unidad de criterio. En primer lugar, si en mi exposición trataba de acentuar un punto que creo condición básica para la confrontación de nuestras sociedades o de nuestra sociedad latinoamérica, es evidente que esta solución política democrática en el sentido en que traté de especificar, que no es una democracia cualquiera, sino que tiene que ser una democracia nuestra, adecuada a nuestra idiosincracia, coincide con aquella que tan magníficamente ha expresado el maestro Haya de la Torre, y también con el pensamiento del doctor Molt, cuando pedían soluciones adecuadas a nuestra propia realidad. El mal de América ha residido precisamente en eso que ya nos había dicho el maestro Haya de la Torre: la imitación. Pero yo quisiera hacer notar que esta imitación del pasado tal vez no pudo evitarse, porque pasábamos por un proceso de conformación de nuestra propia realidad cultural Recién hoy existen las posibilidades de que podamos buscar estas soluciones sin imitar a nadie, porque tenemos ya el suficiente desarrollo anímico, pero no solamente anímico en el sentido individual, sino también en la conciencia social, tan importante en el proceso de creación cultural. Es decir, democracia, pero no una democracia indiferenciada, sino democracia adecuada a nuestra realidad social histórica. Hoy podemos plantearnos esta solución en la totalidad de sus aspectos. Segundo punto que creo interesante recalcar es éste: me parece igualmente fundamental la idea de que la solución de nuestros problemas sólo puede hacerse en la unidad. Estoy completamente de acuerdo que no tenemos que buscar las soluciones en el marco limitado de nuestra geografía o de nuestras pequeñas «nacionalidades». ¿Qué solución puede encontrar el Paraguay a sus problemas en sus límites? Solamente pueden encontrarse soluciones en el ámbito

del Río de la Plata, y aún más, teniendo en cuenta la realidad de América Latina. En resumen: 1.° lo fundamental para mí es encontrar una solución política en la cual aquello que no varía en ningún pueblo del mundo, que es lo humano, sea salvado, y yo veo que esto no puede ser salvado, sino en una solución democrática, adecuada a nuestra realidad. 2.° que esta tarea tiene que realizarse en la unidad de esfuerzo de los distintos países de Latinoamérica. En estos puntos estoy completamente de acuerdo.

HAYA DE LA TORRE:

Yo no tengo nada que agregar, sino que estoy de acuerdo. Yo diría aún más: que lo que nosotros tenemos que afirmar es la libertad del hombre. Siempre he creído que la democracia está más de acuerdo con esta diferenciación entre el hombre y el animal. El animal no tiene libertad, y el hombre la tiene. Esta es la característica y la definición básica, en favor de la democracia. El hombre es libre, es su naturaleza y es su característica. De modo que, desde ese aspecto, lo que se llama democracia, yo llamo libertad. Nosotros tenemos un lema. Decimos: «ni pan sin libertad, ni libertad sin pan». Porque el pan sin libertad es el totalitarismo, y la libertad sin pan es el liberalismo bobo, vacuo, que conocemos. De modo que hay que buscar una libertad con pan, y al decir pan, no solamente nos referimos al pan del cuerpo, sino al pan del espíritu. En lo demás estoy completamente de acuerdo con el Dr. Decamilli y con el Dr. Molt.

BERNHARD (Uruguay):

¿Qué soluciones al problema latinoamericano en general presenta el Aprismo?

HAYA DE LA TORRE:

El Aprismo es un movimiento que básicamente señaló la unidad continental como el principio histórico más importante y como el medio más efectivo de realizar todo proceso de superación. Nosotros hemos sido siempre antinacionalistas en el sentido reducido de la palabra, y por eso perdimos los derechos ciudadanos en el Perú. Durante veinticinco años no tuvimos derecho ni a elegir ni a ser elegidos, porque éramos miembros de un partido internacional. Sólo ahora que

marchan los proyectos para la unidad continental y el mercado común, lo que fue pecado resulta virtud. Pero eso fue lo básico, porque nosotros surgimos como movimiento en el año 1924, cuando se hallaba en auge la política de la diplomacia del dólar y la política norteamericana, una política agresiva que tenía su expresión militar en la ocupación de Nicaragua, Santo Domingo, Haití, en la enmienda Platt, en Cuba, etc. Nosotros surgimos como Partido Antiimperialista porque estábamos convencidos de que no se podía resistir a la predominancia externa de los norteamericanos si nosotros no nos uníamos. Pero al mismo tiempo nosotros hicimos una definición en el Congreso Antiimperialista Mundial de Bruselas sobre lo que es el imperialismo. Allí comenzamos a aplicar nuestra tesis relativista. El imperialismo, según la definición marxista-leninista, aceptada por todos y transportada a Latinoamérica, es la última, la superior etapa del capitalismo, del imperialismo. Nosotros dijimos hay que aplicar a esta definición el concepto de espacio y de tiempo. El imperialismo es la última etapa en los países desarrollados, pero viene a ser la primera etapa en los países subdesarrollados. Nosotros somos un continente que todavía no hemos creado la máquina; nuestra economía industrial es una economía de tipo colonial o imperializada, con importación de máquina, importación de capitales. De manera que la gran empresa industrial, la aurora del industrialismo en nuestras naciones comienza con esta importación de capitales y de maquinaria.

Esta característica técnica, además, define la configuración social de la clase proletaria como clase no de proletariado creador de la industria pesada, sino por la industria ligera y extractiva, productora de materias primas o semielaboradas. Nosotros hemos heredado un poco el retardo tecnológico de los españoles. Nosotros no hemos creado por eso la máquina. Nuestra artesanía ha sido una artesanía que se mantiene mediante la gran capacidad de trabajo de nuestro pueblo. Nuestros indios son muy inteligentes, nuestros mestizos no les quedan en la zaga. No conocen nada de un motor de explosión, pero componen un automóvil soplando o chupando gasolina o haciendo cualquier cosa con una velocidad que asombra a los norteamericanos cuando pasan por allí. Conocen de mecánica sin conocer las leyes ni los principios de la mecánica. Tienen una capacidad manual tan extraordinaria que a mí me ha dicho el ingeniero que construyó las grandes represas hidráulicas en el Perú que él, que había trabajado mucho en Asia, consideraba que el trabajador manual indígena latinoamericano tiene una gran eficiencia y resistencia. Esta es una impresión que me han dado también los técnicos japoneses que han ido a trabajar en el Perú en las empresas de irrigación, o que han pasado por Bolivia y que ya están en el Brasil.

El trabajador, el hombre, tiene cualidades, tiene capacidades, pero faltaba la tecnología. El hombre fue formado para el bruto trabajo de la mina o de la agricultura, pero no se les inició ni en la educación ni en la técnica. Salvo en México, donde se vio la cooperación del indio en la construcción de los templos y aun en su participación en la pintura, se hizo muy poco en esto del desarrollo de las capacidades inteligentes del indígena.

Ese tipo social de proletariado industrial no correspondía al tipo social del primer proletariado europeo, un proletariado maquinista. Con estos datos nosotros definimos nuestro panorama social aquí: el proletariado industrial es un proletariado minoritario, porque la industria es minoritaria. La industria no se mueve ni con máquinas propias ni con capitales propios, porque no los tiene. La mayoría de la clase trabajadora es campesina, pero al mismo tiempo que es una mayoría campesina es una mayoría ineducada, sin conciencia de clase. Nosotros mantuvimos entonces la idea de que un partido de clase era inoperante, y que tenía que ser un partido de frente único de clase que confronta el riesgo imperialista como primera etapa del capitalismo. Estos son los enunciados de hace casi cuarenta años.

Hoy día el mundo confronta estos hechos o estos apotegmas económicos: 1. Ningún país subdesarrollado puede emanciparse de su subdesarrollo sin la ayuda económica y tecnológica de los países desarrollados. Esto es un hecho; hay que estudiar el proceso de lo que se llama desarrollo y subdesarrollo. La separación entre los países desarrollados y subdesarrollados en el siglo XIX era mucho menor que la que hoy separa a unos y otros. El ferrocarril comenzó a funcionar en la América del Norte en el año treinta y tantos; en el año 50 ya teníamos ferrocarril en la América del Sur. En el año 70 ya teníamos el ferrocarril más alto de la América del Sur. El fusil Winchester, que se usó en la guerra franco-prusiana del año 70, la bomba atómica de aquella época, se usó en la guerra peruano-chilena del 79. Otras cosas así, la luz eléctrica y el gas y el teléfono, llegaron pronto. Hoy día la separación entre los países desarrollados y los subdesarrollados, entre uno de los que hacen satélites y hacen proyectiles dirigidos y nuestros países, es una separación de veras abismal. Entonces nosotros creemos que para salir de este estado de subdesarrollo necesitamos de la ayuda técnica y económica de los países desarrollados.

¿Cómo se realiza esta ayuda técnica y económica? ¡Ah! ¡Eso ya problema político! Pero de todas maneras es una ley que ningún país subdesarrollado puede salir de su estado de subdesarrollo sin la ayuda económica y técnica de los países desarrollados. Bien. Ahora nosotros presentamos una objeción, diríamos de tipo optimista: no-

sotros creemos que así como los capitales que se exportan de los países imperialistas a los países imperializados van por una necesidad que es igual a la necesidad que los otros tienen de recibirlo para industrializarse. Nosotros creemos que esta será la ley próxima del mundo. Los países subdesarrollados necesitan tanto de la ayuda de los países desarrollados como éstos de aquéllos, porque si no la civilización mundial quedará reducida a una minoría. Será una repetición de lo que fue el Imperio Romano en sus postrimerías, cuando la civilización quedó reducida a una minoría y una mayoría, los bárbaros, destruyeron la civilización. Fue la cantidad que destruyó la calidad y creó otra cosa. Nosotros tenemos que tomar en cuenta este hecho, y ésta es una voz de alerta para los pueblos desarrollados de que si no se preocupan de los pueblos subdesarrollados se van a encontrar ante una inmensa mayoría de pueblos subdesarrollados que no van a tener nada que perder y que van a ser una amenaza constante para la civilización.

En relación a lo afirmado aquí respecto a la universalidad, yo me acojo a unas palabras de Nehru. El universalismo, que es un término un poco vago, debe ser reemplazado por el de interdependencia. Vivimos en un mundo interdependiente, esta es la frase con que Nehru terminó su libro sobre la civilización de la India. Y la interdependencia es la ley universal de nuestro mundo. Estos son los fundamentos del Apra. Nosotros decimos: hay que liberarse del subdesarrollo por todos los caminos de coordinación y de seguridad para establecer esta relación, porque aprovecho de decir que yo nunca he dicho que América Latina tiene que aislarse como un archipiélago. Nosotros estamos vinculados estrecha y permanentemente a la cultura universal. Y a ella vamos a contribuir y podemos contribuir.

Esos son los fundamentos generales del movimiento aprista que quiere la democracia de pan con libertad y la aplicación de las reformas, correspondiendo a cada estadio de la evolución social de América. Porque una ley moderna de turismo no se puede aplicar a los salvajes del Amazonas, y ellos son nuestros compatriotas. No se puede aplicar ciertos principios, no se puede hacer una legislación en los países de la América Latina como se hace en Europa, porque allá hay grados y diferencias. Incluso en el problema agrario una tierra que vale al nivel del mar como 100 vale a los 4.000 metros de altura como 1. Entonces la legislación tiene que estar sujeta a la calidad de la latitud, de la longitud geográfica y de la altitud, y del grado de evolución social de la zona correspondiente. Nosotros pedimos eso que se llama regionalismo económico dentro de una concepción continental latinoamericana de coherencia, coordinación y realismo.

MOLT:

Una pregunta al Dr. Haya de la Torre. La victoria del Sr. Frei en Chile haconcedido una cierta significación al movimiento cristiano-demócrata. Me interesaría saber qué piensa usted al respecto. Sé que el Apra tal vez no considere tan feliz tal resultado, pero me interesaría saber su opinión al respecto.

HAYA DE LA TORRE:

Voy a decirle a usted que, en primer término, nuestras relaciones con el movimiento demócrata-cristiano de Chile han sido siempre muy cordiales, por el hecho de que durante veinte años ha habido más de 400 ó 500 desterrados peruanos apristas viviendo en Chile, de manera que se han establecido vínculos muy estrechos. Pero además Frei, hoy presidente de Chile, ha manifestado siempre, y ha ido al Perú muchas veces a decírnoslo, que él está de acuerdo con todo el programa fundamental del Aprismo. Por ejemplo, el programa fundamental de la unidad continental. Nosotros hemos aprobado una ley en Perú de convocación del primer congreso latinoamericano. De manera que el 7 de diciembre próximo se reunirá en Lima el primer parlamento latinoamericano. ¿Qué va a salir de ese parlamento? No sabemos, pero se van a echar las bases políticas que correspondan a las bases económicas del grupo de países que ya forman el tratado de Montevideo. Los dirigentes del grupo de Montevideo han manifestado su adhesión a este proyecto. Frei ha dicho que vendrán los representantes de Chile a formar parte de este nuevo parlamento de Latinoamérica. Desde ese punto de vista, yo tengo mucha simpatía por el movimiento demócrata-cristiano de Chile, por lo que tiene de avanzado, de reformista. Y establezco la diferencia: es más parecida la democracia cristiana chilena a la venezolana que a la peruana, donde está naciendo, pero con otro carácter. Lo mismo creo que hay cierta diferencia con la Argentina, o seguramente con el grupo uruguayo. Pero en Chile tiene una actitud bastante avanzada, reformista, que vamos a ver cómo se realiza en la experiencia propia del ejercicio del gobierno.



ANEXO

Haya de la Torre

maestro y conductor de Latinoamérica

por José Leopoldo Decamilli



PRELIMINARES

Después de Scheler, todos sabemos que es posible y hasta necesario hacer una sociología del saber, sin incurrir en las exageraciones del determinismo sociológico o económico.

La sociología ha contribuido mucho a develar las esclavitudes y la miseria a que se halla sujeto el vuelo del pensamiento humano. Es verdad que el humano entendimiento tiene la potencia, la posibilidad de hacerse en cierto modo todas las cosas, como nos decían Aristóteles y los escolásticos (1), pero, por otra parte, esta posibilidad se halla sujeta en su realización al duro yugo del condicionamiento que emerge de la opacidad y peso de la materia (de la materia que constituye nuestro cuerpo, y abraza y hunde en las sombras a nuestro espíritu; y de la materia exterior, espacio, naturaleza física, clima, etcétera), de las apremiantes exigencias del hacerse y del hacer vital, del modo e intensidad de la interacción humana y de los mundos por ella creados, de la dirección y «altura» del proceso histórico, su tiempo social e histórico, único e inconfundible, irreductible a una ley algebraica.

El estudio de toda esta constelación de condicionamientos nos puede aclarar mucho las dificultades que cada sistema filosófico no ha podido vencer y el campo directo de sus posibilidades sociohistóricas.

Así, quien atentamente sigue el desarrollo del pensamiento filosófico en América, puede comprobar que —sin explicarnos el conte-

(1) Igual pensamiento expresaba Aristóteles cuando afirmaba que el hombre es un microcosmos. Entre los escolásticos era común afirmar «intellectus fit quodammodo omnia». «Cognoscentia a non cognoscentibus in hoc distinguuntur, quia nos cognoscentia nihil habent nisi suam formam tantum; sed cognoscent natum est habere formam etiam rei alterius; nam species cogniti est in cognescente ...(Tomás de Aquino, *S. Th. Ia., q.* 14, *a.* 1). «Cognoscere est fieri aliud in quantum est aliud (Juan de Santo Tomás, *Cursus Philosophicus, De Anima,* q. 4, a. 1).

nido del mismo— se halla constantemente ligado a las peripecias de su devenir histórico, ya como causa, ya como resultado de sus condiciones.

La Historia de la América Hispana —como toda historia, como toda vida— es urgencia, premura (1). Pero el ritmo de la vida humana —lo sabemos— tiene mayor o menor intensidad, según la etapa por la que pasa su existir. El proceso vital de la niñez y de la adolescencia tienen, indudablemente, una aceleración extremas; la madurez reduce la fuerza exterior del movimiento, para ganar en intensidad; en la vejez, la vida se atrofia en su ser real y se sublima en el recuerdo. Todas estas elementales verdades pueden aplicarse también analógicamente a los pueblos y a las culturas. Y por ello la «urgencia» de la vida, que se halla presente en todas, es diferente en cada una de ellas. La «urgencia» de la Historia de la América Hispana ha sido la urgencia impaciente y atropellada de la vida de los pueblos jóvenes. La intensidad de sus acciones, los fatigosos tanteos, la búsqueda penosa y azorante del carácter de la propia realidad, de la conciencia y del alma personales, no han dejado nunca mucho hueco para que el espíritu reposara en la contemplación de las esencias, en la árdua tarea de horadar las espesuras que cubren el misterio de la realidad, el sentido del universo y el verdadero sentido de la existencia humana, el misterio de la entidad y finalidad del convivir social de la estructura, forma y meta de la historia. De aquí que el tipo del filósofo puro, del hombre dedicado enteramente a los afanes del pensar, haya sido entre nosotros constantemente una excepción. Mucho más amplia ha sido, en cambio, la galería de los preclaros espíritus que han tenido que vivir al filo agónico del pensar y del hacer, tratando de conjugar en el breve episodio de una vida la apasionante investigación de la verdad, con las ineludibles demandas del tiempo y de la vida social e histórica. Aquí encontramos a los

(1) La única vida real es la vida que se vive actualmente; las vidas que se han vivido (pretéritas) y las que van a vivirse (futuras), las que viven sólo en una idea o proyecto de ser, no son, en el propio sentido de la palabra, vidas. Tanto vale decir vida como decir actualidad. Porque vida es eso que tenemos que hacer; variará sobremanera en las diversas épocas de la historia, pero sea una cosa u otra, lo que no varía es que no está hecha, sino que tenemos que hacerla, y esto es lo que la vida tiene. La vida es, pues, esencialmente, tarea y problema abierto: una montaña de problemas que hay que resolver, en cuya trama procelosa, queramos o no, braceamos náufragos.

Las vidas inactuales, las vidas del pasado, no son, claro está, vidas en el sentido propio de la palabra: son cuentos que nos cuentan sobre vidas que fueron; que fueron para los que tuvieron que vivirlas, como nosotros la nuestra, antes de que nadie se las pudiera contar. De aquí que por uno de sus haces toda vida es, mientras está viviendo, más o menos, siempre angustiosa, porque consiste en problemas indómitos y de urgente solución. En cambio, siempre que el hombre mira desde su actualidad una vida pretérita, ve, junto a los problemas que les abrumaron, las soluciones mejores o peores que estos problemas recibieron.»

(Prólogo a *Veinte años de caza mayor*, del Conde de Yebes, Obras completas, «Rev. de Occidente», Madrid, t. VI, págs. 476-477.)

grandes maestros y conductores de América que fueron Echeverría, Belló, Sarmiento, Sierra, Rodó, Hostos, etc., etc., quienes tanto contribuyeron al enriquecimiento del pensamiento de América, y, al mismo tiempo, fueron enérgicos conductores de nuestros pueblos. Lo poco que se ha hecho, lo poco que se puede hacer, en una vida y para una nación, fue hecho por ellos.

En esta galería de «grandes» del espíritu de América, debemos buscar también a Haya de la Torre.

Intentaremos en este trabajo presentar, en apretada síntesis, la obra de este autor, tanto en el plano de la acción, como del pensamiento. Nos limitaremos a la exposición objetiva de sus ideas, desistiendo de toda observación crítica.

LA INFLUENCIA DEL POLITICO

I. Antecedentes del Aprismo

El conocido escritor y profesor universitario Luis Alberto Sánchez había dicho alguna vez que la América Latina comienza su siglo XX con el Movimiento de la Reforma Universitaria de Córdoba.

En primer lugar hay que tener en cuenta que la entrada en el siglo XX —la entrada en la madurez— no se efectúa de una vez y de golpe, sino paulatinamente, primero en una esfera y luego en otra. A mi juicio, Latinoamérica rompe la brecha de la adolescencia en esa fuga maravillosa de libérrima creación que fue el movimiento literario modernista; a ella sigue la medulosa definición que alcanza el pensamiento filosófico con el positivismo; y sólo después y finalmente, la entrada a la historia seria, la búsqueda de fórmulas que no fuesen solamente fórmulas, sino definiciones reales del equilibrio de la vida.

Indudablemente, la Reforma Universitaria de Córdoba del año 1918 alentó a todas las fuerzas que luchaban por una nueva América. Los elevados ideales de aquella proclama dirigida «a los hombres libres en Sudamérica» (21 de junio de 1918) y los pensamientos más consistentes expuestos en las Bases de Organización de la Universidad, en el curso del I Congreso Nacional de Estudiantes (julio de 1918), tienen un incontestable valor histórico. Mas me parece que no le cabe el honor de ser pórtico de nuestra entrada a la vida histórica contemporánea, por no haber producido ninguna transformación decisiva ni en el alma, ni en la forma de la estructura social.

A mi juicio, la América Latina penetra en la vida contemporánea con la dolorosa conmoción de la Revolución Mejicana, la que señala,

con el marco de sangre, con la polvareda de la violencia, distintamente, el término del siglo XIX, es decir, del siglo de la búsqueda de nuestra definición social y la iniciación de la era de consolidación institucional con sensibilidad social.

Los partidos políticos, que habían ido surgiendo en su inmensa mayoría en el curso del siglo anterior, manifestaban de año en año, con mayor evidencia, su radical incomprensión ante las exigencias de las masas y de las organizaciones obreras y rurales. En la serie interminable de convulsiones «revolucionarias» que jalonan todo el proceso de nuestra historia, la Revolución Mejicana constituye una revolución de carácter completamente diferente. La distingue de todas las antecedentes su condición de movimiento auténticamente revolucionario. Se trata de conseguir una transformación efectiva y total de las estructuras políticas, sociales y económicas existentes. Su nueva sensibilidad es la sensibilidad de la justicia social, de la necesidad de que la justicia baje del firmamento de las ideas, a la llanura donde late la vida del hombre sin pan, sin tierra y sin libertad. A pesar o tal vez debido a la extraordinaria fuerza que encerró, la Revolución Mejicana no llegó nunca a constituir una ideología coherente, sino que se fue haciendo a base de golpes. No obstante, las experiencias de la Revolución Mejicana repercutieron por toda América y pusieron de manifiesto la necesidad y la posibilidad de romper las arcaicas estructuras económico-sociales, la alianza de los intereses de las minorías plutocráticas y el predominio de una política hecha a base de palabras, sin entregar por otro lado la soberanía nacional a otros poderes políticos extraños al continente. Cuando los bolcheviques y mencheviques luchaban todavía por el predominio del poder, la Revolución Mejicana era ya un hecho consumado, con una larga historia tras de sí.

En el vacío ideológico de la Revolución Mejicana, el movimiento político anaquista y socialista aportó una contribución esencial. Los elevados pensamientos de los socialistas latinoamericanos —los argentinos Juan B. Justo y Alfredo Palacios, el uruguayo Emilio Frugoni, etcétera— formaron a generaciones de jóvenes, y siguen todavía informando y orientando la conciencia de muchos grupos de izquierda revolucionaria. Pero si a la Revolución Mejicana había faltado una doctrina, que este movimiento de izquierda lo tenía en sobreabundancia, faltaba a éste, en contraposición, el impulso dinámico y el arraigo popular de aquélla. El socialismo americano no llegó nunca a conquistar al pueblo, y no pasó de ser un movimiento político con una gran cabeza, magníficamente organizada, llena de ideas, asentada sobre un cuerpo raquítico.

Todos estos movimientos revolucionarios, tanto en su dimensión puramente teórica como en sus proyecciones sociales e históricas, influyeron en el pensamiento y en la doctrina de Haya de la Torre.

Y el primer mérito de la obra política de Haya de la Torre reside precisamente en haber tenido la sabiduría de unir los cabos dispersos en una doctrina política orgánica y de raíces filosóficas con un ímpetu revolucionario de extraordinaria fuerza. Naturalmente, no hay que desconocerlo, la gran repercusión del aprismo se debe no sólo a sus méritos intrínsecos, indiscutibles, sino también a que su actuación empieza a realizarse en una época en que los problemas sociales y políticos de Latinoamérica han alcanzado ya tal intensidad que toda dilación era imposible.

II. Haya de la Torre y el P. A. P. en el Perú

El fenómeno político general mencionado —la quiebra de los partidos tradicionales— halla su plena confirmación en la situación de los partidos políticos del Perú.

No hay que exagerar las cosas y afirmar que todos ellos surgieron sólo con el propósito de defender los intereses de pequeñas minorías. Fácil es cargar la tinta sobre los que ya no pueden defenderse y, desde el futuro, adoptar poses de censor sobre lo que no se hizo y sobre lo que debió de haberse hecho. La verdad es que estos partidos nacieron alentados por elevados ideales y fueron dirigidos por sinceros patriotas. Prueba fehaciente de ello lo constituyen las numerosas instituciones creadas —y que deben ser hoy mismo necesariamente mantenidas, por constituir piezas fundamentales de la estructura de nuestra vida política—, las medidas tomadas (abolición de la esclavitud, enseñanza obligatoria, etc.), la educación lenta, pero paulatina y constante de la sensibilidad democrática de la gente de nuestros pueblos, y otras miles de cosas más que, muchos, injustamente, tratan de olvidar. Pero estos partidos políticos vivían en otra época, en condiciones sociales diferentes, afrontando problemas que ya no son los nuestros y no fueron capaces (tal vez menos por no quererlo, que por no poderlo) de hallar la fórmula requerida para sintetizar el caleidoscopio de imágenes y de realidades cambiantes de América. Se aproximaron a ellos con los estereotipados conceptos del siglo XIX y, rotundamente, fracasaron. La democracia liberal, que nunca pudo funcionar adecuadamente en una sociedad patriarcal, con millones de analfabetos, en su afán de conservar lo que ya no era sino pieza de museo, se fue convirtiendo en símbolo de reacción y en institución protectora de injustos privilegios.

Así ocurrió también con el partido liberal de Rómulo Castilla, con el partido civil fundado por Manuel Pardo en 1872, con el partido demócrata creado por Nicolás de Piérola en 1889, con la fracción escindida del partido civil, guiada por Leguía, adoptando el nom-

bre de partido democrático reformista (1919). Pero tampoco el partido socialista peruano (1919) y el partido laborista del Perú consiguieron echar raíces en el alma del pueblo y convertirse en potentes partidos de masa.

La intervención de Haya de la Torre en la vida pública comienza con una activa participación en las luchas estudiantiles y sociales. En ambos campos se había iniciado la lucha contra los entuertos, irregularidades, viejas costumbres e instituciones.

Animados por el ejemplo de sus compañeros argentinos, los estudiantes de la Universidad de San Marcos se alzan en abierta rebelión contra las disciplinas, métodos de enseñanza y sistema de gobierno de la Universidad. Las «Bases de organización» de los estudiantes argentinos sirven de modelo a los estudiantes sanmarquinos, a cuyo frente se halla Haya de la Torre. Después de poco tiempo, rico en incidentes de toda especie, se logra imponer gran parte de las aspiraciones estudiantiles con la proclamación de las leyes 4.002 y 4.004. Los obreros, por su parte, inician la lucha en defensa de su libertad de organización y con su tenaz oposición a las Leyes de la Vagancia y a la Ley de la Conscripción Vial. Las autoridades civiles y militares responden a estas demandas con cruel represión; cientos de obreros son masacrados en Talaca, Vitarte, Huancané y Huado. Hacia 1916-1917 se declara la huelga general en Lima y en Callao, como protesta contra las represalias y como medio de lucha para obtener el reconocimiento de la «jornada de ocho horas». Los estudiantes de San Marcos se solidarizan con las inquietudes de los obreros y apoyan la huelga general enviando una delegación encabezada por Víctor Raúl Haya de la Torre. Desde entonces ya no se rompe la unidad de esfuerzos del frente unido de obreros y estudiantes. Es el mismo dirigente estudiantil, Haya de la Torre, quien propugna en 1919 la creación de la Federación de Trabajadores en Tejidos del Perú, y, a instancias de los obreros, su nombre encabeza el texto de la declaración: «Bajo la presidencia del compañero estudiante Víctor Raúl Haya de la Torre».

En el I Congreso de la Federación de Estudiantes del Perú, llevado a cabo en marzo de 1920, en Cuzco, se resuelve la creación de una Universidad Popular que, posteriomente, llevaría el nombre de González Prada. La obra social de este centro de cultura popular es indescriptible, no solamente por lo que se consiguió realizar, sino también por la influencia formadora indirecta. Inaugurada el 22 de enero de 1921 en el Palacio de la Exposición, prácticamente sin medios económicos, a base de enseñanza gratuita, tuvo al poco tiempo miles de alumnos. Allí se enseña al pueblo laborioso a aprender y a pensar. Las palabras pronunciadas en aquella ocasión por el joven rector de la Universidad Popular merecen no ser olvidadas: «Los trabajadores vienen aquí a aprender, y nosotros, los profesores, tam-

bién... No a ser revolucionarios de grita, de demagogia, de alarde. A serlo revolucionando ante todo en nuestras propias vidas... La obra que acometemos es difícil. Significa una cruzada contra todos los males morales, contra todas las debilidades de la mente y del carácter inherentes de nuestras deficiencias educacionales.»

Entretanto, en la Argentina, la Federación Universitaria Argentina, que en esta época, indudablemente, tiene en sus manos la iniciativa del movimiento universitario reformista, lanza el 11 de octubre de 1920 un manifiesto de repudio del imperialismo mundial. Esta proclama en pro de la independencia integral de América fue acogida con unánime aplauso por los estudiantes de todo el continente, como se comprobó en la ratificación de los mismos principios en el I Congreso Internacional de los Estudiantes de Reforma Universitaria, llevado a cabo en Méjico en el año 1921. A este categórico repudio del imperialismo acompañaron los estudiantes reformistas, con clara visión de lo esencial para el futuro de nuestros pueblos, una condena de todo tipo de totalitarismo, cuando expresaban la necesidad de abolir «el actual concepto del poder público que, suponiendo al Estado una entidad moral soberana diversa de los hombres que la constituyen, se traduce en un derecho subjetivo de dominación de los unos sobre otros».

Estas inquietudes universitarias y sociales tenderán, por natural inclinación, a condensarse en un movimiento político. Esa fue la idea que fermentó poco a poco en los círculos de jóvenes intelectuales y literatos de Trujillo, Arequipa y Lima. Antenor Orrego organiza en Trujillo un centro literario, donde vendrán a derramarse las inquietudes literarias y políticas de los jóvenes. En Lima se ponen a prueba la validez de los ideales y la solidez del frente unido de obreros y estudiantes en las memorables luchas del 23 de mayo de 1923 (1). El gobierno, para evitar el desborde, recurre a la deportación y encarcelamiento en masa de los dirigentes del movimiento. Haya de la Torre va al exilio. Y es allí donde se echan las bases del movimiento aprista: el 7 de mayo de 1924 se procede a la fundación de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA). A esta fundación siguen intensos meses de estudio y actividad en el extranjero, atento a todas

---

(1) «El 23 de mayo reveló el alcance social e ideológico del acercamiento de las vanguardias estudiantiles a las clases trabajadoras. En esa fecha tuvo su bautizo histórico la nueva generación, que con la colaboración de circunstancias excepcionalmente favorables entró a jugar un rol en el desarrollo mismo de nuestra historia, elevando su acción del plano de las inquietudes estudiantiles al de las reivindicaciones colectivas o sociales. Este hecho reanimó e impulsó en las aulas las corrientes de revolución universitaria, acarreando el predominio de la tendencia izquierdista en la Federación de Estudiantes, reorganizada poco tiempo después, y, sobre todo, en las asambleas estudiantiles, que alcanzaron entonces un tono máximo de animación y vivacidad.» (Mariátegui, *Siete ensayos sobre la realidad peruana*, Edit. Universitaria, Santiago de Chile, 1955, pág. 104.)

las ideologías, a todos los movimientos políticos, a todas las revoluciones económicas y sociales.

Leguía es derrocado el 24 de agosto de 1930. Pocos meses después, en marzo de 1931, los apristas que habían vuelto del destierro y los dirigentes liberados de las prisiones, en un evento de increíble entusiasmo, fundan el Partido Aprista Peruano (PAP). El Partido, que ya vivía de hecho en el alma de la gente humilde y de los universitarios más inquietos, tuvo un eco sensacional. Cuando en agosto de 1931 fue convocado el I Congreso Nacional del PAP, contaba ya con centenares de afiliados. En ese congreso se adopta el Plan de Acción Inmediata o Programa Mínimo. En su discurso del 23 de agosto de 1931, en la plaza de toros de Lima, Haya de la Torre fundamenta ampliamente los puntos del programa del Partido.

Desde entonces, su presencia en la vida política peruana es constante, aunque gran parte de los años transcurridos fueron de luchas en el exilio, en la ilegalidad, en las prisiones. Nada ni nadie puede borrar la acción política y educadora ejercida por el PAP en el Perú, durante más de cuatro decenios. Allí están, como perenne monumento, los seis mil dirigentes apristas que ofredaron su vida por la causa de la pequeña patria.

El aprismo aspiró el poder, y aunque muchas veces tuvo el respaldo popular necesario, nunca pudo conseguirlo. Pero no por eso su influencia fue menor. Su preocupación no fue, como nos tienen acostumbrados todos los «revolucionarios» de pequeña talla, los revolucionarios de boquilla, los donjuanes de los cuartelazos, y los teóricos y prácticos de las revoluciones científicas, subir al poder a toda costa y por cualquier medio.

El aprismo realizó, «desde la llanura», una silenciosa pero profunda labor revolucionaria. Muy bien expresa esto el jefe del aprismo, en su discurso del 8 de diciembre de 1931, cuando dijo: «Porque gobernar no es mandar, no es abusar, no es convertir el poder en tablado de todas las pasiones inferiores, en instrumento de venganza, en cadalso de libertades; gobernar es conducir, es educar, es ejemplarizar, es redimir. Y eso no lo harán jamás quienes van al poder sin título moral, quienes carecen de la honradez de una aspiración superior, quienes capturan el Estado como botín de revancha. Ellos mandarán, pero nosotros seguiremos gobernando. Porque nosotros continuamos educando, organizando y dando ejemplo, vale decir, nosotros continuamos redimiendo» (1).

El éxito de esta política de lucha constante, de presión intensa, de oposición constructiva, de acción educadora, hay que medirlo no tanto en las obras que no pudo realizar, como en el grado de profundidad de penetración de sus principios en la conciencia de las masas

---

(1) *Construyendo el aprismo*, Claridad, Buenos Aires, 1933, pág. 172.

de trabajadores, de la ciudad y del campo, entre los miembros de las menguadas sombras de las comunidades indígenas, y en las ideas políticas y económicas, mantenidas hoy incluso por sus enemigos políticos (1).

Con fundado orgullo pudo decir Haya de la Torre en su discurso de 1961: «Compañeros: será preciso recordar la épica historia del Partido; será preciso recordar que no surgimos como un amontonamiento de gentes, ni como una urgencia de ambiciones. Que surgimos como una escuela para el pueblo, que surgimos como una Universidad Popular, que fue obra de un apostolado juvenil y gallardo, que fue la obra de reunir a los hombres y decirles, ante todo: ¡Salvemos al Perú de la tiranía de la ignorancia, que es la peor de las tiranías y la madre de todas...!» (2).

III. El aprismo en América

El aprismo nació ya, como hemos visto, bajo un signo internacional, fue un movimiento político que desde sus orígenes tendió a convertirse en un movimiento de carácter continental.

Las aspiraciones revolucionarias de la Revolución Mejicana, los afanes de «liberación mental» propugnados por la Reforma Universitaria de Córdoba, adquirieron dimensión política americana con la creación del APRA en Méjico y la fijación de su Programa Máximo, cuya consigna fue: «Por el frente único de trabajadores manuales e intelectuales. Contra el imperialismo. Por la unión económica y política de Indoamérica. Por la justicia social». Esta consigna tiene su símbolo en la bandera que Haya de la Torre entrega en esa ocasión a la Federación de Estudiantes: la estrella de oro del porvenir de un continente unido en la plenitud de vida. Las palabras pronunciadas entonces por Haya de la Torre merecen ser esculpidas en piedra, como lema de todos nuestros esfuerzos: «No sólo queremos a nuestra América unida, sino también a nuestra América justa. Sabemos bien que nuestro destino como raza y como grupo social no puede fraccionarse; formamos un gran pueblo, significamos un gran problema, constituimos una vasta esperanza» (3).

---

(1) «Durante este período de convivencia hemos visto con gran sorpresa y no poca alegría que muchos hombres y grupos que hace treinta años consideraron heréticas las formulaciones programáticas del Partido Aprista, han venido suave y dulcemente a considerarlas razonables y hacederas, sin mayor violencia y con la mayor satisfacción para nosotros» (*Pensamiento político*, edición citada, IV, pág. 206).

(2) *Pensamiento político*, edic. cit., IV, pág. 215.

(3) *Construyendo el Aprismo*, Claridad, Buenos Aires, 1933, Proemio.

Sabemos que ellas fueron el santo y seña de las juventudes de América entre las dos guerras mundiales. Su noble prédica penetró intensamente en la conciencia de todos los hombres libres de América, despertó de su letarguía y languidez a los humildes, conmovió a los indios acurrados en la inmensidad de su recuerdo, arropados en el estropajo de su miseria y abandono. En todos los países y en todas las clases sociales se escuchó su doctrina. No todos la aceptaron, pero todos tuvieron que tomar posición frente a ella. Y si hoy muchos grupos de jóvenes han vuelto a su faz de él, ello no se debe, desde luego a que sus enseñanzas carezcan de actualidad —pues estamos presenciando precisamente la realización de alguna de ellas o la necesidad de la inmediata aplicación de otras muchas—, sino a que hay períodos en que la santa impaciencia de la justicia arroja a muchos espíritus en brazos de las fatuas promesas de los demagogos.

La enorme repercusión del aprismo en Latinoamérica encuentra su comprobación en el hecho de la fundación de una serie de movimientos políticos, en todas las latitudes del continente, con idearios que corresponden enteramente a los principios establecidos en el Programa de Acción Máxima del Aprismo. Los siguientes partidos políticos denotan una orientación semejante al aprismo: el Partido de Acción Democrática de Venezuela, el Partido Revolucionario Febrerista del Paraguay, el Partido de Liberación Nacional de Costa Rica, el Partido Revolucionario Dominicano, el Movimiento Nacional Revolucionario de Bolivia. Todos estos partidos políticos constituyen un potente movimiento revolucionario de izquierda democrática. La aspiración común de todos ellos es la transformación democrática de nuestros pueblos, según la visionaria fórmula de Zapata: «Tierra con libertad», o como más tarde diría Haya de la Torre: «Pan con libertad». Estas fórmulas sintetizan en su concisión toda la filosofía política de un movimiento popular que quiere la revolución, la transformación de las estructuras sociales y económicas de acuerdo a las exigencias de la justicia social, pero sin renegar de la dignidad humana, de la libertad, de la democracia social. El aprismo influye también en Latinoamérica con sus ideales de unidad y justicia y libertad, con su infatigable gestión en los organismos inteamericanos, a través de los cuales se va gestando la conciencia de la identidad de los problemas fundamentales y de la necesidad de la unión de los esfuerzos encaminados a su solución. Así, interviene activamente en el Congreso Americano de Partidos Populares y Socialistas organizado en Santiago de Chile en el año 1946, participa en el Comité Consultivo del Secretariado Latinoamericano de la Internacional Socialista que se mantuvo desde 1956 hasta 1963; tuvo a su cargo la organización de la I Conferencia de Partidos Populares de Latinoamérica (Lima, 1-4 de agosto de 1960); toma parte en los Congresos de la Democracia Interamericana, propiciados por la Acción Democrática, etc.

EL PENSAMIENTO DE HAYA DE LA TORRE

I. El pensamiento filosófico

1. Si se considera que una de las notas esenciales caracterizadoras del pensar filosófico, a diferencia del pensar ampiriológico y ampirioesquemático, es el de ser un pensamiento crítico, un pensamiento que no supone nada, sino que examina ceñudamente la validez de los principios sobre los que se asienta, convendremos que el primer mérito del pensamiento de Haya de la Torre reside en su carácter crítico, en su afán de no aceptar las fórmulas filosóficas que han adquirido una cierta popularidad o difusión sin someterlas antes a un examen.

Sabemos que desde sus muy jóvenes años, desde aquellos tiempos en que su insaciable curiosidad le lleva a escuchar a los anarquistas reunidos en la Liga de obreros y artesanos del Perú, Haya de la Torre se puso en contacto con el pensamiento marxista, y que, en sus largos años de exilio por Europa, continuó empapándose en la lectura de estos autores.

En el verano de 1924 va a Rusia para asistir, como «observador», al V Congreso Mundial del Partido Comunista, reunido en Moscú. En esa ocasión recorre Rusia y se pone en contacto con los dirigentes de la III Internacional. Pero a pesar de su gran simpatía por los principios revolucionarios del marxismo, su sentido crítico siempre abierto, siempre atento a las nuevas sugerencias, rechaza plegarse a las invitaciones de adhesión que una y otra vez recibe por parte de los comunistas rusos.

La primera definición concreta de esta posición crítica, tanto en el pensamiento como en la acción, la da en su participación en el I Congreso Anti-imperialista Mundial, en el Palacio Egmont, de Bruselas (febrero de 1927), en el que abiertamente se opone a la tesis de Lenin, defendida por los prohombres de la III Internacional, de que el «imperialismo es la última etapa o etapa superior del capitalismo» (1). En líneas generales, el pensamiento de Haya de la Torre continúa prendido a los postulados gnoseológicos del positivismo, como lo podemos comprobar en el afán de aplicar los principios de la

(1) El título dado por Lénin a su obra había sido *Anti-Imperialismo, última etapa del capitalismo.* Los dirigentes de la III Internacional ordenaron sin embargo que se sustituyese la palabra «última» por la de «superior», y así aparece hoy en las ediciones de esta obra (Haya de la Torre, *El Anti-Imperialismo y el APRA,* edic. cit. II, pág. 51).

nueva ciencia relativista al ámbito de las relaciones humanas y al campo de la historia. En este punto, positivismo, marxismo y aprismo tienen una completa identidad de puntos de vista. A este suelo común añade Haya de la Torre los principios fundamentales del dinamismo metafísico de Heráclito y de Hegel, algunas de las tesis del materialismo histórico de Marx y de Engels y los enunciados del relativismo de Einstein, y las ideas historicistas, sobre todo las de Toynbee.

Con estos elementos elabora una concepción de la historia, original en muchos aspectos. Esta filosofía de la Historia tiene como centro la teoría del «espacio-tiempo histórico». El «espacio-tiempo histórico», la cuarta dimensión de la historia, es la categoría histórica en que objetivamente se ve realizada la verdad de los principios del dinamismo heraclíteo, del historicismo y sobre todo del relativismo einstiano. Con los conceptos tomados de estas escuelas filosóficas y científicas efectúa una severa crítica del materialismo histórico y sobre todo de su determinismo universalista, de su concepción de que las leyes del materialismo dialéctico se aplican unívocamente a todas las culturas de la tierra, y de que la validez de sus leyes no depende, tampoco de la altura del tiempo. Para el aprismo, como para el historicismo, no hay historia universal, sino que cada cultura es una *especie* única, esencialmente diversa; por consiguiente, de todas las demás unidades histórico-sociales.

Confesamos sinceramente que en las interesantes ideas de Haya de la Torre no siempre hemos encontrado la claridad que nos permita una distinta comprensión de sus puntos de vista. Tal vez por ello nos surgieran más reparos de los que realmente tienen razón de ser. Pero, en todo caso, en esto no cabe la menor duda, tenemos ante nosotros el esfuerzo sincero de un pensador por exponer una visión de la historia acomodada a la verdadera realidad de los elementos que la conforman y dinamizan. Su crítica del determinismo marxista es certera en muchas ocasiones, y su teoría del «Espacio-Tiempo Histórico» ofrece seductoras ideas y razonamientos. Su contribución al pensamiento filosófico de América es valiosa; lo ha enriquecido y aportado un filón de ideas que serán objeto de meditación de las futuras generaciones.

2. Con esta visión de la historia humana se acerca luego Haya de la Torre a América y expone un nueva concepción respecto a la esencia de la realidad cultural de este subcontinente.

Habíamos expresado hace un instante que la conclusión de su pensamiento sobre la Filosofía de Historia es concebir a cada realidad histórico-social como una unidad específicamente distinta de todas las otras. Aquello que Latinoamérica había venido forjando dificultosamente a través de los mil vericuetos de la historia —la conformación de una propia figura y fisonomía históricas—, y que

fue buscado luego conscientemente por los abnegados espíritus que llevaron sobre sus espaldas el duro privilegio de guiar nuestro destino, adquiere en Haya de la Torre una dimensión filosófica. La América latina es una unidad histórica con una esencia y una individualidad de líneas absolutamente definidas, con leyes y características irreductibles a toda otra.

La cuestión del nombre de América no es, dice Haya de la Torre, un problema de pura y caprichosa invención (1) ni de semántica (2). Al contrario, cada una de ellas corresponde a una época y forma de la evolución política y social de América y tiene un contenido histórico, étnico, espiritual y político (3). «Hispanoamericanismo, igual a Colonia; Latinoamérica, igual Independencia y República; Panamericanismo, igual Imperialismo; Indoamericanismo, igual unión y libertad» (4). Es decir, que cada una de estas denominacio-

---

(1) «No creo que ninguna de las expresiones hoy usadas sean de «invención» o de «cuño». Me parece que cada una de ellas corresponde a una época y forma de la evolución política y social de América, y tiene un contenido histórico» *(Construyendo el Aprismo,* Claridad, Buenos Aires, 1933, pág. 9).

(2) «No es sólo disputa de palabras, sino esclarecedor análisis de conceptos...» «La denominación de nuestro continente no es sólo un asunto de semántica circunscrita. Es, en su vasto sentido vital, cuestión de historia» *(Defensa Continental, América lee,* Buenos Aires, 1946, págs. 51-58).

(3) «Cada uno de estos nombres ... tienen un significado, representan y definen una etapa de nuestra historia ..., responden a una razón histórica, étnica, espiritual y política» *(La Defensa Continental,* América lee, Buenos Aires, 1946, página 51).

(4) «Quienes sostienen que debemos llamarnos «Hispano o Iberoamericanos» preconizan la prevalencia de España y de Portugal, de lo ibérico como tradición y como norma, e implican que nuestra verdadera historia sólo comienza con la conquista europea del siglo XVI. Los partidarios del nombre «América Latina» se basan en que él alude al tronco latino de las razas ibéricas y de las lenguas castellana y portuguesa. Reconocen al mismo tiempo el hecho de la poderosa influencia espiritual de la cultura renacentista, y particularmente francesa —de influencia vigorosa en nuestros pueblos—, y toman en cuenta el valor jurídico y político de las teorías democráticas, que inspiradas en la Enciclopedia y en la Gran Revolución de 1789, dieron rumbo ideológico a la victoria republicana de la Independencia.

De otro lado, los afanosos de que nos confundamos en el gran imperio americano del Norte, propugnan por el simple nombre «América» o por su contemporáneo equivalente lato, «Panamérica», y, naturalmente, son voceros obsecuentes del elástico «panamericanismo» que rige Washington y muchas veces influye y tuerce Wall Street.

El término «Hispano o Iberoamérica» y sus derivados «hispano o iberoamericano», o «hispanismo o iberoamericanismo», corresponden a la época colonial. Son vocablos de un significado preterista y ya anacrónico. Se refieren a una América exclusivamente española —o portuguesa cuando del vocablo ibérico se trata—, e implican el desconocimiento de las influencias posteriores a la colonia, que han determinado nuevas modalidades en nuestro continente.

El término «América Latina» y sus derivados, «Latinoamérica» y «latinoamericanismo», son más amplios, más modernos. Corresponden cronológicamente al siglo XIX. Abarcan todo lo español y portugués de nuestra Historia, sin excluir el aporte africano, porque incorporan a Haití, que habla francés, a nuestra gran familia continental.

Pero el término «Indoamérica» es más amplio, va más lejos, entra más hondamente en la trayectoria total de nuestros pueblos. Comprende la prehistoria, lo indio, lo ibérico, lo latino y lo negro, lo mestizo y lo «cósmico» *(La Defensa Continental,* América lee, Buenos Aires, 1946, págs. 51-53).

nes son expresión de una determinada situación económico-social, y por ende, política, cultural, etc., ya que, como se ha mostrado más arriba, para Haya de la Torre lo que define sustancialmente la historia es lo económico. Por consiguiente, en la decisión respecto al nombre va en juego el reconocimiento o la pérdida de la realidad fundamental que constituye la realidad histórica de América. Haciendo uso del método dialéctico, nos muestra Haya de la Torre las etapas del movimiento de nuestra historia, siguiendo el desarrollo de la estructura económica. La tesis la constituye la América precolombina (1). La antítesis la conquista hispana (2), y la primera síntesis inevitable, como toda vida, como toda historia, la colonización hispana con su proceso de mezcla de razas, feudalismo virreinal y la religión (3).

De su seno surge, «determinada por las condiciones económicas», la nueva síntesis revolucionaria (4). Porque, como ya había mani-

---

(1) «La negación de la negación viene a ser las sociedades indígenas organizadas, los quechuas y los aztecas. El comunismo primitivo de la organización incaica alcanza maravillosas proporciones. Económicamente, los quechuas habían implantado un socialismo que aunque teocrático e imperial impedía la posesión privada de la tierra, única fuente de producción en esa sociedad campesina. La unidad del Imperio Incaico se había realizado en un vasto territorio, desde el sur de Colombia hasta el noroeste de la Argentina, con una población de más de veinte millones de habitantes. El Ayllu, la comunidad indígena —supérstite aún pese a la conquista y a la República—, unida también por la sangre, era la célula del Imperio... El sistema azteca era en verdad diferente. Se puede decir, mientras los incas eran socialistas, los aztecas eran individualistas. Sin embargo, aunque existía propiedad privada en la sociedad azteca, el «callpulli», comunidad de trabajo —germen del ejido—, daba un tinte socialista a esta organización, cuyo postulado era como el de los incas: el que no trabaja no come» (*Pensamiento Político*, Ed. Pueblo, Lima, 1961, pág. 54).

(2) Con el descubrimiento se presenta en América la gran antítesis hispánica... La conquista española en América no es empero la única causa de disolución de las sociedades indígenas. En los imperios azteca y quéchua existía el germen de su propia destrucción... En antagonismo entre los invasores hispánicos y los indígenas de América es tremendo. Políticamente, la monarquía española se entrega a las monarquías teocráticas indígenas; económicamente, el feudalismo frente al socialismo o comunismo primitivo aborigen; religiosamente, el monoteísmo católico contra el politeísmo o, mejor, panteísmo indígena. La raza blanca a la autóctona de bronce. El hierro de los conquistadores, la técnica, las armas de fuego, al cobre y a las deficientes lanzas de los indios» (*Pensamiento Político*, Ed. Pueblo, Lima, 1961, pág. 56).

(3) «La implantación del sistema colonial en América solucionó la oposición de los contrarios, el antagonismo del comunismo primitivo con el feudalismo europeo, pero no completamente. El feudalismo virreinal en el gobierno va destruyendo la comunidad india, más ante su resistencia tiende a coexistir con ella. La religión transa igualmente, y el cristianismo se injerta en el olimpo indio. Las razas se mezclan, resultando el mestizo, que vive junto al indio puro. Al mismo tiempo, el hijo del español educado y vitalizado en América se transforma en el criollo, distinto al tronco de origen...» (*Pensamiento Político*, ed. cit., págs. 56-57).

(4) «La invasión española va planteando con la colonia su propia negación. La colonia es el nuevo sistema que alimenta la nueva síntesis. El indígena es dominado y vencido, pero de la clase criolla, heredera de la raza conquistadora, surgirá la nueva negación, determinada por las condiciones económicas.

festado el gran político e historiador argentino Bartolomé Mitre en su *Historia de Belgrano*, la idea revolucionaria venía elaborándose «a la sombra de los intereses económicos». Nos revela también la raíz económica de la revolución la memoria de la representación de hacendados de las compañías del Río de la Plata al Virrey Baltazar Hidalgo de Cisneros en septiembre de 1809 (1).

Haya de la Torre nos invita a «buscar y descubrir la realidad de América, no inventarla: el fracaso de dos importaciones europeas, la conquista y la República nos dan la gran lección histórica de buscarnos a nosotros mismos» (2) para lograr la síntesis que corresponde a nuestra realidad histórica contemporánea.

Para Haya de la Torre no cabe la menor duda: la esencia de la realidad histórica-cultural de América se halla constituida por

---

La colonia está dominada por la clase feudal o latifundista, formada por la aristocracia y el clero y el comerciante que aparece como intermediario para la exportación e importación de efectos con la metrópoli. Económicamente, la cuestión se plantea así: monopolio feudal, tesis; concurrencia, antítesis; solución de los contrarios, monopolio moderno.

El yugo económico del monopolio era intolerable para una clase que después de tres siglos deviene fuerte y poderosa. En trescientos años de dominación, los españoles establecidos en América, los criollos latifundistas, han conseguido aumentar la producción, las materias primas se acumulan. Los cueros, los granos, el sebo, codiciados por el comercio extranjero, no tienen salida, porque España prohibe comerciar con otros países. Ella ha implantado un rígido monopolio» *(Pensamiento político*, ed. cit., págs. 57-58).

(1) «La sociedad americana estaba dividida en tres clases, opuestas en intereses, sin vínculo alguno de sociabilidad moral y política: 1) el clero, los togados y mandones; 2) los enriquecidos por el monopolio y el capricho de la fortuna; 3) los villanos, llamados gauchos y compadritos en el Río de la Plata; cholos, en el Perú; rotos, en Chile; laperos, en México. Las castas indígenas y africanas eran esclavas y tenían una existencia extrasocial. La primera gozaba sin producir y tenía fueros de hidalgo: era la aristocracia, compuesta en su mayor parte por los españoles y muy pocos americanos. La segunda gozaba ejerciendo tranquilamente su industria y comercio: era la clase media, que sentaba en los cabildos. La tercera, única productora por el trabajo manual, componíase de artesanos y proletarios de todo género. Los descendientes de las dos primeras clases, que recibían alguna educación en América o en la Península, fueron los que levantaron el estandarte de la Revolución.» «Alguna vez los virreyes favorecieron la formación de grupos no de enemigos de España, que no los había y que estaba personificada en el soberano bribón don Fernando VII, que en América aparecía como víctima infortunada digna de todo amor, sino de los españoles que monopolizaban la explotación administrativa de la colonia y que, por medio de las audiciones, el alto clero y los encumbrados gremios mercantiles, como el Consultado de México, pretendían tutelar al Virrey mismo.»

«La necesidad de la emancipación económica determinó a ciertos grupos a luchar por su emancipación política para dejar de ser una clase económicamente inferior respecto de la constituida por los peninsulares. Estas necesidades fundamentales encontraron una bandera doctrinaria en las ideas difundidas por los fisiócratas y los enciclopedistas que algún camino habían hecho en Europa durante el reinado liberal de Carlos III. El sistema republicano representa la autonomía de los terratenientes de la corona española, de los gamonales, como se les llama en el Perú, subsistiendo en el fondo ... el régimen feudal heredado de España» *(Pensamiento Político*, edic. cit., I, pág. 63).

(2) *Pensamiento Político*, ed. cit., I, pág. 66.

lo indígena. Dentro «de la relatividad de todos los términos, los indígenas constituyen lo eterno de América» (1).

¿En qué se funda para sostener tal afirmación? Evidentemente, en primer lugar en el elemento que fundamentalmente determina el movimiento de la historia (las relaciones económicas), pero tambien —secundariamente— en las condiciones peculiares del espacio-tiempo en que el determinismo económico encuentra su concreta aplicación.

En América, el problema no es, como en Europa, un problema de clase social; es el problema social de la existencia de una mayoría de hombres de una raza en condiciones sociales misérrimas, en un espacio-tiempo histórico completamente diferente al espacio-tiempo de los centros urbanos y de las costas, según el cual viven nuestra clase media y la liviana capa de latifundistas y plutócratas.

Los indígenas constituyen en primer término la inmensa mayoría de la población de América (75 por 100 aproximadamente). Hay que tener en cuenta —nos advierte Haya de la Torre— que en este porcentaje se incluye tanto a los indios «puros» como también a los mestizos. De esta manera responde a la objeción de aquellos que argumentan contra las cifras que parecen atestiguar el predominio de lo indígena, señalando que en algunos países los indios constituyen una minoría, como, por ejemplo, en Costa Rica, Cuba, Colombia, Chile, Brasil, Uruguay y Argentina. Pero es que, además, no «es la razón del número, el dato del censo, el índice estadístico, lo que apoya el indoamericanismo como nombre y como idea» (2). Estas cifras ponen de manifiesto la significación fundamental del indio como factor decisivo en la estructuración económica y social, así como en la determinación de la cultura. «La tradición, la raza y la explotación de sus indígenas ... representan desde la época precolombina la base de nuestra productividad» (3). «Las grandes masas nacionales de trabajadores en nuestros pueblos en su mayoría indios (4), constituyen la base de nuestra cultura y «la médula de nuestra vida colectiva» (5). «El indio como raza no sólo es fuerza económica y social, sino fuerza tradicional, fuerza histórica...; el indio aporta algo más que sus condiciones de vida y el problema social que estas condiciones crean. A ella aporta la fuerza histórica de su raza» (6).

«El indio está impreso en nosotros hasta en la entonación con que hablamos nuestro idioma» (7). Toda la psicología del latinoameri-

(1) *¿Adónde va Indoamérica?*, Bib. América, Santiago de Chile, 1935, pág. 25.
(2) *La Defensa Continental*, América lee. Buenos Aires, 1942-46, pág. 59.
(3) *¿Adónde va Indoamérica?*, ed. cit., pág. 23.
(4) *¿Adónde va Indoamérica?*, ed. cit., pág. 30.
(5) *¿Adónde va Indoamérica?*, ed. cit., pág. 23.
(6) *Impresiones*, ed. cit., pág. 128.
(7) *La Defensa Continental*, ed. cit., pág. 64.

cano es una psicología manifiestamente indígena o de profunda influencia indígena. Los resultados de los estudios del psicoanalista Jung respecto al subconsciente indio del norteamericano, reiterado en sus conclusiones por Keiserling, son aplicados por Haya de la Torre a la América latina. Jung y Keiserling afirman que «el ideal nacional de Norteamérica es casi puramente indio, como lo prueba la imagen o representación norteamericana del héroe, la idea norteamericana del deporte, india y no europea, como lo es igualmente la tenacidad y la concentración de un objetivo o propósito determinado» (1). En Latinoamérica, «el subconsciente indio vive en todos nosotros» (2). «La idiosincracia moderna de nuestros pueblos tiene mucho de aquella de los habitantes autóctonos de América» (3). El indio vive en nosotros como «una negación agazapada. Nosotros estamos descubriéndonos en cada examen de conciencia, y no nos es posible someter la parte de nuestro espíritu americano por más silenciosa que parezca» (4). Por este camino vamos descubriendo que lo indígena, que no es solamente cifra estadística, sino una psicología, un alma y una conciencia, nos conduce a algo «más hondo y telúrico, más recóndito y vívido: el espíritu y la cultura nuestra, en que afloren remotas savias desde los oscuros abismos ancestrales de tantas viejas razas en estas tierras confundidas» (5). Esta cultura denota en sus rutas fundamentales una «unidad indestructible en la raíz de lo indígena y de lo telúrico» (6). Tal unidad da a la cultura americana (a la cultura india) una nota de tristeza, pero no una tristeza trágica (7), sino una «tristeza optimista». En estos pueblos, dice Keiserling y asiente Haya de la Torre, «encontramos hoy en día indicios de una concepción autóctona y original del universo» (8); de ella «surge ya acendrada y vivida en lo que hay de arte puro en Indoamérica..., es fuerte y pura en los viriles ritmos quechuas, que no cantan esclavitud —la «kachampa» cuzqueña, por ejemplo—; en más de una dulce y bella canción maya que oí en Yucatán; en la música mestiza de buena cepa campesina, como el «pericón», el «tamborito», la «ranchera» y «santiagueñas» gauchas; en las vibrantes «zambas», «zambacuecas» o «zamacuecas», o «marineras», que con variantes leves de compás son del Plata, de Chile, de Bolivia y del Perú; en los «pasillos» de Ecuador y de Colombia; en no pocas canciones brasileñas, centroamericanas y antillanas, y

(1) *¿Adónde va Indoamérica?*, págs. 25-26.
(2) *¿Adónde va Indoamérica?*, pág. 26.
(3) *¿Adónde va Indoamérica?*, pág. 26.
(4) *La Defensa Continental*, ed. cit., pág. 59.
(5) *La Defensa Continental*, pág. 59.
(6) *La Defensa Continental*, pág. 62.
(7) Keiserling, *Meditaciones, Südamerikanische Meditationen*, DVA-Berlín, 1933, X, s. 226.
(8) Keiserling, *Meditaciones, Südamerikanische Meditationen*, DVA-Berlín, 1933, X, s. 226.

en la magnífica música popular de México, plena de gallardía y de vigorosas resonancias».

«Surge también esa optimisma tristeza india en la pintura genial de Rivera Orozco y sus discípulos y en la auténtica poesía rural indoamericana, irónica y ágil, a lo «Martín Fierro», porque la ironía triste y fuerte a la vez es de firme rastro indio, y en quechua tenemos de ello expresiones incomparables» (1). También «el misticismo indígena, creo, se basa en la tierra. Es una forma, quizá la más elevada, de totemismo. La tierra libre es totem. La tierra esclavizada es tabú. La tierra es la madre que nadie puede profanar violándola por el apropiamiento. No creo que el misticismo indígena venga del cielo a la tierra, surge de la tierra madre: «Pachamama» (2). «El socialismo incásico no es, pues, sólo una arquitectura puramente económica; representa también la evolución de un concepto totémico que si bien es originariamente económico, está como revestido de la concepción interpretativa religiosa de los primitivos, que, en mi opinión, nunca se apartó de las leyes supremas de la necesidad de vida» (3). De todo esto se desprende que «la nueva revolución (debe ser) de base y de sentido indio. De conciencia o de subconciencia indígena expresada en una renovación económica y social» (4); «reconozcamos que en el corazón de nuestro continente, como en el corazón de cada uno de sus habitantes, está lo indio y ha de influir en nosotros aunque se perdiera en la epidermis y el sol se negara a retostarla. Porque está viva lo que Arciniegas llama bellamente «la negación agazapada», y ella ha de aflorar en plenitud de sus vitales algún día (5). Qué duda cabe, después de todo lo expresado, que el nombre que corresponde a esta realidad cultural definida esencialmente por lo indio es Indoamérica. Pues «el término Indoamérica va más lejos, entra más hondamente en la trayectoria total de nuestros pueblos. Comprende la prehistoria, lo indio, lo ibérico, lo latino y lo negro, lo mestizo y lo cósmico» (6). «Los vanguardistas, los apristas, los antiimperialistas. inclinados a la interpretación económica de la historia, hemos adoptado la denominación Indoamérica como expresión fundamental» (7) porque ella expresa «la base étnica y social económica de América» (7), y además porque Indoamérica es «un nombre de reivindicación integral, de afirmación emancipadora, de definición nacional» (8).

---

(1) *La Defensa Continental*, ed. cit., págs. 62-63.
(2) *Impresiones de la Inglaterra imperialista y la Rusia soviética*, Buenos Aires, 1932, pág. 129.
(3) *Impresiones* , ed. cit., pág. 129.
(4) *¿Adónde va Indoamérica?*, ed. cit., pág. 29.
(5) *La Defensa Continental*, ed. cit., pág. 63.
(6) *La Defensa Continental*, ed. cit., pág. 53.
(7) *¿Adónde va Indoamérica?*, ed. cit., pág. 28.
(8) *La Defensa Continental*, ed. cit., pág. 63.

II. El pensamiento político.

Nuestra política ha sido el fiel reflejo del desequilibrio inorgánico que rige todo el desarrollo de nuestra historia. Es la política de ese raro engendro, la minoría feudal de ideología burguesa, aliada, para no perecer, a la potente precipitación invasora del imperialismo (1).

Las consecuencias de esta situación histórica han sido el abandono de la política a la deriva de los acontecimientos, a la empiria sin ley, a la conveniencia caprichosa de los oportunismos, al vaivén de la dictadura, a la rebelión, y de la rebelión al soborno (2). Nuestro Estado, en realidad, no ha representado nunca a nadie. No ha representado a las masas mayoritarias de campesinos y obre-

---

(1) Vale recordar que hasta ahora, la interpretación de la realidad indoamericana ha sido buscada empecinadamente en Europa. Conservadores y radicales, reaccionarios y revolucionarios, no han podido jamás explicarse los problemas de estos pueblos sino a imagen y semejanza de los europeos. Esta gran paradoja histórica tiene su más alta expresión en la influencia notoria de la filosofía y literatura de la Revolución Francesa, como inspiración doctrinaria de nuestra revolución de la Independencia. «Para los descontentos colonizadores de la América portuguesa y española, la Revolución Francesa les sirvió de gran ejemplo», y —a pesar de que el contenido social y político del movimiento francés correspondía a una etapa económico-social mucho más avanzada que la que históricamente le tocaba vivir a los pueblos indoamericanos— adoptamos las voces de orden, los preceptos y las fórmulas de París como el infalible recetario que había de darnos también libertad, igualdad y fraternidad. Y mientras en Francia significó el derrocamiento del feudalismo, en Indoamérica representó la afirmación y autonomía del poder feudal colonial... Resultado paradojal de la revolución emancipadora indoamericana fueron sus regímenes políticos nominalmente democráticos —correspondientes a una etapa económico-social posterior, burguesa o capitalista—, en contradicción con la organización feudal de la producción imperante en nuestros pueblos» *(El Antimperialismo y el Apra*, ed., citada, IX, págs. 167-68-69). Desde el punto de vista netamente económico, la emancipación de los pueblos sudamericanos estuvo dirigida, conducida, por la clase latifundista criolla que quiso emanciparse del control económico y político de la Corona de España. Esta clase fue la que nos dio nuestros grandes héroes; esa clase, asumiendo su rol histórico, condujo a los pueblos letinoamericanos a la Independencia; pero ese movimiento, desde el punto de vista estrictamente económico, constituyó la emancipación del latifundio sudamericano de la gran presión de la Corona de España... No obstante, su ideología fue en gran parte la ideología de la Revolución Francesa que en el orden económico significaba lo contrario: movimiento de destrucción de la gran propiedad, destrucción del feudalismo, movimiento de formación de las clases burguesas y de la pequeña propiedad. Entonces tuvimos nosotros, ante una realidad económica enteramente latifundista, un sistema político republicano y democrático que nunca coincidió con nuestra realidad; inconexión entre el sistema y la realidad que nos ha dado el vaivén de toda nuestra vida política, vaivén que no es sino la expresión clara de la completa contradicción entre el sistema y la realidad» *(Pensamiento Político*, ed. cit., IV, pág. 24-25).

(2) «En nuestro país no ha prevalecido hasta hoy sino un concepto heroico, pasajero, empírico de la política. Pero no hemos tenido todavía la forma científica de la política que se basa en la economía; que no inventa la realidad sino la descubre en el propio medio donde actúa el pueblo al cual se pretende organizar y gobernar. Es fundamental en el aprismo la vinculación del concepto economía al concepto política, como es indispensable para el sabio dominio del Estado» *(Pensamiento Político*, ed. cit., IV, págs. 22-23).

ros, no ha representado a la pequeña burguesía y a las clases medias, y apenas si ha representado a los intereses de la pequeña minoría terrateniente y de la gran burguesía, por haber carecido ésta de fuerza política y social efectiva (1).

Que el aprismo, ante esta situación, esté por una transformación de la organización política, social y económica es cosa que ha quedado clara desde los primeros escritos de Haya de la Torre (2).

Su Programa Máximo consta de cinco puntos generales, cuya sola enumeración basta para justificar sobradamente su carácter revolucionario:

1) Acción contra el imperialismo (3).

2) Por la unidad política de la América Latina.

3) Por la nacionalización de la tierra e industria.

4) Por la internacionalización del Canal de Panamá.

5) Por la solidaridad con todos los pueblos y clases oprimidas del mundo (4).

La meta de esta transformación integral de América es lograr la estructuración de una América autónoma, justa y libre (5). Y como el imperialismo, en todas sus formas, constituye el obstáculo fundamental que se opone al logro de esta meta, define Haya de la Torre su concepción del Estado como «Estado anti-imperialista». «El Estado antimperialista debe ser, pues, ante todo, el Estado de defensa que oponga al sistema capitalista que determina el imperialismo un sistema nuevo, distinto, propio, que tienda a proscribir el antiguo régimen» (6).

---

(1) «A nuestra política le ha faltado responsabilidad. Por eso ha carecido de prestigio, ha carecido de acción, ha carecido de fuerza auténtica en las raíces populares. Política a base de soborno, a base de amenazas, a base de engaño, no puede ser política de responsabilidad» (*Pensamiento Político*, ed. cit., IV, página 24). «Siempre la alternativa entre la tiranía y la anarquía ha constituido el proceso de nuestra vida política y económica» (*Pensamiento Político*, edición cit., IV, pág. 25).

(2) «El Estado, como entidad jurídica, no representa a ninguna de las clases propiamente, porque la clase que la redimió carecía de fuerza propia y entonces nuestras instituciones han estado tambaleantes; el Estado ha fluctuado representado por un hombre y por una oligarquía» (*Pensamiento Político*, edición cit., IV, pág. 27).

(3) En sus comienzos, la tesis fue dirigida únicamente contra el imperialismo yanqui, mas Haya de la Torre corrigió bien pronto esta unilateralidad, dándole un carácter universal. Su oposición fue entonces contra todo tipo de imperialismo.

(4) *El Antimperialismo y el Apra*, ed. cit., I, pág. 33.

(5) El Apra es «un movimiento autónomo latinoamericano, sin ninguna intervención e influencia extranjera»... y definía así «su fisonomía de movimiento nacionalista y antimperialista indoamericano» (*Antimperialismo y el Apra*, edición cit., págs. 45-46). «Es el resultado de un espontáneo anhelo de nuestros pueblos para defender unidos sus libertades, venciendo a los enemigos de dentro y de fuera... La palabra de orden del A.P.R.A. sintetiza, sin duda, la aspiración de veinte pueblos en peligro: «Contra el imperialismo, por la Unidad Política de América Latina, para la realización de la justicia social» (*El Antimperialismo y el Apra*, ed. cit., I, págs. 40-41).

(6) *El Antimperialismo y el Apra*, ed. cit., VII, pág. 138.

El nuevo estado antimperialista tendrá una estructura completamente diferente a los estados que conocemos en América y, por supuesto, será completamente diferente a los modelos que se nos pretenden imponer desde fuera, desde realidades sociales, políticas e históricas extrañas a nuestra vida. «Tanto el camunismo como el fascismo son fenómenos específicamente europeos, ideologías y movimientos determinados por una realidad social cuyo grado de evolución económica está muy lejos de la nuestra. Ya Engels escribía en su *Anti-Dühring:* «Quien quisiera subordinar a las mismas leyes la economía política de la Tierra del Fuego y la de la Inglaterra actual, evidentemente no produciría sino lugares comunes de la mayor vulgaridad» (1). Es menester tener en cuenta, por consiguiente, «que la relación de Espacio y Tiempo para apreciar esas fases o grados de evoluciones es imperativa. Y admitir que siendo realidades diversas, diversos han de ser sus problemas y, por ende, sus soluciones. En síntesis, ubicar nuestro problema económico, social y político en su propio escenario y no pedir de encargo para resolverlo doctrinas o recetas europeas, como quien adquiere una máquina o un traje... No reincidir en la palabrería demagógica de nuestros comunistas y fascistas criollos, que sólo producen hasta hoy «lugares comunes de la mayor vulgaridad» (2).

No caben palabras más claras, definidas y justas para calificar a toda esa masa de *snobs* intelectualoides que predican la liberación de América recitando admirablemente las ideas de Marx, Engels, Lenin, Stalin, Mao o Hitler, y proponiendo como adecuadas a nuestra estructura social e histórica las fórmulas creadas por aquellos en vista de la realidad europea. Frente a todos ellos opone Haya de la Torre su pensamiento magistral: «Hay que comprender de una vez por todas que Europa es Europa y América es América.»

El comunismo, aparte de ser un movimiento totalitario, es una doctrina europea. El camino de América es y debe ser necesariamente diferente. «El socialismo surge para países superpoblados con objeto de redistribuir la riqueza imperfectamente distribuida en países superpoblados sin mayor espacio disponible. En América Latina, en cambio, la situación es la de los países subdesarrollados que necesitan no solamente capitales, sino técnica.»

1. La primera nota caracterizadora de esta nueva estructura política es la de unidad.

La unidad ha de comenzar en el seno mismo de la nación, en la alianza de clases explotadas.

La clase proletaria de América se halla en estado naciente y apenas diferenciado. A consecuencia de lo cual, nuestro proleta-

(1) *El Antimperialismo y el Apra,* ed. cit. Nota preliminar, pág. 27.
(2) *El Antimperialismo y el Apra, ed. cit.* Nota preliminar, pág. 28.

riado joven se halla en minoría (1), carece de experiencia y de conciencia de clase, hay en efecto muchos grados de conciencia de clase (2) y es inepto para la acción política (3).

Para la liberación económica, social y política no cabe, pues, otro camino que la unión de todas las clases oprimidas en un frente unitario de lucha, esto es, la unión del proletariado, del campesinado, con las clases medias empobrecidas campesinas o urbanas (pequeños propietarios, artesanos, comerciantes pequeños, intelectuales, etc.) (4).

---

(1) «El proletariado está en minoría, en completa minoría, constituyendo una clase naciente. Son las masas campesinas las que predominan, dando una fisonomía feudal o casi feudal a nuestras colectividades nacionales» *(El Antimperialismo y el Apra,* ed. cit., II, pág. 54; íb., VI, pág. 128).

(2) «Los diversos e inconfundibles grados de conciencia clasista, relativos a antiguos y capaces proletariados de países de alto grado de civilización, y a los de breve historia y desarrollo mucho más lento y rezagado» *(Ideología Aprista,* vol. II, ed. Pueblo, Lima, 1961). «Nuestro proletariado, por el carácter singular de la mayor parte de nuestras industrias típicas —petróleo, nitratos, minas, azúcar, madera, tabaco y otras— no se halla en su totalidad bajo las condiciones de los grandes proletariados industriales europeos —fábricas, astilleros, factorías, talleres, etc.—. Las condiciones objetivas que determinan en las clases obreras la formación de una conciencia de clase deben ser tenidas en cuenta al hablar genéricamente de la clase obrera indoamericana» *(El Antimperialismo y el Apra,* ed. cit., VIII, pág. 146).

(3) «La abolición del sistema capitalista de acuerdo a los postulados del marxismo, debe ser realizada «por el proletariado que se apodera del Estado y transforma desde luego los medios de producción en propiedad de éste.» Pero la existencia de ese proletariado clasistamente definido y políticamente consciente de su misión histórica, supone un período más o menos largo de producción capitalista que, «transformando progresivamente en proletarios a la gran mayoría de la población, crea la fuerza que bajo pena de muerte está obligada a realizar esa revolución... Nuestros proletariados pueden ser descritos con las palabras con que Engels alude al proletariado francés de principios del siglo pasado: «que apenas comenzaba a diferenciarse de las masas no poseedoras como tronco de una nueva clase» porque «el proletariado, aún enteramente inepto para una acción política independiente se presenta como un Estado de la nación oprimida y sufrida, incapaz de ayudarse a sí mismo y que, a lo sumo, podía recibir auxilio de arriba, de lo alto» (Cita de Engels tomada de *El Antimperialismo y el Apra,* ed. cit. Nota preliminar, pág. 24). «Para que una clase social de Indoamérica fuera capaz de dirigir victoriosamente por sí sola a nuestros pueblos en la lucha antimperialista, tendría que llegar a las condiciones que Marx señala para la efectividad del comando clasista en una revolución: «Para que la emancipación de un pueblo coincida con la emancipación de una clase dada dentro de una sociedad burguesa, es necesario que esa clase como tal, represente al total de la sociedad...» (Cita tomada de *El Antimperialismo y el Apra,* ed. cit., II, pág. 59). «Nosotros no hemos llegado aún a la madurez burguesa de un sistema industrial que permita a nuestra clase proletaria en formación asumir exclusivamente la dictadura de nuestros destinos» *(El Antimperialismo,* ed. cit., VIII, pág. 147).

(4) «Demanda que el Estado represente a las clases productoras. Como éstas no pueden ejercer el dominio estatal completamente por falta de preparación para el Gobierno entre las campesinas, y en las obreras por falta de número y de conciencia clasista también —condición típica de nuestro incipiente desarrollo económico— en el dominio de Estado deben participar las clases medias, campesinas y urbanas —pequeños propietarios, artesanos, pequeños comerciantes, intelectuales, etc.—, constituyendo un frente único de clases oprimidas por el imperialismo en un tipo de Estado, no ya instrumento del imperialismo para la esclavización de las masas nacionales, sino de su órgano de defensa» *(Pensamiento Político,* ed. cit., II, pág. 18).

El Estado ya no será opresor de las clases humildes, sino su más celoso defensor (1).

Con el poder adquirido por esta unión se logrará poner un dique eficaz a todos los poderes arbitrarios extranjeros y asegurar la libertad y la justicia (2).

2. Mas la alianza de las clases oprimidas no será eficaz en su lucha si paralelamente a ella no se fomenta otra unidad política, en el más ancho plano de la vida de nuestros países.

El ansia de unidad de los pueblos de América fue preocupación y afán de nuestros más grandes libertadores y políticos. Haya de la Torre acoge esta herencia y se constituye en su más vehemente predicador. La unidad de América es ya hoy una realidad si la consideramos desde el punto de vista de su cultura. Formamos,

---

«La vinculación de lo que hay de común en los problemas de aquellas tres clases —campesina, proletariado y media— constituye la base esencial socio-económica del aprismo» *(Política Aprista)*. «Las tres clases oprimidas por el imperialismo: nuestro joven proletariado industrial, nuestro vasto e ignaro campesinado y nuestras empobrecidas clases medias, constituirán las fuerzas sociales normativas de ese Estado» *(El Antimperialismo y el Apra*, ed. cit. Nota preliminar, pág. 29). «El Apra debe ser, pues, una organización política, un partido. Representa y defiende a varias clases sociales que están amenazadas por un mismo peligro o son víctimas de la misma opresión. Frente a un enemigo tan poderoso como es el imperialismo, deviene indispensable agrupar todas las fuerzas que pueden coadyuvar a resistirlo. Esa resistencia tiene que ser económica y política simultáneamente...» *(El Antimperialismo y el Apra*, edición cit., V, pág. 98). «El Estado deviene así, el instrumento de lucha, bien o mal usado, de esas tres clases, contra el enemigo imperialista que pugna por impedir la consumación revolucionaria. El Estado es, pues, fundamentalmente un instrumento de defensa de las clases campesina, obrera y media unidas, contra el imperialismo que las amenaza. Todo conflicto posible entre esas clases queda detenido o subordinado al gran conflicto con el imperialismo, que es el peligro mayor. El Estado, consecuentemente, se ha convertido en un «Estado antimperialista» *(El Antimperialismo y el Apra*, ed. cit., VII, pág. 136). Nosotros sin proletariados fuertes y clasísticamente capacitados para gobernar o sin proletariado industrial moderno siquiera... necesitamos de la alianza con las clases medias para luchar contra el imperialismo, que en nuestros países es lucha de emancipación inmediata y nacional. Un partido que reúna en sus filas a todas las clases amenazadas por el imperialismo y que las organice científicamente, no bajo los postulados de la democracia burguesa, sino sobre la base de una forma clasista de democracia funcional o económica, ha de ser el único instrumento efectivo de lucha contra el imperialismo» *(El Antimperialismo y el Apra*, ed. cit., VIII, págs. 148-149).

(1) «El no será ya instrumento del imperialismo, sino defensor de las clases que representa, vale decir, de las grandes mayorías de la población indoamericana» *(El Antimperialismo y el Apra*, ed. cit. Nota preliminar, pág. 29).

(2) El nuevo Estado, que no será uno «de clase», sino el democrático representativo de las tres clases mayoritarias de nuestros países, la campesina, la obrera y la media, «canalizaría eficiente y coordinadamente el esfuerzo de las tres clases representadas en él» y sería «la piedra angular de la unidad indoamericana y de la efectiva emancipación económica de nuestros pueblos» *(Treinta años de aprismo*, Fondo de Cultura Económica, México. Buenos Aires, 1956, págs. 87-88). «El ha de ser la piedra angular de la unidad indoamericana y de la efectiva emancipación económica de nuestros pueblos» *(El Antimperialismo y el Apra*, ed. cit., VII, pág. 141).

en efecto, los pueblos de América una «vasta nación indoamericana» (1).

Mas, por desgracia, la unidad de modo de ser nacional se halla en flagrante contraste con el fraccionamiento político y económico. Este fraccionamiento es defendido desesperadamente por todas las fuerzas enemigas del progreso de nuestros pueblos. Bajo el manto de trasnochados «nacionalismos», propugnan las fuerzas conservadoras y los imperialismos de derecha e izquierda (el ejemplo más reciente lo ofrecen las demagógicas campañas de Cuba) el mantenimiento de la división de América. «A la concepción local o de nacionalismo chico de los partidos aislados en cada república —cuya síntesis es la proyección mundial de los partidos internacionales—, el aprismo plantea como síntesis la acción continental o indoamericana. Ella eleva a primera categoría política la lucha contra el imperialismo, que, como hemos de verlo enseguida, no puede ni limitarse a cada país aisladamente ni confundirse con la lucha mundial» (2).

La aviesa intención que guía a los abogados de esta mala causa se pone en evidencia cuando se considera que toda la evolución del mundo contemporáneo tiende a un extremo opuesto, a la universalización de la ciencia y de la técnica, a la integración de los estados en grandes federaciones, a la creación de grandes zonas mercantiles, etc. (3). «Cuando Europa se une, cuando los pueblos árabes se unen y cuando los que se creían retrasados pueblos africanos proclaman su voluntad de federarse, la América Latina o Indoamérica no puede sino incorporarse al mundo que se configura regionalmente, que se organiza en Estados o «Pueblos Continentes», que tiene ante sí a dos inequiparables potencias rectoras del universo político-económico, que son sendas uniones continentales de territorios y pueblos, cuyo poderío se debe fundamentalmente a su dinámica vastedad y a su compacta coherencia: Estados Unidos y la Unión Soviética» (4).

Las fronteras actuales son fronteras feudales, adecuadas a las

---

(1) «Y señala como primer paso en el camino de nuestra defensa antimperialista la unificación política y económica de las veinte repúblicas en que se divide la gran nación indoamericana» (*El Antimperialismo y el Apra*, ed. citada, VI, pág. 21; ver también *La Defensa Continental*, Ed. Americalee, Buenos Aires, 1946, pág. 23).

(2) *El Antimperialismo y el Apra*, ed. cit., pág. 82.

(3) «Tender a la unificación de los países indoamericanos para formar un gran organismo político y económico que enfrente al imperialismo —tratando de balancear su gigantesco poder por el control de la producción de nuestro suelo—, es, sin duda, la tarea inicial y necesaria del Apra, antes y después de su primera victoria política en cualquiera de nuestros países» (*El Antimperialismo y el Apra*, ed. cit., pág. 124).

(4) *El Pensamiento Político*, ed. cit., VI, pág. 202.

necesidades de las clases minoritarias terratenientes, pero en completa oposición a los intereses de nuestros pueblos (1).

El mantenimiento de la división política priva a nuestros pueblos de la fuerza requerida para luchar contra el imperialismo y la vuelve inoperante (2), eternizando consiguientemente la explotación. Porque ni el feudalismo ni el imperialismo, los dos enemigos más encarnizados de la prosperidad económica y de la felicidad de nuestros países, son poderes nacionales (3).

Por consiguiente, una lucha efectiva al imperialismo y la desfeudalización exigen la unidad (4).

En nuestra hora histórica no hay otra alternativa. La unión es necesaria para no perecer; «los continentes divididos como el nuestro se unen o perecen».

---

(1) «Las fronteras políticas actuales de nuestros países son fronteras económicas, pero correspondientes a una etapa feudal. Las demarcó la clase feudal criolla al libertarse de España; pero no corresponden a una delimitación económica moderna antifeudal y menos a una delimitación revolucionaria y científica». *(El Antimperialismo y el Apra,* ed. cit., IX, pág. 176).

(2) «Sin unión política y económica de Indoamérica el antimperialismo tructivo sólo resulta temporal, incompleto, al fin de cuentas inoperante» *(Treinta años de aprismo,* ed. cit., pág. 91).

(3) «El feudalismo y el imperialismo son sistemas económico-sociales de dimensión continental y exceden, con su trama orgánica e interdependiente de intereses, a las fronteras de nuestras veinte divididas patrias» *(Treinta años de aprismo,* ed. cit., III, pág. 75). «Como el problema es común a todos los países latinoamericanos, en los que las clases gobernantes son aliadas del imperialismo, y explotan unidos a nuestras clases trabajadoras, no se trata, pues, de una aislada cuestión nacional, sino de un gran problema internacional para todas las repúblicas de América Latina» *(El Antimperialismo y el Apra,* ed. citada, I, 36).

(4) «El aprismo concreta así su primer enfrentamiento positivo al imperialismo en dos acciones simultáneas: unión continental y desfeudalización nacional» *(Treinta años de aprismo,* ed. cit., III, pág. 68). «Nuestra resistencia antimperialista supone como «primer paso» la unión política y económica de Indoamérica; esta unión nos lleva al desenfeudamiento...» *(Treinta años de aprismo,* ed. cit., IV, pág. 86). «Obvio es agregar que la organización del Estado aprista o antimperialista impone la unión política de la América Latina. Unión política que implica la unión económica. La resistencia al imperialismo no puede cumplirse por un país aislado de la América Latina» *(Ideario y Acción Aprista,* Buenos Aires, 1930, pág. 75). «Tal como la lucha revolucionaria por la independencia política debió convertirse en lucha internacional o continental para posibilitar su victoria, asimismo tendrá que ser la empresa de nuestra emancipación económica: obra de todos, que no podrá cumplirse sin la unión de los pueblos de Indoamérica» *(Treinta años de aprismo,* ed. cit., III, pág. 75). «Durante los largos años que viví en Europa me reafirmé en la certeza de que el porvenir estaba reservado a las vastas federaciones o uniones continentales o intercontinentales de pueblos» *(Treinta años de aprismo,* ed. cit., V, pág. 115). «Y señala como primer paso en el camino de nuestra defensa antimperialista la unificación política y económica de las veinte repúblicas en que se divide la gran nación indoamericana» *(El Antimperialismo y el Apra,* ed. cit., VI, 121).

«La lucha contra los imperialismos, la unión política y económica de las veinte repúblicas en que hoy se halla dividida la gran nación indoamericana, y la nacionalización de nuestras tierras e industrias, son vastos puntos fundamentales cuya realización simultánea o progresiva marcará una nueva etapa en la historia del nuevo mundo» *(El Antimperialismo y el Apra,* ed. cit., X, página 191).

El proceso de unificación política implica la transformación de las actuales fronteras en fronteras administrativas (1).

La unidad es el único camino para asegurar la soberanía común frente al peligro de la «amenaza totalitaria interior» (2) y frente al peligro de los totalitarismos de fuera (3).

La unidad es, por ello, la garantía de la democracia (4).

La unidad permitirá dar realidad a ese hermoso sueño de un «interamericanismo democrático sin imperio» (5).

La unidad política y económica de América es la condición de su futura grandeza. «Sabemos bien que nuestro destino como raza y como grupo social no puede fraccionarse: formamos un gran pueblo, significamos un gran problema, constituimos una vasta esperanza» —decía hondamente Haya de la Torre al entregar a los universitarios mexicanos la bandera de la unidad continental—. La infatigable prédica de Haya de la Torre en pro de la unidad de nuestro continente tuvo evidentemente sus precursores (6).

---

(1) «Deben unirse, transformando sus actuales fronteras en meros límites administrativos y deben nacionalizar progresivamente su riqueza bajo un nuevo tipo de Estado» (*El Antimperialismo y el Apra,* ed. cit. Nota preliminar, página 29).

(2) *Defensa Continental,* ed. cit., pág. 150.

(3) «No debemos olvidar que es necesario unirse en Indoamérica contra todo imperialismo europeo, asiático o interamericano, negro o rojo, traiga el disfraz que escoja» *(La Defensa Continental,* ed. Americalee, Buenos Aires, 1946, página 16).

(4) «No podrá afirmarse vigorosamente la democracia en las Américas sin la cooperación unánime de todos sus pueblos y de todos sus Gobiernos para hacerla respetar. Sólo cuando cada pueblo y cada Gobierno tienen la conciencia exacta de la unidad e intangibilidad de los principios democráticos es que éstos son fuertes y perennes» *(La Defensa Continental,* ed. cit., pág. 48).

«El camino verdadero de salvación aparece claro: abolir todo imperialismo en Indoamérica y unirla económica y políticamente. Nacionalizar progresivamente todas sus riquezas y constituir una gran república —federativa o anfictiónica— que afirme sólidamente la seguridad y soberanía de nuestros pueblos sobre consistentes bases de democracia y justicia social» *(La Defensa Continental,* edición Americalee, 1946, pág. 43).

(5) «Así, el Interamericanismo Democrático sin Imperio será la meta judídica del Nuevo Mundo» *(La Defensa Continental,* ed. cit., pág. 157).

(6) «Allí se dice a las claras que las nacionalidades latinoamericanas están expuestas a una intervención de fuerza de parte de los Estados Unidos cuando el desorden interno haga presa de ellas; más propiamente hablando, cuando los Estados Unidos juzguen que es llegado el caso de proceder así. Por supuesto, que siendo tantas las tentaciones y encontrando cimiento en un motivo revolucionario, no importaría contrariedad asumir ese papel pacificador y de tan desastrosas consecuencias para los intervenidos. Se trata, pues, de un paso altamente significativo. El Gobierno de los Estados Unidos, por primera vez, hace a la faz del mundo una declaración tan radical y amenazadora. No es ella otra cosa que un nuevo inciso de esa ventajosísima doctrina Monroe, cuyas proyecciones van aumentando con los años a medida que aumentan las energías y voracidades del país que la creó. Queda constatado oficialmente que Estados Unidos se atribuye derechos jugosos de tutor, de inflexible tutor, sobre las naciones de Sudamérica. Entrego a la apreciación de V. E. tan arriesgada y pasmosa innovación internacional» (Nota del doctor Luis Alberto de Herrera al Ministro de Relaciones Exteriores del Uruguay. Wáshington, 15 de diciembre de 1902. Cita tomada del libro *El Partido Nacional y la Política Exterior del Uruguay,* Montevideo, 1947, pág. 88. *Documentación, Ordenación,* notas y prólogo

Pero ninguno predicó esta unidad con tanto énfasis y con tanto sentido práctico. Haya de la Torre, además, no solamente predica la doctrina, señala al mismo tiempo la fórmula concreta para su realización, y en esto verdaderamente el Apra fue el primer movimiento político de América (1).

Las raíces de esta concepción figuran ya en ciertos párrafos de *El Antimperialismo y el Apra:* «Por eso ha de ser indispensable en el nuevo tipo de Estado la vasta y científica organización de un sistema cooperativo nacionalizado y la adopción de una estructura política de democracia funcional basada en las categorías de trabajo» (2)

Es menester «un partido que reúna en sus filas a todas las clases amenazadas por el imperialismo y que las organice científicamente no bajo los postulados de la democracia burguesa, sino sobre las bases de una forma clasista de democracia funcional o económica» (3).

3. En el discurso a los estudiantes mexicanos, decía Haya de la Torre: «No sólo queremos a nuestra América unida, sino a nuestra América justa» (4). La unidad sólo tiene sentido donde la justicia es el alma del abrazo fraterno. Haya de la Torre cree que esta justicia sólo puede lograrse a través del Aprismo o socialismo americano. Ahora bien, conforme a sus ideas, el socialismo americano, si quiere ser efectivo, no ha de ser mera copia del socialismo europeo, sino un socialismo de caracteres propios, adaptado a la realidad en la que quiere hacer imperar la justicia social. El problema social es mundial, pero «en nuestra América cobra caracteres muy especiales, fisonomía propia, complejidad y trascendencia muy americanas». Por ser nuestra realidad tan nuestra, estoy francamente contra todas las especies trepadoras pseudo-revolucionarias tro-

---

de Carlos Lacalle). «Contemplemos el mapa de la América Latina. Lo que primero resalta a los ojos es el contraste entre la unidad de los anglosajones reunidos con toda la autonomía que implica un régimen eminentemente federal, bajo la sola bandera, en una nación única, y el desmijamiento de los latinos, fraccionados en veinte naciones, unas veces indiferentes entre sí y otras hostiles» (Manuel Ugarte, *El porvenir de la América Latina.* Cita tomada de Haya de la Torre: *El Pensamiento Político,* ed. cit., II, pág. 89). «Acurrucados en torno de vanidades pueriles, ¿nos abandonaremos a la melancolía de ver subir la marea que debe sumergirnos? ¿Es inevitable la absorción de los latinos por los anglosajones? ¿Nos someteremos a la fatalidad? ¿Aceptaremos pasivamente el «landgrab-bing» y la política del «big-stick»? En vez de unirnos para conjugar el derrumbe, ¿continuaremos multiplicando nuestras discordias?» (Manuel Ugarte, cita tomada de Haya de la Torre: *Pensamiento Político,* II, pág. 91).

(1) «El Partdo Aprista Peruano es el primer y único partido político indoamericano que ha incorporado el principio de la unidad política y económica continental como el primer enunciado de su programa y, por sostenerlo, ha sido declarado «partido internacional» por las dictaduras militares antiamericanas...» *(Treinta años de aprismo,* ed. cit., III, pág. 67, nota núm. 77).

(2) *El antimperialismo y el Apra,* ed. cit., VII, págs. 140-141.

(3) *El Antimperialismo y el Apra,* ed. cit., VIII, pág. 149.

(4) *Construyendo el Aprismo,* Edic. Claridad, Buenos Aires, 1933, Proemio.

picales que repiten discursos europeos para resolver nuestros problemas (1). El Aprismo considera como fundamental que la política de América se vuelva científica, esto es, que se base en la economía. Porque «si el sistema político no coincide con la realidad económica, no puede haber política económica» (2), ya que «saber gobernar supone ante todo saber organizar la economía del país que se gobierna» (3).

Una política económica y social es indispensable para superar el formalismo político. De allí, de la necesidad de ponerse en contacto con la realidad económicosocial, de captarla en datos y cifras estadísticas, Haya de la Torre propone la creación de un cuarto poder en el Estado indoamericano, cuarto poder en el que estarán representadas funcionalmente todas las fuerzas económicas de la nación (4).

El Aprismo considera además que el Estado americano no ha de ser solamente un alto poder ordenador de la economía, sino ha de intervenir activamente «como factor de producción, como ejecutador de su dinamismo industrial y comercial, con un radio jurisdiccional de acción y de servicios más o menos vasto».

4. Mas toda esta reestructuración de la política no debe poner en peligro, más bien ha de tender a salvar, lo esencial de la vida política, el hombre y sus derechos fundamentales. El Estado indoamericano será un Estado democrático respetuoso de los derechos humanos.

La experiencia política de Haya de la Torre en su interpérrita lucha contra las tiranías de su país afianzaron en él la convicción

(1) *Pensamiento Político,* Edic. Pueblo, Lima, I, Indoamérica, pág. 29.
(2) *Pensamiento Político,* ed., IV, 26.
(3) *Impresiones...,* Edic. Claridad, Buenos Aires, pág. 137.
(4) «La tesis del Estado democrático de los Cuatro Poderes: Ejecutivo, Legislativo, Judicial y Económico ha sido desarrollada con posterioridad a mi libro de 1928 y a partir del proyecto del Congreso Económico —que figura en el programa del Partido Aprista Peruano de 1931—, entidad básica del Cuarto Poder *(Treinta años de aprismo,* ed. cit., IV, pág. 92, nota 37). «Nosotros los apristas propiciamos un nuevo tipo de Estado, basado no sólo en el ciudadano como cantidad, sino en el ciudadano como calidad. Por eso nuestro Estado tenderá a ser un Estado de participación de todos aquellos que en una forma o en otra contribuyan con trabajo a la formación de la riqueza nacional. Queremos un Estado en el cual el hombre participe sin abandonar su función vital de trabajador. Queremos un Estado en el cual el técnico y el experto dirijan las actividades estatales, a fin de poder rumbear científicamente hacia un nuevo camino que resuelva nuestros grandes problemas. Tratamos de organizar un Estado técnico, tratamos de acercarnos a la democracia funcional. Este es el fundamento del aprismo en cuanto a la organización del Estado... Necesitamos instituir una asamblea de carácter económico en la cual estén representados todos los que intervienen, en alguna forma, en la producción de la riqueza: capital y trabajo, nacionales y extranjeros, puestos que forman parte de nuestra economía; comercio e industria; transporte, agricultura, etc.» *(Treinta años de aprismo,* ed. cit., V, pág. 128-129. Ver también la nota al pie de la misma página: *Política Aprista,* op. cit., pág. 56).

de que hay que rechazar *todo tipo* de dictadura y de totalitarismo (1).

Ya en su juventud había respondido altivamente al dictador Leguía: «Yo creo en la libertad. Nadie me convencerá de que la dictadura es un buen gobierno.» Y poco tiempo después, hablando a los obreros de El Callao, expresa de nuevo: «Toda dictadura de hombre o de clase es una negación de la libertad, y el designio del hombre es ser libre.»

De lo que hemos expresado más arriba se desprende claramente que para Haya de la Torre la democracia que se defiende no es la democracia formal, la democracia con hábitos democráticos pero de esencia antidemocrática. Esta democracia formal y puramente aparente es en realidad una dictadura, y debe ser combatida como todas las demás. «Indoamérica necesita orientarse firmemente hacia la democracia, robustecerla y superarla. No hacer de la democracia algo congelado, como han hecho del marxismo los teóricos criollos. Hay que fortificar a la democracia dándole un sentido económico, funcional, indoamericano.»

La democracia auténtica implica la liberación efectiva de todos los hombres y grupos sociales indoamericanos; la liberación del temor, de la miseria, del engaño, de la expoliación, de la persecución (2) implica también el ejercicio efectivo de la soberanía (3).

Luminoso es también su pensamiento cuando sale al encuentro de los argumentos que los partidarios de las dictaduras personales y de clase esgrimen en contra de la democracia. El general Pérez Giménez, de Venezuela, de tan triste memoria, declaró en un artículo publicado en el *Times,* de Nueva York, que el pueblo venezolano es incapaz de vivir la civilizada vida democrática (sus palabras pueden aplicarse también a los demás pueblos de América,

---

(1) *Pensamiento Político,* op. cit., II, pág. 195. *Construyendo el Aprismo,* op. cit., VI, págs. 138-140.

(2) «El vocablo democracia lo entiende el pueblo indoamericano como sinónimo de liberación del autoritarismo causante de la injusticia, del expolio y del desengaño. De aquí su adversión a toda clase de dictadura o a la dictadura de cualquier clase.» Baeza Flores: Haya de la Torre y la *Revolución Constructiva de las Américas,* Claridad, 1962, pág. 111.

(3) «Es evidente que si la democracia es la norma de vida política de nuestros pueblos, hay que apoyar en ella todos nuestros programas y doctrinas, todos nuestros ideales y procedimientos. Y para lograrlo, hay que mantener siempre la vigencia de la soberanía popular como base de todas las demás soberanías. Esto infiere que tanto la vida interna de cada país como la vida de relación entre los veintiúnpaíses de ambas Américas deben regirse por los principios de la libertad democrática que garantiza el derecho de cada cual, limitado por el derecho de los demás y la soberanía de cada nación, limitada por la soberanía de las otras. Y así organizando la existencia de nuestros Estados sobre la base de la libertad auténtica de sus pueblos, será posible establecer la coordinación de tres tipos de soberanía que son inseparables e independientes: soberanía popular, base de soberanía nacional, base, a su vez, de soberanía continental, garantía y seguridad cimeras de la libertad y defensa del Hemisferio» *(La Defensa Continental,* ed. cit., págs. 141-142).

y son de hecho aplicadas hoy por todos los castristas). Nos faltan para ello las condiciones climáticas, sociales y culturales adecuadas. ¿Cómo es posible —se pregunta— la democracia en un país en que el grado de desarrollo social, político y cultural es tan bajo? La única solución aquí es el orden, la disciplina, el poder, la obediencia ciega. Haya de la Torre no recurre a una réplica teórica de los argumentos; se limita a señalar lo que la experiencia enseña. «La falaz aseveración de los generales, políticos o politiqueros acerca de la incapacidad de las masas ciudadanas de Indoamérica para vivir dentro de una democracia civilizada no tiene más asidero que la enfermiza obsesión militarista de usurpar el gobierno legal y satisfacer en él su sensualidad de mando dictatorial. Que la convivencia democrática es posible en nuestro continente lo demuestra la historia: siempre que las fuerzas armadas de un país han respetado el orden constitucional y civil y han cumplido con su deber elemental de ser sus servidores y no sus destructores, hemos tenido democracia. La tenemos, ejemplar, en el Uruguay y en Costa Rica, en Chile y en los dominios antillanos y tropicales británicos y holandeses» (1). Es decir, que donde el militarismo ha sido combatido y ya no constituye un peligro, la vida democrática ha sido posible y se ha realizado.

De aquí que el centro de su nueva concepción del Estado americano sean aquellas palabras de Martí: «Cuando en un país el sufragio es ley, la revolución es el sufragio.» «Por esto nosotros debemos procurar que el sufragio sea ley, ley de leyes, expresión auténtica de la soberanía popular, sin la cual no existe soberanía nacional» (2). Su lema es «Pan con Libertad» o «Democracia con Justicia».

III. Sus soluciones en el terreno de la economia.

1. *Peculiaridad de la realidad socio-económica americana.*

Haya de la Torre expuso ideas luminosas que se adelantaron en decenios a la evolución de los acontecimientos. La misma convicción de la necesidad de que el político viva al compás del ritmo de su espacio-tiempo histórico mundial y americano —tomando en cuenta las conclusiones de la moderna ciencia relativista y cuántica aplicadas a la historia de los pueblos— que le llevó a elaborar una interpretación de la realidad cultural de América como definida

(1) *Pensamiento Político,* ed. cit., I, pág. 161.
(2) *Pensamiento Político,* ed. cit., IV, pág. 237.

por lo indígena, que le indujo a concebir una nueva estructura política adecuada a las características de nuestra realidad física, antropológica, psicológica, social e histórica, le incitó también a alejarse de las fórmulas prefijadas o preconcebidas para condiciones económicas completamente diferentes. Sus soluciones corresponden a un desarrollo económico y social diferente al de Europa.

Ya en su planteamiento inicial modifica Haya de la Torre los pronicipios de pretendida validez universal del marxismo-leninismo. A este determinismo cósmico opone Haya de la Torre «las características muy peculiares de América social, económica y políticamente» y su «completa diferencia de la realidad europea»; consecuentemente, «la necesidad de enfocar los problemas americanos y especialmente los indo o latinoamericanos en su total extensión y complejidad» (1). «El Apra se sitúa en el plano realista de nuestra época y de nuestra ubicación en la geografía y en la historia económica de la humanidad. Nuestro tiempo y nuestro espacio económicos nos señalan una posición y un camino» (2).

«La doctrina del Apra significa dentro del marxismo una nueva y metódica confrontación de la realidad indoamericana con la tesis que Marx postulara desde Europa y como resultado de la realidad europea que él vivio y estudió a principios del siglo pasado. Si aceptamos que Europa y América están muy lejos de ser idénticos por su geografía, por su historia y por sus presentes económicos y sociales, es imperativo reconocer que la aplicación global y simplista a nuestro medio de doctrinas y normas de interpretación europea deben estar sujetas a profundas modificaciones... En lo que la interpretación de una realidad nueva, característica complicada, como es la nuestra, tenga que negar o modificar los preceptos que se creyeron universales y eternos, se cumplirán las leyes de las contradicciones del devenir: la continuidad condicionada por la negación. Esta actitud del Apra plantea ya una total separación de los comunistas criollos, rendidos ante el *sancta sanctorum* de su fría ortodoxia, cuyo velo inmutable no se atreven a levantar (3).

Nuestro proceso de industrialización y nuestra clase proletaria tiene un origen, una estructura y un poder social que en nada se parecen al de Europa. En Europa se ha producido un desarrollo orgánico del capitalismo, y en su seno se ha formado dialécticamente un potente proletariado; en nuestros países, en cambio, cuyo desarrollo económico ha sido tarado desde un principio por la apa-

---

(1) *El Antimperialismo y el Apra,* ed. cit., II, págs. 45-46
(2) *El Antimperialismo y el Apra,* ed. cit., VIII, pág. 156.
(3) *Treinta años de aprismo,* ed. cit., págs. 24-25. Cf. también:
El Antimperialismo y el Apra, ed. cit., VII, págs. 131-132.
Treinta años de aprismo, ed. cit., Prólogo, pág. 18; ib. págs. 21-22; pág. 122.
Construyendo el aprismo. ed. cit., III, pág. 44.

rición del imperialismo, hay que recurrir a otras fórmulas políticas para lograr la liberación de las masas de asalariados.

Es claro que muchos de sus planteamientos fueron hechos, hace cuarenta años, a partir de las categorías conceptuales entonces en boga. Así, su primera visión del imperialismo fue elaborada totalmente desde la perspectiva de los principios del materialismo histórico. Esto es, suponiendo que el capitalismo necesariamente debe abocar en el imperialismo, en el capitalismo inversionista, expoliador, extractor de materias primas y vendedor de productos manufacturados. Mas vemos hoy, precisamente, que el gran capitalismo y los grandes empresarios, por su propia seguridad material, siguiendo el impulso de la defensa y el acrecentamiento de sus propios intereses económicos, han debido modificar radicalmente el curso de su concepción y acción económica. Una política económica que sistemáticamente tienda a la explotación de las economías de los países coloniales o semicoloniales, trabaja activamente por el derrumbe de la propia prosperidad económica; en cambio —y esta es manifiestamente la nueva orientación de la moderna empresa y del capitalismo mundial— una política económica que quiera hoy asegurar su futuro económico debe proponerse al mismo tiempo (no por altruismo, sino por razones puramente materiales, por consideraciones de carácter puramente matemático y tomando en cuenta exclusivamente el propio progreso material) el adelanto de los países con quienes se comercia.

Cuando se leen sus escritos, sobre todo los primeros, nadie puede dudar que está leyendo a un marxista, no dogmático, al contrario, crítico, independiente, que tiene la fuerza para pensar no a través de esquemas abstractos, sino a partir de los términos concretos marcados por la realidad social e histórica, y que, sin abandonar el principio general de determinismo económico (el de los marxistas «ortodoxos» será un determinismo de aspiración universalista, éste en cambio un «determinismo fluyente») busca las fórmulas que encajen en ella, provisoriamente, hasta que la evolución dialéctica de la necesidad económica permita la verdadera revolución socialista y el triunfo del proletariado. Pero, en el curso de años de experiencia política universal y americana, el ojo avizor de este gran político, percibió claramente que lo que había entrevisto como camino y etapa, y evolución adjetiva, iba tomando raíz, sustancia, permanencia. De esta manera, su profunda intuición política le hizo adoptar posturas y soluciones que se anticipan genialmente a la fórmula titoísta y mooísta. Su teoría se anticipa también, en lo esencial, al desarrollo del movimiento socialista democrático en Europa, que se han ido alejando cada vez más de los rígidos dogmas del marxismo-leninismo, para adecuar sus soluciones al proceso real de la historia, de la política moderna, de las necesidades económicas de

las grandes masas trabajadoras. Por último, su posición coincide en lo fundamental con el planteamiento contemporáneo de las relaciones entre los pueblos capitalistas (y en este concepto se encierra tanto a los países de capitalismo privado, como a los países en los que se ha establecido un capitalismo estatal) y los países en desarrollo.

2. *El imperialismo es una realidad.*

Haya de la Torre se enfrenta dialécticamente con el problema del imperialismo. No niega, desde luego, la realidad del fenómeno imperialista. Lo define «como un fenómeno económico de expansión capitalista» (1). Trata de reconocer todas las dimensiones a las que se extiende su efecto: «El imperialismo que implica en todos nuestros países el advenimiento de la era capitalista industrial bajo las formas características de penetración, trae consigo los fenómenos económicos y sociales que produce el capitalismo donde aparece originalmente (2). «El imperialismo —nos dice— es un fenómeno económico, con proyecciones sociales y políticas» (3). Porque dominar la economía significa dominar la política económica, sino también política. Es decir, que no se trata solamente de un fenémeno (4).

El imperialismo no sólo afecta a determinadas naciones, su acción nefasta se extiende a todos los países del continente (5). Más aún: el imperialismo es un fenómeno de repercusiones universales que afecta profundamente la estructura económica y política de todos los países (6).

---

(1) *Treinta años de aprismo,* ed. cit., pág. 51.
(2) *El Antimperialismo y el Apra,* ed. cit., III, pág. 63.
(3) *Construyendo el aprismo,* Edic. Claridad, Buenos Aires, pág. 123.
(4) «Y como quien gobierna la economía gobierna la política, el imperialismo que controla el sistema sanguíneo de nuestras colectividades nacionales domina, también, directa o indirectamente, su sistema nervioso. El Estado, expresión jurídica de su ilusoria soberanía, subsiste bajo la égida de los poderes extranjeros que guardan las llaves de sus arcas. La acción económica del imperialismo se proyecta sobre el campo social como el supremo determinador de la vida política de los veinte pueblos en que se divide nuestra gran nación» *(El Antimperialismo y el Apra,* ed. cit., nota preliminar, pág. 22).
(5) «La acción económica del imperialismo se proyecta sobre el campo social como el supremo determinador de la vida política de los veinte pueblos en que se divide nuestra gran nación» *(El Antimperialismo y el Apra,* ed. cit., nota preliminar, pág. 22).
(6) «Económicamente, Indoamérica es una dependencia del sistema capitalista mundial —parte o provincia del imperio universal de capitalismo financiero—, cuyos centros de comando se hallan en los países más avanzados de Europa, en los Estados Unidos de Norteamérica y ahora también en el Japón. Los continentes y pueblos de vida incipientemente desarrollada —«backward peobles» según la gráfica expresión inglesa—, forman las llamadas «zonas de in-

El imperialismo no es un proceso misterioso, sino el cumplimiento de una ley económica fatal (1). El dinamismo de la economía, que no halla jamás reposo y quietud en su marcha —el empresario, el industrial, el negociante está poseído por el demonio de la producción y del poderío material, como el artista por el dominio de las masas— le lleva a buscar nuevas fuentes de inversión, cuando los mercados de su país se hallan saturados. El imperialismo encuentra en las zonas de los países de economía menos desarrollada la esfera ideal para la dinamización de sus capitales improductivos, mediante la explotación en condiciones de monopolio de las materias privas y productos agrícolas, y la colocación de los productos manufacturados.

A pesar de su universalidad, el imperialismo no constituye una fuerza internacional homogénea. Al contrario, el imperialismo «se halla dividido en poderosos grupos rivales, bien definidos cada cual bajo los colores simbólicos de una oriflama patriótica» (2). Estos imperialismos nacionales trabajan con métodos muy distintos, que pueden ser simbolizados, nos dice Haya de la Torre, en las figuras creadas por Bernard Shaw (en su pieza teatral «César y Cleopatra») y por Shakespeare, en «El mercader de Venecia». El César de Shaw «presenta al tipo de imperialismo clásico que conquista con el hierro y explota por el oro». El Shylock de Shakespeare, de mayor originalidad, «invierte, presta dinero, para exigir después en el cumplimiento de un contrato la carne misma del deudor» (3). En Hispanoamérica predomina el imperialismo a lo «Shylock», apareciendo primero bajo la forma del imperialismo inglés y, después, del imperialismo norteamericano. Aunque el primero sigue subsistiendo, el capital norteamericano ha logrado un manifiesto predominio.

3. *Nuestra realidad.*

En su famosa obra publicada en 1917, Lenín había establecido y fundamentado la ley económica que rige a los nuevos tiempos,

---

fluencia» del gran capitalismo que, en su etapa culminante de evolución, se expande y rebosa, conquista e imperializa al resto del mundo» *(El Antimperialismo y el Apra,* ed. cit., nota preliminar, pág. 20.

(1) «El imperialismo, como dice Culberston, es la expresión económica de la civilización moderna a través de los mares. El imperialismo no es, pues, el vocablo peligroso y atemorizante: el imperialismo es un concepto económico. El imperialismo es una realidad que, con las palabras de Montt, el economista democrático alemán, nadie puede negar en su evidencia histórica. Imperialismo significa la expansión de los pueblos más desarrollados en la técnica de la producción hacia los pueblos menos desarrollados» *(Treinta años de aprismo,* ed. cit., pág. 124).

(2) *El Antimperialismo y el Apra,* ed. cit., nota preliminar, pág. 20.

(3) *El Antimperialismo y el Apra,* ed. cit., nota preliminar, pág. 20-21.

completando los principios generales enunciados por Marx. Afirmaba Lenín que el imperialismo es la última etapa del capitalismo (1).

A la tesis europea de Lenín opone Haya de la Torre la combativa fórmula indoamericana: el imperialismo es la primera etapa del capitalismo. «En Europa el imperialismo es la última etapa del capitalismo —vale decir, la culminación de una sucesión de etapas capitalistas—, que se caracteriza por la emigración o exportación de capitales y la conquista de mercados y de zonas productoras de materias primas hacia países de economía incipiente. Pero en Indoamérica, lo que es en Europa «la última etapa del capitalismo», resulta la primera. Para nuestros pueblos el capital inmigrado o importado, plantea la etapa inicial de su edad capitalista moderna. No se repite en Indoamérica, paso a paso, la historia económica y social de Europa. En estos países la primera forma del capitalismo moderno es la del capital extranjero imperialista» (2). Está claro: la fórmula de Lenín vale enteramente para el desarrollo económico europeo, en el que, orgánicamente, se produce un proceso de formación de capital, pasado por las etapas sucesivas de economía manufacturera, tecnificación industrial, monopolio financiero y exportación de los capitales hacia zonas de inversión prometedora. En cambio, en Indoamérica, la diferencia esencial reside en que el capital no se forma desde dentro, sino llega invasoramente desde fuera, trayendo consigo la máquina e interrumpiendo intempestivamente el proceso de desarrollo social y económico. «El imperialismo no sólo amenaza a la clase proletaria. El imperialismo que implica en todos nuestros países el advenimiento de la era capitalista industrial, bajo formas características de penetración, trae consigo los fenómenos económicos y sociales que produce el capitalismo en los países donde aparece originariamente: la gran concentración de la producción y de circulación de la riqueza; la progresiva destrucción o absorción del pequeño capital, de la pequeña manufactura, de la pequeña propiedad y del pequeño comercio, y la formación de una verdadera clase proletaria industrial» (3). «El gran capitalismo, la gran industria no han insurgido en Indoamérica como producto de su evolución económica» (4).

Nuestro capitalismo, pues, surge con el advenimiento del imperialismo moderno.

El capital que llega a América es «incipiente, joven y de tipo colonial o semicolonial... incomparable por consiguiente tanto por su origen cuando por su tipo de producción, con el capitalismo industrialista de las zonas del mundo en que ese régimen económico ha

---

(1) Lenín: *El imperialismo, última etapa del capitalismo.* Ver observaciones de Haya de la Torre en *El Antimperialismo y el Apra,* edi. cit., pág. 51.
(2) *El Antimperialismo y el Apra,* ed. cit., II, pág. 51.
(3) *El Antimperialismo y el Apra,* ed. cit., pág. 63.
(4) *El Antimperialismo y el Apra,* ed. cit., IV, pág. 120; edi. cit., III, pág. 73.

culminado» (1). Tampoco los demás capítulos fundamentales de nuestra economía pueden ser comparados con los de Europa. «No podemos comparar nuestro industrialismo ni siquiera con el de los tiempos de su aparición en Inglaterra ni con el de su formación en el siglo pasado en Alemania porque nosotros no producimos, repito, manufacturas. Nuestro industrialismo está limitado, nuestra gran industria corresponde a la producción de materias primas o semielaboradas... Por consiguiente, nuestro industrialismo tiene... una fisonomía típica. Es un industrialismo de elaboración y de materias primas especialmente. Es un industrialismo de mercado limitado... Además, no somos un pueblo verdaderamente industrial porque, como ya he dicho, no hemos producido la máquina. La máquina nos viene hecha; los pueblos que la forjan tienen su área geográfica muy lejos de nuestro continente; joven de nuestra industria, joven de nuestro proletariado industrial... La agricultura y la minería son las dos actividades clásicas de la producción nacional. Pero la agricultura no ha sido organizada ni lo está porque fue controlada por un Estado de tipo feudal, primitivo. Nosotros no hemos sido dominados por una clase latifundista, de fisonomía colonial, absoluta, bajo la cual no ha sido posible el adelanto técnico de nuestra agricultura» (2).

También el proletariado de América es completamente diferente al proletariado europeo. El proletariado de América es un proletariado naciente, primerizo, como dice Engels, refiriéndose al proletariado francés del siglo pasado, «apenas comenzaba a diferenciarse de las masas no poseedoras, como tronco de una nueva clase» (3).

Esta es razón fundamental de esta «inequiparabilidad de la clase proletaria de los grandes países capitalistas de avanzado industrialismo que hace la máquina, con la clase productora de los países coloniales o semicoloniales, cuyo incipiente industrialismo de materia prima o media elaborada no hace la máquina» (4).

La fisonomía social e histórica de nuestra burguesía «capitalista» no coincide con la de los pueblos europeos, pues, como clase, el criollo burgués es aún un residuo semifeudal afortunado, enriquecido, y no el producto social de una evolución clasista conductora. «Y nuestra "pequeña burguesía" es muy diferente de aquella constreñida y subalterna, verdaderamente digna de aquel apelativo en Europa: es nuestra clase media la porción más culta, más cons-

---

(1) *Treinta años de aprismo*, ed. cit., pág. 72.

(2) *Política Aprista*, ed. cit., pág. 48-49.

(3) *El Antimperialismo y el Apra*, ed. cit., pág. 24.

«No olvidemos que en muchos de los pueblos latinoamericanos no existe propiamente una clase proletaria o existe en forma primitiva, elemental, naciente» (*El Antimperialismo y el Apra*, ed. cit., pág. 159).

(4) *Treinta años de aprismo*, ed. cit., I, pág. 28. (Ver también *El Antimperialismo y el Apra*, ed. cit., pág. 23.

ciente, más alerta, de nuestras colectividades; superior a la burguesía improvisada... A esta clase media pertenece también, por conciencia y tradición, un buen sector de nuestro proletariado más capaz o de nuestro artesanado más antiguo, eventualmente desplazados hacia innovadores sectores de trabajo mejor retribuidos. Y de otra parte, en las clasificaciones europeizantes apenas tiene cabida la clase que vive del latifundio y de la servidumbre del campesino, del indio o del negro... (1). En Indoamérica no hemos tenido todavía tiempo de crear una burguesía nacional autónoma y poderosa, suficientemente fuerte para desplazar a las clases latifundistas —prolongación del feudalismo colonial español—, que en la revolución de la Independencia se emanciparon de la sujeción político-económica de la metrópoli, afirmando su poder por el dominio del Estado. A las criollas burguesías incipientes, que son como las raíces adventicias de nuestras clases latifundistas, se les injerta desde su origen el imperialismo, dominándolas» (2).

A consecuencia de la influencia del imperialismo en la vida económica de nuestras naciones y de las condiciones peculiares de su desarrollo, se produce en la estructura económica de nuestras sociedades una escisión profunda. La vida económica de nuestros países se halla escindida en dos sistemas, en dos modos de producción, en dos intensidades, en dos velocidades» (3).

4. *Las soluciones frente al problema del imperialismo.*

Tres son —dice Haya de la Torre— las soluciones que se han propuesto ante el problema del imperialismo:

a) La primera es la solución de los mismos imperialistas. Para ellos el problema no ofrece ninguna dificultad; basta dejar las cosas

(1) *Treinta años de aprismo,* edic. cit., V, pág. 133.

(2) *El Antimperialismo y el Apra,* edic. cit., pág. 51.

(3) «Dos tipos de economía —dos velocidades, dos intensidades económicas— actúan en la vida social indoamericana. Aquel que forma parte del sistema de los grandes capitalismos, sujeto a un ritmo más intenso, cuyo origen y comando nos es extraño, y el que constituye nuestro tipo propio, más lento e incipiente, de desarrollo nacional, concorde con nuestra propia línea tradicional de evolución. Ambos inciden en nuestro suelo. Ambos tienen por base de su producción a los millones de trabajadores indoamericanos. Ambos cotizan sus productos en la misma moneda y parecen fundirse en un mismo destino. Pero son diferentes, son opuestos; están en contradicción y lucha. Dentro del gran sistema capitalista, uno representa la etapa lejana de los caminos iniciales, y el otro las formas culminantes y poderosas de la plenitud y desborde moderno.» *(El Antimperialismo y el Apra,* edic. cit., X, página 188). «La economía del Perú tiene dos aspectos perfectamente definidos: el aspecto propiamente nacional y el aspecto de nuestra economía vinculada con intereses extranjeros. No podemos dejar de reconocer esta doble faz de nuestra economía» *(Treinta años de aprismo,* op. cit., V, pág. 123).

como están y abrir de par en par las puertas a todos los capitales, «venga de donde venga, y venga como venga» [*El Antimperialismo y el Apra,* edic. cit. VIII, p. 155); (Ver también *Política Aprista,* páginas 63-64].

b) La segunda solución es la de los marxistas: para éstos, desde un extremo opuesto, también la solución es esencial. El capital y el capitalismo es en todo caso y en todas las circunstancias un fenómeno absolutamente negativo que hay que eliminar por cualquier medio que sea. Para ello no hay otro camino que el alzamiento de la clase proletaria.

La tercera solución es la propuesta por el Aprismo.

5. *La solución del Aprismo.*

a) Balance del imperialismo:

Cuando en América era común el delirio, la pasión desorbitada y el odio incontrolado, Haya de la Torre inició un examen sereno del imperialismo, poniendo en cifras claras el pasivo y el activo del mismo. En el balance final predomina manifiestamente, sin duda alguna, el pasivo, pero tuvo la prudencia y la valentía de mostrar que, a pesar de todo, el mal tenía también algunos aspectos positivos. «El imperialismo —nos dice— es un fenómeno económico ambivalente; corporta peligro pero también trae progreso para los países de economía retrasada». [*Treinta años de Aprismo,* edic. cit., III, página 40.]

El primer efecto negativo del imperialismo reside en su tendencia avasalladora, dominadora y monopolizadora de la vida económica de la nación, de la vida social y política [«El gran capitalismo, la gran industria, no han insurgido en Indoamérica como producto de su evolución económica. Han advenido, han invadido conquistadoramente y se han abierto paso en nuestro medio, destruyendo toda posible competencia, deteniendo el proceso de formación de una verdadera burguesía nacional, y utilizando parcialmente nuestra primitiva arquitectura económica feudal y semifeudal, para convertirla en una aliada y servidora sojuzgada»; *El Antimp. y el Apra.,* edic. citada, VI, 120.]. Todo el proceso de nuestra vida económica es ordenado para el servicio y beneficio de los intereses del capital inversionista. «Y son los intereses de sus empresas y el provecho y la prosperidad de su sistema lo que fijamente les obedece» [*El Antim. y el Apra,* edic. cit., nota preliminar, p. 22]. «Los beneficios que nuestros pueblos reciben dentro del engranaje de esas omnipotentes organizaciones económicas, quedan en segundo plano».

El imperialismo logra con sus inversiones controlar toda nuestra producción, imponer el tipo de cambio de la moneda, fijar el precio de los productos, regular el salario, adquieren el control de las finanzas del Estado, monopoliza el mercado con sus exportaciones. «Súbditas económicas de los grandes imperialismos, son ellos los que controlan nuestra producción, cotizan nuestra moneda, imponen precios a nuestros productos, regentan nuestras finanzas, racionalizan nuestro trabajo y regulan nuestras tablas de salarios» [*El Antimperialismo y el Apra*, edic. cit. Nota preliminar, p. 21]. Las industrias establecidas por el imperialismo son industrias subsidiarias y subalternas de los países industriales, extractivas de materias primas y semielaboradas [*El Antimperialismo y el Apra*, edic. cit. Nota preliminar, p. 23], no industrias pesadas y de productos plenamente elaborados. El imperialismo, además, favorece el proceso de la «feudalización», aliándose por medio de pactos económicos con las oligarquías terratenientes y convirtiéndose él mismo en poder feudal («El mismo imperialismo feudaliza; vale decir impone rigurosos regímenes de trabajo conrrespondientes a los feudales en ciertas vastas zonas de su tecnificada producción extractiva: frutera, azucarera, tabacalera, maderera, y de otros renglones agrícolas, sin excluir aspectos de la producción minera, etc.»; *Treinta años de Aprismo*, edic. cit., III, p. 76).

No obstante, no hay que olvidar —dentro de una interpretación estrictamente económica de la historia— que el sistema capitalista es un período necesario e inevitable para el desarrollo económico de las sociedades, por constituir un modo de producción y de organización económica superior, y por llevar consigo el germen que ha de producir su ruina y una nueva forma de organización económica y social, el proletariado. («No es difícil saber que el capital moderno que busca, fuera del país de origen, campos de provechosa inversión, medios de acrecentarse, no emigra por hacer el bien, por contribuir al progreso mundial, por atracción de aventura o por patriótico ensueño de llevar lejos su bandera, su cultura y su lengua. La emigración del capital se produce obedeciendo a una ley económica tan imperiosa como la que impele a recibirlo a los pueblos no económicamente desarrollados. Es ese hecho económico el que determina todo un sistema político completando así las características generales del fenómeno que denominamos imperialismo» [*El Antimperialismo y el Apra.*, edic. cit., VII, p. 156-157]. «El imperialismo representa, por consecuencia, en nuestro país, la primera etapa del capitalismo; la etapa de la industria, etapa fatal. Nosotros no podemos eludir esa etapa industrialista que es un período superior al agrícola o feudal. El progreso impone que después de la etapa feudal agraria venga la etapa industrial» [*Treinta años de Aprismo*, edición cit., p. 125]. «Empero, vale no olvidar que el sistema capitalista del

que el imperialismo es máxima expresión de plenitud, representa un modo de producción y un grado de organización económicas superiores a todas las que el mundo ha conocido anteriormente y que, por tanto, la forma capitalista es paso necesario, período inevitable en el proceso de la civilización contemporánea» [*El Antimperialismo y el Apra,* edic. cit., p. 22].

El imperialismo instaura la era industrial [«Con el capital inmigrado se insinúa en nuestros pueblos agrícola-mineros la era capitalista», *El Antimperialismo y el Apra,* edic. cit., p. 51]. «La etapa capitalista debe, pues, cumplirse en nuestros países bajo la égida del Estado antimperialista» [*El Antimp.,* edic. cit., p. 159] una era industrial unilateral, es verdad [*Treinta años de Aprismo,* edic. cit., III, página 70]; y con ello se da un paso decisivo en la superación de las formas sociales feudales y de sistemas de trabajos serviles, hacia un proletariado libre y consciente [«La penetración imperialista produce en nuestros pueblos un movimiento ascendente de las masas que pasan de la semiesclavitud y servidumbre o de las formas elementales de trabajo libre a su definición proletaria». *El Antimperialismo y el Apra,* edic. cit., III, p. 67].

b) La posición del Aprismo, fundado en el balance analítico del imperialismo, equidista de las soluciones extremas antes enunciadas, en la búsqueda de «una fórmula transicional que suponga la prevalencia del capitalismo y la restauración de la independencia económica latinoamericana dentro de él» [*Pensamiento Político,* edición cit., II, p. 14]. La solución aprista propone «no aguardar hasta que los proletarios industriales de los grandes países capitalistas destruyan el sistema que es origen de nuestra subordinación, tratando de conseguir la independencia económica de la América Latina dentro del capitalismo» [*Pensamiento Político,* edic. cit., II, p. 15]. «Si el capitalismo bajo su forma imperialista es la causa de nuestro sentimiento económico, debemos librarnos de él destruyéndolo, abatiéndolo, para ganar así nuestra libertad. Quien responda negando rotundamente y simplemente, dejará las cosas como están. Pero quien conteste afirmando también rotunda y simplemente implicará que Indoamérica puede suprimir una etapa de la historia económica del mundo, la cual, como hemos visto, no puede pasarse por alto» [*El Antimperialismo y el Apra,* edic. cit. Nota preliminar, p. 23]. «El Aprismo sitúa el problema en términos más concretos, más realistas; si Indoamérica vive aún las primeras etapas del industrialismo que debe continuar necesariamente su progreso; si no tenemos aún definitivamente formada la clase proletaria que impondría un nuevo orden social y si debemos libertarnos de la dominación subyugante del imperialismo, ¿por qué no construir en nuestra propia realidad tal cual ella es, las bases de una nueva organización económica y política que cumpla la tarea educadora y constructiva del industria-

lismo liberada de sus aspectos cruentos de explotación humana y de sujeción nacional?» [*El Antimperialismo y el Apra,* edic. cit. Nota preliminar, p. 26-27].

El Aprismo rechaza explícitamente la fórmula imperialista. El imperialismo es para Haya de la Torre la raíz y suma de todos los males de América. El imperialismo es la primera etapa de nuestro capitalismo, no lo olvidemos. No en balde designa su nueva concepción del Estado indoamericano como Estado antimperialista. Es verdad que el dejar las cosas como están o acelerar la penetración imperialista tiene también sus grandes ventajas sociales, pues la dialéctica de las leyes económicas y sociales produciría, por medio de la explotación, la gestación de una clase proletaria consciente y poderosa, que hoy no existe. Mas, por otra parte, dejar las cosas como están implica perpetuar indefinidamente la miseria de las masas trabajadoras, campesinas y medias en general.

El marxismo propone la destrucción inmediata del capitalismo. Pero, contesta Haya de la Torre, tal cosa es primeramente imposible y, segundo, en las actuales circunstancias tampoco es deseable. La imposibilidad de la destrucción del capitalismo en la América Hispana lo prueba Haya de la Torre con argumentos tomados de la misma doctrina marxista. El capitalismo sólo puede ser aniquilado «donde el capitalismo existe, en sus centros mismos de origen y dominio» [*Pensamiento Político,* II, 14]. Según Marx y Engels, para la destrucción del capitalismo es menester que el proletariado se haya constituido como fuerza política consciente en un partido «transformando progresivamente en proletarios a la gran mayoría de la población», y creando así «la fuerza que bajo pena de muerte está obligada a realizar esta revolución» [*El Antimperialismo y el Apra,* edic. cit. Nota preliminar, p. 24].

Tales condiciones no se han cumplido ni siquiera en la Unión Soviética, y esa es la razón de que no haya sido capaz de destruir el sistema capitalista, con el cual tiene necesariamente que coexistir hoy. La Revolución rusa abolió el capitalismo privado en su país, pero ha sido incapaz de establecer el comunismo y promover la revolución internacional del proletariado mundial contra el sistema capitalista. El proletariado ruso consiguió abolir el capitalismo en Rusia, pero hasta ahora no ha podido obtener que las grandes mayorías del proletariado industrial en los pueblos económicamente más adelantados del mundo completen la tarea que, debido a la subsistencia del sistema, tampoco ha podido cumplirse en Rusia, sino parcialmente» [*Pensamiento Político,* edic. cit., II, pp. 14-15]. La Revolución rusa no ha conseguido abolir el sistema capitalista en Europa ni dentro del país mismo Por eso, quizá, el socialismo ruso deba considerarse «más como una cuestión de fe que como una cuestión de hecho». Rusia será socialista: no lo es todavía. Su sis-

tema actual consiste en una supercentralizada y típica forma de capitalismo de Estado —trust gigantesco, monopolio único— que ha de perdurar hasta que la completa industrialización de aquel país se cumpla. El imperialismo —que en Rusia asumía características especialísimas de mero desplazamiento del mismo tipo de industria manufacturera europea— ha sido abatido; y de ahí su indiscutible victoria. Pero desde el punto de vista de las relaciones internacionales económicas y políticas, el Estado soviético se halla obligado a convivir con el mundo social que creyó derribar formando parte del engranaje capitalista que proclama suprimir» [*El Antimperialismo y el Apra,* edic. cit. Nota preliminar, p. 25].

La situación económica y política de Hispanoamérica no permite pensar en la posibilidad de una destrucción del orden capitalista. «La América Latina no es zona característicamente capitalista» [*Pensamiento Político,* edic. cit., II, p. 14]. «Fácil es inferir que la abolición radical del sistema capitalista no puede cumplirse sino donde el capitalismo ha llegado al punto cenital de su curva, vale decir en los grandes países que marchan a la vanguardia de la industria mundial, cuyas bien contexturadas clases proletarias deben realizar la trascendente tarea transformadora que el marxismo les señala. No ha de ser, pues, en los países coloniales o semicoloniales, que recién viven su primera o sus primeras etapas capitalistas, donde el capitalismo puede ser destruido» [*El Antimperialismo y el Apra,* edi. citada. Nota preliminar, p. 24].

De ninguna manera —dentro de las mismas premisas del marxismo— en los países coloniales o semicoloniales en que el proletariado es naciente, débil, joven, etc.

El sistema capitalista no es, desde luego, un sistema eterno [«No ha de ser un sistema eterno —porque lleva en sí mismo contradicciones esenciales entre sus métodos antitéticos de producción y apropiación—, pero tampoco puede faltar en la completa evolución de alguna sociedad moderna». *El Antimperialismo y el Apra,* edición cit. Nota preliminar, p. 22], pero hay que tomar en cuenta el hecho de su existencia y el hecho de que el capitalismo no ha podido aún ser destruido donde debía serlo, en sus orígenes y raíces mismas, donde existe el verdadero capitalismo, y que tiene todas las perspectivas de seguir subsistiendo durante decenios [«De otro lado, la capacidad económica de los Estados Unidos no permite suponer el ocaso próximo de su poderío, tan próximo que su caída significara nuestra emancipación insólita. Y aun suponiendo esto, la caída de los Estados Unidos por un fracaso militar en la contienda con otro poder imperialista, ¿llevaría a Indoamérica a la libertad o la reduciría a la sumisión bajo un nuevo amo?». *El Antimperialismo y el Apra,* edic. cit., VI, p. 127].

Hispanoamérica es una economía dependiente del sistema imperialista [«Económicamente Indoamérica es una dependencia del sistema capitalista mundial —parte o provincia del imperio universal del capitalismo financiero cuyos centros de comando se hallan en los países más avanzados de Europa, en los EE. UU. de Norteamérica y ahora también en el Japón...» *El Antimperialismo y el Apra,* edic. cit. Nota preliminar, p. 20], inevitable hoy por hoy, necesita del capital para su desarrollo, y si el sistema imperialista no puede ser destruido, hay que buscar el camino para sacar el mayor provecho posible de su existencia, tratando de acentuar los elementos sociales y económicos positivos que el régimen capitalista trae consigo y combatiendo por todos los medios los males que implica. Los capitales «innecesarios y peligrosos» deben ser eliminados; los capitales necesarios y buenos, protegidos [«A la cándida tesis de los gobernantes feudales súbditos del imperialismo que proclaman «todo capital es bueno», se opone la antítesis de los radicales intensos: «no necesitamos capitales». La síntesis aprista enuncia que mientras subsista el presente orden económico en el mundo hay capitales necesarios y buenos, y otros innecesarios y peligrosos». *El Antimperialismo y el Apra,* edic. cit., VIII, p. 159]. Este camino permitirá emanciparse del yugo imperialista «sin comprometer su evolución, ni detener su progreso».

Haya de la Torre considera la economía como una especie de física, o mejor de mecánica: frente a la fuerza avasalladora del imperialismo, trata de crear la alianza de las fuerzas nacionales para oponerle como resistencia, y alcanzar así el «equilibrio de la justicia [«Crear la resistencia antimperialista indoamericana y organizarla políticamente para garantía de nuestra independencia y seguro de nuestro progreso, es la misión histórica de estos veinte pueblos hermanos. Señalar realistamente el camino y dar los primeros pasos, es la tarea histórica del Apra». *El Antimperialismo y el Apra,* edic. cit. Nota preliminar, p. 30]. «El programa aprista sólo expresa... que «la nacionalización progresiva de la riqueza agrícola e industrial, y el cooperativismo son medios defensivos para desfeudalizar y para resistir la demasía imperialista compensando el desequilibrio que su predominancia crea» [*Treinta años de Aprismo,* edición cit., p. 96].

De aquí que todas las soluciones de Haya de la Torre tiendan a la constitución de esta fuerza de resistencia. El primer paso para ello —ya lo hemos visto— es la creación de un «frente unido de las clases oprimidas por el imperialismo»: de los obreros, de los campesinos, de las clases medias obreras y campesinas. De este modo se superará la estagnación de la lucha antimperialista, debido a la obsesión de los dogmáticos marxistas de apoyar todo el peso de la lucha en partidos de clase, a pesar de su repetido fracaso [«Un

partido de clase proletaria únicamente, es un partido sin posibilidades de éxito político, en estos pueblos». *El Antimperialismo y el Apra*, edic. cit., II, p. 54].

Más como los problemas económicos y sociales de América son similares, y tanto el imperialismo como el feudalismo constituyen movimientos de alcance continental, a este primer paso del frente unido de las clases oprimidas debe seguir la unión económica de los pueblos todos de América en una poderosa federación continental. «Obvio es agregar que la organización del Estado aprista o antimperialista impone la unión política de la América Latina. Unión política que implica la unión económica. La resistencia al imperialismo no puede cumplirse por un país aislado de la América Latina» [*Pensamiento Político*, edic. cit., II, p. 20]. Los países de América «deben unirse, transformando sus actuales fronteras en meros límites administrativos y deben nacionalizar progresivamente su riqueza bajo un nuevo tipo de Estado...» [*El Antimperialismo y el Apra*, edición cit. Nota preliminar, p. 29]. «Señala como primer paso en el camino de nuestra defensa antimperialista la unificación económica y política de las veinte repúblicas en que se divide la gran nación Indoamericana». [*El Antimperialismo y el Apra*, edic. cit., VI, p. 121]. «A la concepción local o de nacionalismo chico de los partidos aislados de cada república —cuya antítesis es la proyección mundial de los partidos internacionales—, el aprismo plantea como síntesis la acción continental o indoamericana. Ella eleva a primera categoría política la lucha contra el imperialismo que, como hemos de verlo en seguida, no puede limitarse a cada país aisladamente, ni confundirse con la lucha mundial»; *El Antimperialismo y el Apra*, edic. cit., IV, p. 82].

Estas ideas, al ser expuestas por vez primera, fueron tachadas de internacionalizantes y extranjerizantes; hoy, en cambio, encuentran defensores en todos los ámbitos de América y ya han comenzado a ser realizadas en los mercados comunes latinoamericanos. («Y lo que se llama Mercado Común o Zona de Comercio Libre no es otra cosa que la Unidad económica, que traerá como corolario, la política del continente latinoamericano, formulada por el Apra en 1924, ratificada en 1931, consideran una herejía antipatriótica y hoy aceptada por cuestión de cultura, de ciencia y de sentido común por los hombres de nuestra América»: *Pensamiento Político*, edic, cit., IV, p. 206.)

Creada esta unidad y esta fuerza interior, ha de iniciarse el proceso de nacionalización progresiva y de socialización de las fuentes de producción así como el control de las inversiones de los capitales y el comercio. [«El Cooperativismo y la nacionalización de la tierra y de toda la industria que sea posible nacionalizar, y la organización de un nuevo sistema de economía nacional que se oponga a la mons-

truosa explotación del imperialismo —centralizando hasta donde se pueda, el gobierno económico nacional—; de ahí las primeras tareas en el orden interno para los apristas de cada país. *El Antimperialismo y el Apra,* edic. cit., VI, p. 124. «El Estado antimperialista, formado por una alianza de clases oprimidas por el imperialismo, controlaría la producción y distribución de la riqueza, realizando la nacionalización progresiva de las fuentes de producción y condicionando la inversión de capitales y el comercio» *(Pensamiento Político,* edic. cit., II, p. 29); «por la nacionalización y socialización progresiva de las fuentes de producción, se orientará definitivamente hacia el capitalismo de Estado, derivando o desviando así la tendencia de las clases medias hacia el gran capitalismo privado, que significa una regresión al imperialismo»: *Pensamiento Político,* edic. cit., II, p. 22]. Haya de la Torre, pues, es un franco partidario del capitalismo del Estado. «No se podrá combatir contra el imperialismo sin estructurar una nueva organización de la economía nacional a base del Estado. Y no se podrá ni controlar ni revolucionar la economía nacional sin la transformación efectiva del sistema feudal de producción, cuya clase dominante controla el Estado directa o indirectamente, con el apoyo del imperialismo» *(El Antimperialismo y el Apra,* edic. cit., X, página 189). Con el poder de un Estado verdaderamente democrático podrá orientarse la industrialización hacia las necesidades del pueblo y no hacia las exigencias del provecho económico de las potencias imperialistas. Pues, como se ha anotado ya, la industrialización es absolutamente indispensable a nuestros países. Nuestra situación «es el de una zona económica infra-desarrollada que debe industrializarse para progresar y cuya industrialización depende del sistema capitalista cuyo desplazamiento hacia los países industrializados tiene el carácter de imperialismo» *(Treinta años de Aprismo,* edic. cit., II, página 56).

Con este poder en las manos, también se podrá iniciar la reestructuración económica del sistema de propiedad y de la producción agropecuarias. La fase inicial es la destrucción del feudalismo o la desfeudalización del campo, y con él la destrucción de las oligarquías aliadas del imperialismo. («La nacionalización progresiva de la tierra y de la industria, vale decir, la desfeudalización del campo y la liberación del campesino —peón, siervo, comunitario, egidatario, partidario, pequeño propietario, etc.— y la organización del nuevo sistema económico que estatal de base cooperativa que controle las industrias, destruya los monopolios imperialistas y asegure el dominio nacional de la riqueza». *El Antimperialismo y el Apra,* edic. cit., VI, página 121.). «¿Cuáles son esas zonas retrasadas, de la economía indoamericana, que necesitan impulso, transformación y un nuevo ritmo de progreso? Ya lo hemos dicho: son fundamentalmente nuestros sistemas feudales y semipatriarcales de producción primitivas; realidad

y espíritu del latifundio predominantes en Indoamérica; son los sistemas feudales que nos dan la clase de nuestros grandes y semibárbaros señores de tierras y minas, dueños de siervos, amos de países y detentadores del poder. Son los aliados del imperialismo que día a día devienen sus agentes y sus súbditos» *(El Antimperialismo y el Apra,* edic. cit., X, p. 188); «El contenido social de la lucha antimperialista en Indoamérica es anti-feudal. Su acción política debe orientarse hacia la toma del poder para reorganizar la economía nacional comenzando, por los propietarios de la tierra» (*El Antimperialismo y el Apra,* edic. cit. X, p. 189).

A la arcaica organización feudal debe sustituir la más moderna de «un nuevo sistema económico estatal de base cooperativa».

Advierte Haya de la Torre que no hay que confudir la palabra «nacionalizar» con «socializar». «Hay nacionalizaciones socialistas, o meramente socializaciones, pero las hay que no afectan a la institución de la propiedad privada, sino al carácter extranjero o no nacional de la propiedad. Este tipo de nacionalización se da en ciertas legislaciones de países capitalistas que no permiten la propiedad de determinadas industrias, o que la limita proporcionalmente a los extranjeros. Lo cual se justifica cuando esas fuentes y medios de producción agrícola o minera, industrial o de transportes y comunicación pueden representar, o actualmente representan, intereses económico-políticos foráneos que excedan sus derechos de propiedad» *(Treinta años de Aprismo,* edic. cit., IV, p. 97). «Como se ve, la nacionalización no excluye la propiedad privada, que la nación constituye por transmisión de dominio; luego, no es socialización» *(Treinta años de Aprismo,* edic. cit., IV, p. 96). «La nacionalización aprista se inclina a la estadización a través de corporaciones de fomento —de acuerdo con el mecanismo del Estado democrático de los Cuatro Poderes— y del estímulo del cooperativismo agrícola e industrial, pero respeta y garantiza la propiedad privada como en Méjico» *(Treinta años de Aprismo,* edic. cit., IV, p. 96). Paralelamente a este proceso hay que promover lo que Haya de la Torre llama la «dinamización del espacio, esto es, la movilización de las inmensas reservas encerradas en nuestro continete semivacío todavía, para ponerlas al servicio de las necesidades de los que carecen de tierra y de pan. De nuevo aquí, el sentido de la realidad y muy posiblemente también la triste experiencia de los «socialismos» de Europa Oriental, le señalan el camino exigido por nuestra idiosincrasia y por nuestro progreso.

Por el Estado se ha de realizar, pues, la reestructuración de toda la economía; esta reestructuración debe ser planificada. Por supuesto, «no es dable presentar un plan económico detallado sobre la organización de la circulación o reparto de la riqueza, sin saber cómo va a organizarse la producción dentro del programa que se pretende rea-

lizar, y cuyas modalidades de aplicación están sujetas a las condiciones objetivas insospechables que ofrezcan los medios en los cuales la transformación se produzca. La inspiración fundamental, la línea ideológica inspiradora de la acción que es necesario llevar adelante organizadamente, señalan la dirección de nuestra marcha: sabemos bien que va hacia la izquierda. Ese es nuestro rumbo y el rumbo es lo que importa» *(El Antimperialismo y el Apra,* edic. cit., X, páginas 190-191). Mas, en todo caso, la planificación no tiene por fin sustituir la iniciativa privada, que debe quedar garantizada. [«Hay que dejar ancho campo a la iniciativa privada, nacional y extranjera, en su acción constructiva, a fin de promover la desfeudalización y la industrialización indispensable al progreso de nuestros pueblos» *(Treinta años de Aprismo,* edic. cit., IV, p. 97)].



S U M A R I O

Gráficas Martínsola
Tesoro, 8 - Teléfono 222 75 44
MADRID (España)

